



El amor más allá de la vida

“A la memoria de Giorgio, para que Luna Giorgia y Nina puedan conocer a su querido hermano que les protege y ama desde el cielo, de quien podrán recibir un mensaje de amor en cualquier momento de sus vidas.”

Presentación

No sé cuántas personas leerán esta historia, ni si podrán sacar provecho de la experiencia que yo he vivido.

No sé si tocara el corazón de alguien, ni si ayudara a entender un poco más el problema de la droga y la impotencia que invade a los padres que lo deben afrontar.

Impotencia es la palabra justa para definir la incapacidad de ayudar de verdad a un hijo con este problema, porque no se está preparado.

Si, es cierto que mi camino antes de descubrir este drama estuvo lleno de errores; y así lo describiré, con honestidad y con la esperanza de que otras personas consigan encontrar la fuerza para mejorar y cambiar su vida.

En fin, no sé si alguien leyendo este libro tendrá la oportunidad de acercarse a Dios sin pasar por este camino de dolor y desesperación que durante tanto tiempo he transitado yo.

No sé nada de todo esto pero estoy seguro que escribir me ha hecho bien a mí.

Me ha ayudado a entender y a llegar al fondo de mi alma. Conforme avanzaba en la escritura, me parecía salir poco a poco de la oscuridad y de la confusión que me habían tenido prisionero.

Solamente por esto, ha valido la pena.

No tengo experiencias anteriores de escritura, es una actividad a la que nunca me había dedicado; pero los problemas literarios, en este caso, no me parecen muy importantes;

Comencé a escribir inspirado por la necesidad de contar aquellos que verdaderamente sucedió como para liberarme de un peso que me atormentaba y que no me permitía seguir viviendo.

Escribiendo he sufrido y muchas veces he llorado...

He escrito casi de seguido, dando cuerpo a emociones y sentimientos que, no habiendo sido capaz de expresar han surgido como un torrente.

Lo que cuenta es que he encontrado el sentido a mi vida, ese don extraordinario que todos recibimos.

En mi caso, lo he recibido dos veces. Como si ahora, después de haber transitado por el infierno, hubiese renacido a otra vida. Una posibilidad extraordinaria que me ha sido concedida sin mérito, y que agradezco a Dios.

¿Por dónde empezar?

Estoy tirado en una hamaca en la terraza de la casa donde vivo hace más de seis años. Una brisa ligera me acaricia la cara y mitiga el calor del día.

Desde aquí la vista es encantadora, la hamaca oscila dulcemente como con el vaivén de un velero al abrigo de una bahía. Desde esta terraza, que dibuja una ele sobre el mar, veo la playa justo aquí debajo y la amplia extensión de agua, tengo la sensación de encontrarme preparado para zarpar hacia una nueva aventura.

El perfume y los sonidos del mar me acompañan noche y día, como lo han hecho durante días y noches transcurridos en absorto silencio. He mirado a la gente que paseaba, a los niños que jugaban con el balón, a los pescadores que recogían sus redes, a las garzas que se perseguían y a los “alcatrazes” que caían en picada al mar para volver con un pez en la boca.

Sobre todo, he tenido el coraje y la fuerza de reflexionar, de contarme mi historia, al menos para tratar de aclararme, y entender lo que me había pasado.

A mis pasados cincuenta años, me encuentro en esta casa a poca distancia del centro de Cartagena en Colombia, a diez mil kilómetros de mi pueblo y de Roma, la ciudad donde he vivido durante treinta años con mi familia, mi trabajo, mis amigos y todos mis intereses.

A cierto punto de mi vida, fui tragado por una especie de tornado. No tenía otra alternativa que seguir las necesidades y contingencias inmediatas; porque aquello, no había manera de gobernarlo. Simplemente no tenía opción, no podía pedir un momento de pausa para darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. No podía hacer otra cosa que abandonarme a su violencia y ferocidad.

Dejé en Roma todas las cosas a las que tenía cariño, los pocos familiares que me quedaban, mis amigos y tantos recuerdos.

Pero lo que en este momento vuelve a mi mente como una obsesión que no me abandona, es el tiempo que he pasado con mi hijo Giorgio en esta casa. Junto con él, que siento siempre cerca, brotan del fondo de mi alma todas las emociones y sensaciones vividas. Han surgido con fatiga, se han ido desenredando poco a poco, y ahora gracias a Dios, me siento capaz de encauzarlas, de gobernarlas. Después de una serie de pruebas e intentos fallidos en el pasado, he encontrado aquí en Cartagena mi verdadera compañera de mi vida: "Yenny."

He comenzado una vida nueva en el momento en el que parecía que la mía fuese definitivamente destruida.

Tengo tres niñas dulcísimas; Luna de cuatro años y medio, Giorgia de dos y Nina de apenas algunos meses.

Por la mañana nos despertamos muy temprano y jugamos los cinco en la cama, saltamos, bailamos y cantamos. La pequeña grita con alegría, a esa edad ya se puede ser feliz o infeliz sin saber siquiera qué cosa signifique; aunque estoy convencido de que sin saberlo, algunas emociones de la infancia, sean bonitas o feas, nos acompañan durante toda nuestra vida, condicionando nuestro carácter y nuestro comportamiento.

Luna desde que se despierta, empieza el día diciendo: "mama, te amo" después de un rato: "papa, te amo, también mami Giorgia y la bebe". Lo mismo intenta de decirlo Giorgia como si hicieran una competencia de quien ama más. Se lo ha enseñado Yenny desde cuando empezaron a hablar, lo repiten también a lo largo del día cada vez que en un momento de ternura, sienten la necesidad. Lo hacen con una mirada dulce y una vocecita tierna mirándonos a los ojos. Cada vez que las oigo, se me estremece el corazón lo cual disfruto, intentando retener alguna lagrimilla que aflora.

Después bajamos los cinco a la playa para pasear un rato y después de un buen desayuno en la terraza, acompaño a Luna a la escuela.

En el coche vamos cantando alguna canción que ella me sugiere, la mayor parte canciones de iglesia que hablan de amor.

Hoy mismo hablaba con mi hermano Riccardo, y cuando le he pasado el teléfono a Luna, en vez de saludarlo le ha cantado sin equivocarse una palabra, muy bien entonada, una canción que dice: "te quiero yo... y tú a mí... somos una familia feliz... con un fuerte

abrazo y un beso te diré... mi cariño es para ti", creo que mi hermano casi se cae, porque cuando partimos de Roma, Luna aún no hablaba.

Nado una media hora todos los días mientras Yenny corre por la playa. Una o dos veces a la semana, el pastor nos viene a visitar a casa para estudiar la Biblia. Después de una breve oración comemos, casi siempre en casa, y salimos por la tarde a dar una vuelta y a tomar un café en el centro de Cartagena.

Muchas veces nos juntamos con la numerosa familia de Yenny, además de todos los domingos en la iglesia: todos se pelean por tener en brazos o mimar a las nenas. Una familia maravillosa, la que toda persona desearía tener. ¡Increíble! Todos se quieren y se preocupan por los demás.

¡Nunca había visto tantas personas dulces y buenas juntas a la vez, y mucho menos en la misma familia! Yo también he entrado a formar parte, así se ha convertido también en la mía, les quiero y creo que también me quieren.

Nos juntamos en nuestra casa para las diversas celebraciones, cuando toda Cartagena en Navidad es un centelleo de luces y cada casa compite por tener los adornos más bonitos, nosotros también nos empeñamos en adornar la nuestra, ya desde los primeros días de diciembre.

La noche de Navidad, después de la cena pasamos el tiempo desenvolviendo entre todos, la montaña de regalos bajo el gran árbol.

En total somos como treinta personas de la misma familia; las fotos y tomas de video que hacemos cada año, son el testimonio.

Esta es mi nueva vida... una vida maravillosa que Dios me ha querido regalar en el momento en que no quería vivir más, cuando me sentía inútil y no tenía ningún interés, cuando me parecía haber llegado a la meta de mi vida, hasta entonces vivida feliz e intensamente.

Después de haber sufrido tanto, me parecía que nada hubiera podido devolverme la ilusión y la capacidad de emocionarme, de llenarme de entusiasmo, de querer mirar hacia adelante, de pensar, proyectar o solamente de imaginar algún futuro.

Cuando era pequeño, solía dirigirme al cielo cuando esperaba que uno de mis deseos fuese realizado; no sabía bien a quién, pero me dirigía hacia lo alto con la esperanza de que hubiese alguien que escuchase mi voz.

Creo haber tenido de la vida más de lo que pudiese esperar, pero ahora se bien a quién debo agradecer, porque mientras tanto he conocido y comenzado a amar al Señor, hasta el punto de entregar con alegría mi vida en sus manos.

He entendido que era a Él a quien me dirigía cada vez que hablaba al cielo y es precisamente cuando con confianza y abandono Le entregué mi vida, cuando he comenzado a conocer la felicidad, la serenidad y el verdadero amor.

La hamaca continúa a acunarme y mi barca imaginaria está preparada a zarpar hacia este viaje dentro de mí mismo, a la búsqueda de recuerdos, de pensamientos que han sido el viático denso, a veces desgarrador que me ha traído hasta aquí.

Siguiendo el consejo de un querido amigo, he probado a escribir los episodios vividos, la historia que ha cambiado tan bruscamente mi vida, la historia de Giorgio, mi hijo; su atormentado camino terrenal que involuntariamente ha decidido mi vida y mi futuro casi programado, dónde habría de vivirlo y con quién.

Una familia como tantas

Quisiera empezar con la descripción de mi familia y de las relaciones complejas que la entretejen. En el transcurso de tantas sesiones terapéuticas en las que he participado, he comprendido que cada detalle de la propia vida es importante; sea para ayudar a entender la realidad que se vive, sea para darse cuenta del modo de afrontar los problemas que cualquiera, de manera personal e única, elabora.

Es importante además para ayudarnos a considerar a los otros no como alienígenas, sino como compañeros de viaje, en el largo o breve camino que debemos recorrer.

Nací pocos años después de la guerra y en mi familia se vivieron las dificultades que aquel particular periodo conllevaba; las necesidades primarias eran el imperativo, pues en muchas familias el problema principal era el de llegar a comer por lo menos dos veces al día.

Mi padre era florentino desde muchas generaciones atrás, y trabajaba en el ferrocarril como controlador. Mis abuelos paternos eran campesinos y comerciantes de fruta que ellos producían y comercializaban en algunas propiedades adquiridas con tanto sacrificio. Pero durante la guerra, este pequeño patrimonio se perdió, porque debieron vender alguna de las propiedades para salir adelante.

Teníamos una bonita casa en el centro de Florencia, recuerdo los juegos con mi hermano Riccardo en la plaza de la Signoría. Alguna vez empujados por el deseo de encontrar unas monedas, por necesidad, aunque también por un inocente espíritu malandrino; sacábamos de las fuentes del

centro de la ciudad, las que los turistas tiraban dentro. Usábamos un invento que habíamos construido con un hilo de hierro que terminaba a cucharilla para recoger las monedas.

Cuando tenía ya diez años, vendieron la casa del centro de Florencia y alquilaron un apartamento en una zona que mi madre consideraba más elegante. Era una opción obligada, pero mi madre, que tenía vaga descendencia aristocrática, nos la presentó como si fuese el cambio necesario dado nuestro rango. No existe nobleza registrada en nuestra familia, quizás ni siquiera en la de mi madre, pero mi hermano Luciano, que tenía diecisiete años más que yo, trató de encontrar algún antepasado noble; pero sus laboriosas investigaciones no llegaron a nada en concreto. Los Bagnoli eran todos campesinos, cosa de la que éramos bien conscientes.

Quien tenía alguna pretensión era mi madre, que había nacido en S. Arcangelo di Romagna en una familia de estrato diverso.

Ella era la penúltima de siete hermanos, tres mujeres y cuatro hombres. Era una familia aristocrática que contaba también con algún antepasado artista y de corte bien distinto a la de mi padre. Quizás fue por esta diversidad de fondo, que su convivencia fue bastante borrascosa. Aprendimos enseguida a reconocer el aumento de decibeles de sus discusiones, a distinguir las señales premonitorias de la tempestad; hemos asistido a litigios furibundos que instintiva y precozmente tratábamos de calmar. Mi padre, enamorado y celoso hasta el punto de llegar a ser también violento. Mi madre, caprichosa y viciada, se divertía provocándolo.

De aquel periodo recuerdo las noches en blanco con mi hermano Riccardo, cuatro años mayor que yo; cuando nos despertábamos en plena noche con los gritos de sus peleas. A veces nos metíamos en medio y gritábamos “¡Ya basta! Dejen nos dormir”. Alguna vez mi padre perdía el control y trataba de ponerle las manos encima; entonces nosotros interveníamos para separarles y recibíamos también algún tortazo perdido.

Estas riñas furibundas me estremecían, me ha quedado una sensación de miedo y angustia que reaparece cada vez que oigo a alguien solamente alzar la voz.

De aquel periodo; a demás del hecho de haber consolidado una unión con Riccardo que nunca se perdió, recuerdo una vaga sensación de disgusto, debido a que me sentía, fuese verdad o no, menos amado que mis hermanos.

Verdaderamente Luciano y Riccardo fueron deseados y recibidos con alegría. El tercer hijo, en una familia con dificultades económicas, no era del todo esperado ni bienvenido, creo que me hubiera sido perdonada mi llegada inesperada si por lo menos hubiese sido una niña. Tanto es así, que riendo, mi madre contaba que había preparado el kit de bebe con la seguridad que era una niña es por eso que pase los primeros meses vestido siempre de rosado.

Me duró bastante tiempo esta sensación de no ser muy amado, y quizás es también el motivo por el que he buscado el amor con mayúsculas, durante toda la vida. Necesitaba encontrar el afecto que me diese seguridad y serenidad, esta búsqueda me ha llevado a vivir una infinidad de historias, de relaciones sentimentales y de amistad equivocadas, y también a cometer muchos errores.

De todas formas, de la primera parte de mi vida recuerdo sobretudo el trío que formábamos: mama, Riccardo y yo. Éramos capaces de divertirnos y de bromear hasta cuando no se sabía si íbamos a comer. Riccardo y yo estábamos siempre juntos y pasábamos días preciosos en el jardín de Boboli, a pocos metros del Ponte Vecchio. Alguna vez íbamos a hacer picnic, que nos parecía fantástico, a los prados del parque. Otras veces salíamos a las siete de la mañana con el tren (por el trabajo de nuestro padre, teníamos los billetes gratis) con destino Castiglioncello, una localidad de mar famosa y preciosa que nos quedaba cerca. Pasábamos todo el día en el mar, es en aquella agua límpida donde aprendí a nadar y a tirarme de cabeza. Nuestra madre nos preparaba berenjenas a la parmesana, que eran su especialidad, y nos las devorábamos. Volvíamos a casa tarde en la noche destruidos pero contentos. Nos parecía el máximo de la felicidad.

Mi madre era una persona simpática y tan despistada que parecía un poco ida. A veces cuando iba con los tres a hacer la compra, se olvidaba alguno de nosotros en la tienda. Recuerdo que una vez que había salido con tacones altos, se tropezó e intentando de no dejarse caer por dos o tres veces adquirió una velocidad y una fuerza tal que cuando cayó encima de un policía se tumbaron los dos a tierra tanto es así que cuando el policía termino de ayudarla a recoger la cantidad de cosas que

salieron del bolso le pregunto: “¿señora y donde está la bicicleta?” Otra vez una señora, mirándonos a mí y a un amigo mío mientras jugábamos, preguntó a mi madre refiriéndose a nosotros: “¿Son gemelos?”, y mi madre, pensando que la señora se refiriese a unos gemelos de pulso, se puso a buscarlos por tierra. Al final le dice: “¡No... no los encuentro!”.

Mi madre era así, pero siempre fue divertida, alegre, optimista, positiva. Veía todo bonito, estaba siempre disponible para los demás y por esto tenía una infinidad de amigas y todas le querían. Ha sido verdaderamente, la persona más importante en mi vida, me ha ayudado con su optimismo a creer en las posibilidades que tenía y como consecuencia, a conseguir todo lo que me proponía.

Mi padre era su opuesto. No hablaba mucho, no era extrovertido, no se dirigía a nosotros con el calor natural que poseía mi madre; pero pensando en él, ahora que no está, recuerdo una frase que Claude Lelouch pone en boca del protagonista de la película “*Toda una vida*”: “Una vez, oía a mi padre que me hablaba continuamente sin escucharlo. Ahora que no está más, lo escucho sin oírlo”. Así me ha sucedido, que con el tiempo he desarrollado la capacidad de sentir cerca a mi padre, de interpretar sus pequeños gestos cotidianos, las pocas palabras que pronunciaba, de percibir su afecto, el amor que tenía por sus hijos. Y también he entendido lo grande que era el amor que lo había unido a nuestra madre. Diferente de ella, pero así importante en su vida y en la nuestra. Ahora reposan juntos, mi padre desde 1975, mi madre desde 1999, en el panteón familiar en S. Miniato, en Firenze finalmente en paz.

De muchacho, era testarudo y tenaz. Cuando a la edad de diez años pasé a la escuela media, debía recorrer un largo trecho hasta llegar a la escuela. Teóricamente hubiera debido coger dos autobuses. Se me metió en la cabeza que todo iría mejor si tuviese una bicicleta, pero no tenía dinero. Así que me puse a hacer todo tipo de trabajo e inclusive babysitter hasta alcanzar la suma suficiente, y la compre.

Pasé mucho tiempo como boy-scout, experiencia que me ha dejado recuerdos positivos y exaltantes. Me dio la oportunidad de probar mis fuerzas, de saber que era capaz de afrontar las dificultades. Aprendí a cocinar, a orientarme con brújulas y mapa. A construir campamentos, puentes de cuerdas montar carpa, comunicarme con alfabeto morse, conocimiento de primeros auxilios, superando los exámenes de cada especialidad con éxito.

Pasamos de lobitos a scout, éramos un grupo de seis chicos de unos once años; y yo, que tenía ya el carácter organizador, decidí fundar una nueva patrulla. La llamamos “Los castores”, naturalmente yo era el jefe. Inauguramos el acontecimiento con una excursión por la montaña durante un fin de semana. Ya era de noche cuando llegamos, nos pusimos a montar tres tiendas de campaña y a preparar la cena en un bonito prado y, después de cenar, fuimos todos a dormir cansadísimos. Lástima que comenzó a caer un gran aguacero, y aquel bonito prado se estaba inundando por momentos. Me desperté con los gritos y el llanto que llegaban de las otras tiendas, estábamos completamente mojados. En pocos minutos el agua nos llegó a las rodillas, tuvimos el tiempo justo para salir de las tiendas sin poder coger nada seco. Los niños lloraban desesperados temblando de frío gritando: “¡mama, mama! ¡Quiero ir con mama!” “¡quiero volver a casa!”

También yo hubiera querido llorar, pero no podía... era el jefe.

Era una escena dramática, seguía lloviendo, un verdadero diluvio. Afortunadamente encontramos refugio en un convento de monjas a un par de kilómetros, en donde nos acogieron completamente empapados y helados. Al día siguiente encontramos las tiendas casi sumergidas, nos dimos cuenta de que habíamos acampado en el cauce de un lago seco.

Así es como comenzó la aventura de “Los castores”.

He pasado más de trescientas noches en tienda, viviendo momentos inolvidables, inmerso en la naturaleza, aventuras y experiencias útiles. Fui elegido como mejor scout de mi ciudad y elegido para un premio en un campo escuela en Opicina, cerca de Trieste.

Estaba muy entregado al deporte también, he practicado judo y kárate a nivel nacional, ganando muchas competiciones; y por esto, al final, decidimos, con mis hermanos, abrir algunos círculos deportivos en Toscana y uno grande en Roma. Un gran círculo deportivo que creció, mejorado y renovado durante los veinte años que lo gestionamos hasta terminar siendo uno de los mejores de Roma. Durante este periodo de la vida, fue nuestra casa y nos dio una infinidad de satisfacciones.

Un trabajo maravilloso que nos hizo conocer muchas personas y permitió a nuestra familia tener una vida discretamente cómoda, en un ambiente sano y agradable. Trabajábamos con pasión y tuvimos muchas satisfacciones.

Mi tentativo de familia

En un momento de mi vida encontré a Annabella. La primera cosa que me atrajo de ella, fue su belleza; me sentía orgulloso llevándola al club, donde la gente venía curiosa por verla. Lo que me fascinaba quizás era el aire misterioso que siempre le acompañaba. Había una parte suya que permanecía escondida al mundo, que ella protegía sobre todas las cosas. Una profundidad en la que, ni siquiera yo he conseguido penetrar nunca.

Annabella nació en Alejandría, en Egipto. Su madre Griega era médico dentista y su padre Italo-Inglés un industrial, como todos en su familia. Había crecido en un ambiente sano, con buenos principios. Se estaba licenciando en lenguas, era inteligente, simpática y sociable. Nos enamoramos y nos hicimos novios. Después de dos años, decidimos casarnos convencido de haber encontrado la persona justa, capaz de dar un sentido nuevo a mi vida. Casi dos años después, nació Giorgio. Siempre habíamos pensado en ese nombre para el bebé, y vino al mundo justo el 23 de abril, el día de San Giorgio. Cuando llegó el momento de entrar en la clínica, Annabella estaba contenta y feliz, como había estado todo el tiempo durante el embarazo. Recuerdo que un mes antes del nacimiento, habíamos organizado una fiesta de carnaval en el club, y ella se había disfrazado de “huevo de Pascua”, ¡con su panza fue todo un acierto!, y pensar que dentro de aquel huevo, como sorpresa, había un pollito encantador.

Así con esa frescura se preparó para afrontar el parto. Obviamente no sabía a qué se estaba enfrentando, así que cuando comenzaron las primeras contracciones, no sabía si reír o llorar su actitud cambió completamente.

Algo se había desencadenado, quizás una especie de rebelión por los dolores que estaba sufriendo, que se convirtió en agresividad hacia sí misma. Quería quitarse el suero y volver a casa, rompía o arrojaba todo lo que le quedaba a mano, y al final se la llevaron gritando desesperadamente.

En una gran sala de espera, el padre de Annabella y yo, pasamos el tiempo elucubrando sobre la importancia de un hijo para un padre, tratando de llenar el vacío de la espera. Nos habíamos acercado a la ventana para contemplar el alba y escuchábamos el trinar de los pájaros. Comenzaba un nuevo día y una nueva vida.

Oramos para que todo fuese bien, ambos habrían preferido un varón, estábamos los dos emocionados y felices, también un poco preocupados, lo normal en estos casos. Recuerdo esos momentos con tanta dulzura y emoción, una sensación preciosa que me ha acompañado toda la vida. Finalmente me llamaron, Había pedido asistir al parto, cuando llegó el momento me pusieron una camisa verde y entré en la sala de parto; la primera sensación cuando le vi en la camilla fue la de desmayarme, pero aguanté y me sobrepuse. No sabía aún de qué sexo fuese, cuando salió una cabecita llena de pelo, el médico dice “es chica”, Annabella hizo una mueca, porque siempre decía con su provocador pesimismo, que nacer era una desgracia si después nacía niña era una desgracia en la desgracia.

Pero cuando el médico levantó el bebé para hacérselo ver aún unido a su madre por el cordón umbilical... precioso, regordete, de casi cuatro kilos; y Giorgio nos mostró su pene tieso y duro, que nos hizo pipi encima a mí a su mamá al médico y a las enfermeras, como una fuente.

Lo interpretamos como un buen augurio, nos parecía haber conseguido el máximo de la felicidad. También a ella que había sufrido tanto.

Annabella y yo nos queríamos tanto, aunque éramos jóvenes y decididamente un poco insensatos, probablemente nunca profundizamos en la relación que nos unía. Ella siempre veía el lado negativo de las cosas y yo el positivo. Ella era aparentemente extrovertida y llena de vida, pero en el fondo tenía tantos problemas sin resolver: dudas sobre el sentido de la vida que la llevaban a ser indiferente y enigmática, a no fiarse nunca, que le impedían dejarse llevar por el placer de los pequeños momentos.

Estoy convencido de que sufre de un miedo visceral que envuelve toda su vida en una especie de burbuja opaca, que le impide vivir el amor y cualquier otro sentimiento en plenitud y libertad.

Annabella es una persona fascinante también, porque es tan misteriosa, enigmática, que nunca te deja ver lo que piensa, ni lo que quiere. Casualmente contradictoria, sus reacciones están en contraste con lo que siente realmente. Me he dado cuenta de que a veces manifiesta exactamente lo contrario de lo que piensa, esto contribuye a confundir las ideas de quienes están cerca. Si parece que presta mucha atención e interés por ti, debes preocuparte porque probablemente no le interesas nada, y si a ti te parece que te ignora, quizás tiene gran interés por ti, en este caso eres muy afortunado, porque en realidad a Annabella no le interesa nada, ni nadie. Es una persona fundamentalmente buena, que trata desesperadamente de evitar cualquier tipo de sufrimiento; y por eso se ha construido una fortaleza inexpugnable de cinismo, que le sirve para tener lejos, o esconder, penas y dolores; pero también el sentimiento de amor que une a todos los seres humanos. Al principio su visión de la vida me asustó. Decía que en este mundo todo es inútil, nos empeñamos pero no sirve de nada, que tenía ganas de envejecer para vivir más serenamente sin angustia y sin más problemas por el aspecto físico y que si hubiese podido elegir, ni siquiera hubiera nacido. Afirmaciones que mostraban el enorme miedo que tenía a la vida...a la vejez... al sufrimiento... y a la muerte.

Probablemente nos habíamos atraído físicamente y no esperamos a profundizar en nuestro lado espiritual, como debe ser un verdadero conocimiento.

Creíamos que con el amor que nos teníamos, iba a ser suficiente.

Seguramente ambos éramos puntillosos y orgullosos.

De hecho, por inmadurez o por lo que fuese, ninguno de los dos cedía, ninguno quería conceder al otro por cada tontería, al menos el beneficio de la duda. Me acuerdo que bromeando repetía muchas veces que “no era culpa mía si tenía siempre la razón” y que “antes era muy presuntuoso, pero ahora me había convertido en perfecto” ¡claro que estaba bromeando!

Pero con esta actitud irónica, tanto mía como suya, era evidente que no hubiéramos sido capaces de ir a ninguna parte.

En nuestra relación además había otra agravante; nuestra vida estaba condicionada por la madre de Annabella.

No es fácil explicar este asunto, pero así sucedió.

Desde el nacimiento de Giorgio, mi suegra no dejó en paz a Annabella ni mucho menos al bebé. Ella casi nunca lo dejaba a solas con nosotros, evidentemente no creía que la madre fuese en grado de atender las necesidades del bebé, lo que me ofendía mucho, porque hubiera querido que juntos pudiésemos demostrar haber crecido, ser capaces de ser padres.

Después de pocos meses del nacimiento, se lo llevó sin pedir permiso y sin que ninguno de los dos reaccionase.

Con el tiempo he comprendido que ella se daba cuenta de las dificultades que estábamos ya atravesando, mucho antes de que nosotros mismos lo hiciéramos.

Personalmente viví su comportamiento como una gravísima e injustificada violencia. Cuando había que cambiar los pañales al bebé o cuando lloraba por sueño o hambre, la abuela se precipitaba y lo arrebatava de los brazos de cualquiera. Yo pensaba “¡Vaya! Para cada madre un hijo es ciertamente un sacrificio, pero desde que el mundo es mundo las madres cuidan a sus hijos, aprendiendo a hacerlo. Será duro, pero el amor que recibes te recompensa abundantemente”.

Así que había intentado evitar la intrusión de la abuela de mil formas, pero fue del todo inútil. La ayuda de las abuelas es fundamental en todas las familias, pero nuestro caso era el colmo, la abuela lo tenía y alguna vez nosotros podíamos cogerlo o llevarlo.

En el primer cumpleaños de Annabella después de que Giorgio naciera, el bebé tenía casi un año, y ya vivía en casa de la abuela. Quise pasar a recogerlo para ir de paseo los tres juntos, pero Annabella no quiso, con la excusa de que hubiera sido un lío dentro y fuera de los comercios.

Las cosas con Annabella fueron de mal en peor, y seguramente éramos los dos responsables; Giorgio estaba allí con su abuela, por la que yo sentía fastidio, rencor, y honestamente rivalidad.

Estoy contento de haber tenido el tiempo y la posibilidad de replantearme aquellos sentimientos confusos que sentía por Nenè, porque con el tiempo se han templado y modificado hasta el punto de transformarse en un profundo afecto y estima.

Pasaba el tiempo y las discusiones seguían, éramos muy inmaduros e inconscientes; pero la cosa más grave de todas, la verdadera causa de nuestra separación, fue la falta absoluta de espiritualidad en nuestra relación; quiero decir, que no teníamos ni fe, ni temor de Dios.

Llegaron días difíciles y todos estos elementos nos condujeron inevitablemente a separarnos, sin un motivo válido que pudiese justificar una decisión así de destructiva. La separación de una bella familia envidiada por todos. Desgraciadamente, un poco por orgullo infantil, un poco por inconsciente estupidez; y quién sabe, quizás sin que el amor hubiese acabado, nos separamos y fue para siempre.

Tres fueron las víctimas de este terrible error, una de ellas inocente, Giorgio.

Era 12 de Octubre de 2001 cuando recibí a primera hora de la tarde, una extraña llamada telefónica de mi ex-mujer, que quería que nos encontrásemos urgentemente por asuntos que concernían a nuestro hijo.

Quedamos para vernos hacia la cinco de la tarde en Vía del Corso, al final de la Vía de la Croce, casualidad delante de una agencia de viajes.

Annabella me dijo que debíamos llamar a Cartagena, en Colombia donde se encontraba Giorgio de vacaciones, porque estaba muy mal, había tenido un ataque al corazón incluso problemas con la policía.

¿Cartagena? ¿Un colapso? ¿Qué había ido a hacer a Cartagena, si me habían dicho que iba de viaje a Londres?

Cuando ella me llamó, estaba tan absorto, que fue como caer de las nubes.

Podía tratarse de la repentina apertura de una puerta que había dejado fuera de mi percepción cotidiana; todos aquellos pequeños y grandes sucesos que habían ocurrido.

Quizás por esto me sacaba de quicio, no la noticia de que podía necesitarme, sino el descubrimiento de que estaba en Cartagena, un lugar en donde no debía encontrarse.

Me quejé mucho, porque yo continuaba estando fuera de todo lo que concernía a Giorgio. E mientras protestaba enérgicamente Annabella me miraba con los labios apretados y con los ojos bien abiertos, todo lo que había dejado fuera de mis preocupaciones entró con un gran fragor y explotó, por así decirlo, dentro de mi cabeza.

Desde hacía un tiempo las cosas no andaban muy bien entre Giorgio y yo. La puerta de comunicación que habíamos tenido recíprocamente bien abierta durante tantos años, se había cerrado al llegar a la adolescencia.

Nuestros encuentros eran fugaces. Al inicio yo pensaba que fuese debido a una evolución natural de la relación padre-hijo, obviamente ya no era un niño, era un adolescente y tenía amistades diferentes y necesidades que ya no coincidían con las mías. Pero particularmente en la última temporada, parecía que apenas nos soportásemos y que él no tuviese ninguna intención de dejarme mirar dentro de su alma y todo esto me hacía sufrir mucho.

Me daba cuenta de que estaba tomando un mal camino, y esto me ponía nervioso y susceptible. Del periodo de nuestra exclusiva y satisfactoria relación, de amor desmesurado, había quedado solo el recuerdo lleno de sensaciones bonitas que evocar.

Me preguntaba cómo es que aquella relación fuera de los cánones tradicionales, nos había permitido construir desde su más tierna edad, la costumbre de disfrutar del placer de estar juntos para jugar, bromear, divertirse, sin reproches ni castigos severos.

Y cuando fue indispensable, esto mismo fue lo que me impidió desempeñar el rol tradicional de padre correctivo, de guía auténtica que esta trágica contingencia hubiera requerido.

Como sucede a muchos hijos de padres separados, hemos vivido el tiempo que pasamos juntos como una aventura para saborearla entre amigos: viajes, vacaciones, fiestas, veladas, diversiones, deporte en la nieve, y por la noche a mi casa con tantos amigos. Hasta incluso cuando venía al círculo deportivo donde yo trabajaba, se divertía y hacía mucho deporte, jugaba al tenis, nadaba, jugaba al fútbol y hacía judo. Se sentía en vacaciones, entre otras cosas, mimado por todos.

Cuando estaba conmigo, la vida era intensa y feliz, quería concentrar en el breve espacio del fin de semana, todo lo que no podía hacer los otros días, por esto yo evitaba la severidad, yo era el juego y la diversión, mientras que en casa con su abuela y su mamá estaban cada día el deber y la escuela. Después, alrededor de los trece años, las cosas cambiaron, aunque la verdadera fractura se produjo entorno los catorce años de edad, cuando comenzó a buscar en el mundo externo lo que no pudo encontrar en mí. Hablábamos menos cada vez, y empezó a fumar hierba con sus amigos.

A un cierto punto, dado que su madre justamente se había plantado y le había prohibido categóricamente fumar, hizo uno de sus disparates, cogió cuatro cosas y decidió venir a vivir conmigo.

Su decisión me pilló de sorpresa porque, aunque siempre había deseado que mi hijo viniese a estar conmigo, no estaba preparado para esta avenencia, no estaba organizado para compartir horarios ni espacios con un muchacho. Así que cuando me lo encontré delante, por una parte estaba contento, pues significaba compartir mucho más que algún fin de semana; pero por otra, tenía miedo de no estar a la altura, temía no ser capaz de mantener el rol de padre a jornada completa.

La mamá, que lo había regañado justamente, no supo cómo reaccionar cuando Giorgio tomó la decisión de venir a vivir conmigo, no estaba contenta, pero hablamos y al final decidimos probar.

En mi casa Giorgio se sentía más libre, pero también más responsable. El primer día, habiéndole venido cierto apetito, abrió el frigorífico y encontrándolo prácticamente vacío me dijo: "Pero papa, ¿no se cena esta noche?". Tan habituado como estaba a ser servido y reverenciado, que a veces comía casi sin saber qué le metían en la boca, se dio cuenta que para encontrar el frigorífico lleno, necesitaba hacer la compra y que para encontrar alguna cosa que comer, necesitaba cocinarla.

Ahora las cosas habían cambiado, éramos dos hombres solos. Mamá y la abuela ya no estaban y nos debíamos de apañar. Así empezó a hacer la compra y así es como aprendió a cocinar tan bien.

Pasamos un periodo bueno, parecíamos dos amigos de verdad que convivíamos juntos: salíamos por la mañana, él para ir a la escuela y yo a trabajar. Nos encontrábamos a la hora de la comida en el club.

El club olímpico que gestionaba con mi hermano estaba muy concurrido; había un poco de todo, gimnasio, piscinas, tenis, fútbol y también dos restaurantes. Para nosotros era como una segunda casa. Por la noche, si no salíamos, nos quedábamos en casa, casi siempre llegaban amigos.

Pasado el primer momento de euforia, el alejamiento que había ya iniciado siguió adelante como si nada lo hubiese interrumpido, yo estaba con mis amigos y él con los suyos.

Cuando me di cuenta de que no manteníamos ningún tipo de diálogo entre nosotros, comprendí que yo no estaba a la altura del rol que había tratado torpemente de cubrir.

No estudiaba, pasaba los días cerrado en su cuarto con sus amigos, fumaba cabos y tocaba la guitarra. Tocaba muy bien, estaba verdaderamente dotado, pero la situación estaba ya fuera de control. Consciente de haber fallado en mi función, comencé a regañarlo y así empezaron las primeras terribles discusiones.

Pero seguía sin hacerme caso, por lo demás en aquel tiempo ¿quién no se fumaba algún “inofensivo” porro? Si, así en ese momento era lo que pensaba.

Yo mismo había hecho esporádicamente, uso de hierba, sin que incidiese en mi vida ni en mis comportamientos. Yo era un cultivador de la forma física y la buena salud, fue esto probablemente lo que me evitó experiencias más traumáticas.

En cualquier caso, el idilio entre nosotros se había acabado y comenzaron las preocupaciones.

No sintiéndome preparado, le pedí ayuda a su madre, y le propuse venir a vivir con nosotros. Ella aceptó contenta.

Mi casa era muy grande; tanto, que podíamos vivir cada uno con su propia intimidad y nuestro hijo podía tener así una situación casi normal: como una familia de verdad.

La situación mejoró, estábamos atravesando un periodo sereno, porque no habíamos vivido nunca los tres en la misma casa, y al principio nos pareció que la respuesta de Giorgio fuese positiva.

Pero habíamos perdido la conexión con él, no nos escuchaba ni a mí ni a su madre, y a pesar de que intentábamos demostrarle todo el amor que le teníamos, seguía haciendo lo que le daba la gana, sin llegar a poder conseguir impedírselo.

Un tiempo después de este tentativo de convivencia, tuve problemas económicos. Al periodo feliz sin preocupaciones, le siguió un periodo de notables dificultades financieras.

Lo peor fue que tuve que vender mi bonita y gran casa, y creo que esto hizo sufrir mucho a Giorgio, sea por los bonitos recuerdos que le transmitía a pesar de todo, o porque debió volver a vivir a casa de la abuela con su madre. Durante este periodo tuve también la primera gran desventura amorosa.

Viendo a Giorgio extraño y nervioso, pensaba que fuese por todas estas cosas juntas.

Después me llegó la noticia, como una bomba.

Giorgio de vez en cuando esnifaba heroína.

Mi amigo Adriano, con quien compartía en aquel periodo la casa, el trabajo y la vida privada, me advirtió. Él lo había sabido por su sobrino Loris, que era amigo de Giorgio, y sin dudarlo, corrió a decírmelo. Recuerdo que estábamos fuera de su oficina, le costó un poco, pero cuando al final me lo contó me sentí trastornado, no lo había mínimamente imaginado, fue un verdadero golpe.

Entre todas las cosas que me hubieran podido pasar, esta era la cosa peor que pudiese imaginar, un horror, una pesadilla. Reaccioné muy mal, hasta no quería creerlo, pero Adriano no podía mentirme, estaba tan afectado como yo, verdaderamente preocupado.

Estaba tan asustado que conseguí encontrar la fuerza dentro de mí para volverme determinado y severo: fui taxativo.

Durante un largo periodo me convertí en su sombra, lo seguía, acompañaba y esperaba; tanto que su madre, que no sabía nada, no entendía mi cambio ni todas estas atenciones.

Habíamos acordado una especie de pacto; la mama y los abuelos no habrían sabido nada si verdaderamente lo hubiese dejado.

Pero no fue así, lo hizo de nuevo.

El pacto se rompió y se lo dije a toda la familia.

Primera toma de conciencia

Sí, me daba cuenta lo que significaba el vicio que había adquirido mi hijo, pero me acompañaba la profunda confianza de que con un poco de empeño y con los tratamientos justos, todo se hubiese arreglado, que se trataba en definitiva de cosas de muchachos, que podía pasar inevitablemente a los adolescentes de todo el mundo...

La familia reaccionó con empeño unánime; no le quitamos los ojos de encima y pasó algunos días bajo los fuertes dolores que la abstinencia provoca.

Algún mes más tarde, le convencí para ir al "D.B.M." de Ginebra a participar en un curso de motivación con la participación de psicoanalistas especializados en algunas terapias específicas, incluido el psicodrama. Duraba cuatro días durante dieciocho horas al día y participaban cerca de cincuenta personas, cada una con problemas distintos.

Había conocido este centro cuando había acompañado a mi novia de entonces, Patricia, que tenía necesidad de apoyo psicológico. Lo más gracioso es que me convencieron a participar a mi también. Cuando un psicólogo me invitó a participar, le respondí que yo no tenía ningún problema, me hizo enseguida comprender que mi problema era justo aquel de creer no tener problemas. No respondí, pero me entró la curiosidad y participé. Me encontré tan a gusto que terminé recomendándolo a muchos amigos a los cuales algunos de ellos los he acompañado participando con ellos durante esos cuatro días.

De todas maneras, la terapia me beneficiaba, me sentía sereno, casi liberado de la posibilidad un poco elucubrada de estar convencido de no tener problemas.

Obviamente, el centro estaba frecuentado también por muchachos que buscaban liberarse de la dependencia de la droga y me había dado cuenta de que los resultados eran excelentes.

Giorgio no estaba muy grave, o así lo creíamos todos los que lo amábamos y estábamos cerca de él. Su historia de dependencia estaba al inicio y este curso lo habría salvado a tiempo.

Cuando se lo propuse aceptó, rechazando sin embargo nuestra participación.

Quiso partir solo y seguir la terapia solo.

Los días del curso de hecho eran pocos, pero me animaba ver que los muchachos estaban comprometidos en una experiencia que los habría ayudado a tomar conciencia de ellos y de los valores fundamentales de la vida.

Los días pasaron enseguida, y cuando su madre y yo fuimos a buscarlo para darle una sorpresa, llevamos a Kukla con nosotros, el cachorro de Labrador que le había regalado en Navidad al que quería tanto.

Cuando el curso terminaba, normalmente los chicos que habían asistido, se reunían para celebrarlo con alegría, porque era como si cada uno se encontrase en la condición de poder comenzar una nueva vida. Habían aprendido a conocer las propias pulsiones, se habían vuelto seguramente más humildes, al menos lo necesario para recoger los pedazos de la propia vida para probar a componerlos en un mosaico sencillo y sano.

Habían aprendido a considerar como cadenas y esclavitud, todos los sentimientos negativos como los celos, la envidia, el odio, la aridez, el orgullo, la mentira, la pereza mental, los falsos dogmas, y habían aprendido a tener miedo de la dependencia a la droga.

Libres de todo esto, reencontraban el deseo de vivir.

El último día del curso les hacían ver que nuestra vida es como un lago en donde se habían acumulado todas las cosas feas y sucias, malas experiencias, dolores, sufrimientos, odios, desilusiones, malicias y todas las cosas negativas que se nos puedan ocurrir. El agua limpia de este lago que estaba cerrado por una fuerte diga, se había vuelto sucia y oscura.

El curso que había terminado había servido para hacer en esta diga, una pequeña grieta, que despacio, despacio, con las enseñanzas recibidas, se hubiese debido hacer cada vez más grande, hasta abrirse una gran grieta que hubiese permitido hacer salir todo el agua con la suciedad que la vida había hecho estancar en aquel lago.

De hecho el último día nos dijeron que el curso no había acabado, sino que apenas comenzaba porque volviendo a nuestra vida, nos debíamos de empeñar en ampliar, día a día, aquella pequeña grieta hasta vaciar completamente el lago para llenarlo nuevamente con agua fresca y limpia.

Cuando Giorgio salió con los otros, no nos vio, pero nosotros mirándole de lejos, nos dimos cuenta de que estaba lleno de energía positiva.

El no sabía que habíamos llegado y estaba con sus nuevos amigos, con una gran sonrisa, así que decidimos liberar a Kukla que lo encontró en medio de toda la gente sin basilar.

Fue en este momento cuando comprendió que debíamos estar en los alrededores. Nos busco y al final nos vio y vino hacia nosotros con el cachorro en los brazos. Fue un momento de gran conmoción. Giorgio dejó el perro y me abrazó con toda la fuerza y el amor que tenía. Sabía que también yo había probado lo que él había vivido durante el curso, muchas veces le había contado de esta dura experiencia que yo había repetido ya cuatro veces. Ahora él también había vivido esta dura experiencia y de algún modo nos había acercado, ahora teníamos una nueva complicidad que nos unía.

Me apretaba con toda su fuerza y con la cabeza en mi hombro lloraba y sollozando, sentía que sus lágrimas bajaban mi cuello, me conmoví yo también y no logre detener el llanto.

Annabella nos miraba en silencio a los dos, con dulzura; comprendía como para los dos, padre e hijo, aquel largo abrazo fuese como una señal liberatoria, como un gesto capaz de cancelar todos los miedos, las penas y las tensiones que se habían acumulado en los últimos tiempos.

Estábamos reviviendo la relación que durante toda su infancia nos había unido: “un gran e infinito amor” y esto era estupendo. Giorgio estaba allí, abrazado a mí, me apretaba y no me soltaba al igual que yo tampoco quería despegarme de él. Nos quedamos llorando así, pasaron unos minutos, quizás fueron sólo segundos que me parecieron una eternidad. Después se volvió a la mama y le abrazó con mucha ternura.

Mientras tanto se habían acercado a nuestro grupo algunos de los muchachos con los que se había relacionado particularmente y un psicólogo, Maurizio, que le había seguido durante todo el curso con mucha atención y afecto. Me di cuenta de cuánto le querían todos, tanto que competían por acercarse a nosotros, para decirnos qué muchacho maravilloso era Giorgio. Maurizio me dijo que nuestro hijo era una persona estupenda que merecía toda nuestra atención y nuestro amor.

En pocos días había conseguido conquistar a todos, porque Giorgio era realmente una persona maravillosa, riquísima de humanidad y de calor. Si, este era Giorgio, y no sólo para nosotros.

Empezó a contarnos la experiencia que había vivido, al principio me dijo que iba a pasar la noche con sus amigos, pero después de un rato, se alejó un instante saludo a sus amigos y cuando volvió nos dijo que le hubiera gustado pasar la noche con nosotros.

“Me habías dicho que querías estar con ellos” le dije sorprendido.

“Si” respondió, “he respondido como lo hubiera hecho antes, pero ahora que he cambiado les digo que quiero estar con ustedes.

Si, decididamente Giorgio estaba bien, pensé, el curso había tenido éxito y yo estaba muy contento.

Me doy cuenta ahora de que solamente por ingenuidad y por exceso de optimismo, que en el caso de la dependencia a la droga no se pueden nunca justificar, me estaba ilusionando con la idea de que la pesadilla hubiese terminado y que su madre y yo habíamos reencontrado a nuestro hijo...

Pero no fue así.

Pasaron algunos meses durante los cuales recommenzó a fumar y comenzó también a esnifar cocaína. La relación entre nosotros empeoró otra vez, poco a poco, según se acercaba a la mayoría de edad, se comportaba como si de hecho nosotros no existiésemos, un poco por vergüenza por haber fracasado, un poco por miedo porque podíamos tomar decisiones drásticas esto lo conllevaba a alejarse cada vez mas y mas de nosotros a pesar del gran amor que nos unía.

No quería reconocer el deterioro progresivo de nuestra relación. Simplemente no sabía lo que las circunstancias me han hecho aprender después.

O sea, que la droga actúa sobre la persona como un demonio que se apodera de su alma a través del cuerpo, volviéndola, ya privada de sus sentimientos, árida, arrogante y segura de sí misma al punto de inducir delirios de omnipotencia y de invulnerabilidad. La despoja de sentimientos, del amor y la transforma de manera trágica hasta volverla irreconocible.

No era todavía el caso de Giorgio pero había visto muchas personas transformarse y destruirse con el tiempo hasta perder su propia personalidad, y sus más profundos sentimientos era esta última mi preocupación más grande que me mataba.

En una de las tantas discusiones que teníamos en aquel periodo, Giorgio me dijo que mi problema no era él, sino Annabella, y me lo dijo saliendo de una de las terapias familiares que juntos seguíamos. Esta seca declaración me trastocó y me dio mucho que pensar.

Era verdad, Annabella y yo nunca habíamos estado bien, nunca estábamos de acuerdo en nada, especialmente después la separación. Por ejemplo, en los asuntos sobre nuestro hijo, ella opinaba que yo era rígido e intransigente y que no buscaba entenderme con él. Según mi parecer ella era ciertamente más comprensiva, casi demasiado.

En cualquier caso, si ella buscaba el diálogo para entender cualquiera que fuese su verdadero problema, es también verdad que ninguno de los dos ponía nada de su parte. En realidad éramos un verdadero desastre, un fracaso completo. Cuando Giorgio me dijo secamente que el problema éramos nosotros dos, pensé simplemente que tenía razón. Probablemente todos sus problemas nacían de nosotros dos, de nuestros comportamientos que estaban en el origen de su inadaptación. Él era muy inteligente sensible y locuaz, y cuando expresaba un sentimiento, daba siempre en el clavo.

Giorgio era una continua fuente de preocupaciones para mí y para su madre, y no éramos capaces de llevar más una vida normal y serena, pero esto era nada porque estábamos apenas al inicio del problema.

Una noche, cuando él apenas había cumplido veintiún años, me desperté de sobresalto como a las dos de la noche. Medio dormido cogí el teléfono, estaba asustado porque a esa hora solo llegan malas noticias.

Era el teniente de la policía de la estación de Parioli que me aconsejaba acercarme enseguida a su sede, porque mi hijo había sido detenido por posesión de una cantidad ilícita de droga.

El juez, como era praxis en estos casos, había dado la orden de encarcelación preventiva.

Me enojé y grité que Giorgio nunca había traficado, él siempre había tenido a disposición dinero, le dije que asumía toda la responsabilidad de tenerle cerrado en casa hasta que no se aclarase la situación.

El teniente lo comprendía todo muy bien, pero la orden ya había sido firmada y Giorgio debía ser llevado a Regina Coeli el cárcel de Roma.

El teniente me había hecho ir allí por precaución y había hecho todo lo que podía, hasta me había acompañado donde él para poder saludarle, porque en estos casos no está consentido al detenido hablar con nadie, ni siquiera con su padre.

Entré en la sala donde me esperaba sentado, estaba realmente abatido. Cuando me vio se levantó para abrazarme y me dijo que no había hecho nada malo. Yo traté de calmarlo, asegurándole que se trataba de una sola noche, y que al día siguiente con su madre haríamos lo imposible para sacarlo fuera. Salimos juntos, el coche lo estaba esperando, un último abrazo sin conmociones, como hacen los hombres de verdad, pero nuestros ojos estaban brillantes y retenían con dificultad las lágrimas. Lo acompañaron dentro del automóvil, cerraron la puerta y partieron. Fueron pocos los instantes que nos permitieron mirarnos fijamente a los ojos a través de la ventanilla el dentro del coche y yo inmóvil en medio de la calle.

Su mirada se gravó a fuego en mi corazón, queríamos quizás decirnos con aquella mirada una infinidad de cosas, pero el coche partió y se alejó.

No olvidaré jamás aquella carita suya que he seguido con la mirada a través del cristal mientras se iba. La carita ceñuda con la que trataba de parecer duro, pero yo, que le conocía bien, sabía de su fragilidad.

Quedé solo en medio de la calle en la oscuridad de la noche con una gran tristeza en el corazón.

Pasaron solo tres días que parecieron una eternidad, para él que estaba dentro y para nosotros que estábamos fuera con el ansia y la responsabilidad de hacerle salir cuanto antes, imaginaba lo penoso que es estar allí dentro. Mientras yo pasaba toda la jornada entre abogados y tribunales, Annabella se había prácticamente establecido allí, se había hecho amiga de porteros y celadores y demás

empleados, hacía regalos y daba propinas a todos; llevaba paquetes continuamente a Giorgio con todo lo imaginable que pudiese servirle dentro, tanto era así que se corrió la voz de que Giorgio era un policía infiltrado.

Después subía al Gianicolo una de las siete colinas de Roma que se asomaba al lado del edificio de la prisión desde donde, cerca de las ventanas de los detenidos, se ponía a gritar durante horas: “¡Giorgio, Giorgio! Soy mama, tranquilízate que sales enseguida”. Este lugar es conocido por toda Roma, sobre todo por las mujeres de los detenidos, que van allí para hablar con ellos. Recuerdo cada vez que fui cerca de aquella zona, oía largas conversaciones entre marido y mujer que gritando decían: “¿Cómo estás? ¡Tu hija está bien! ¿Sabes? Ahora sale con un buen muchacho”, o bien “Mama está en el hospital, pero ahora está mejor y dentro de unos días vuelve a casa” y los maridos a su vez “¿Cómo va en casa? ¿Están bien? ¿Los niños van a la escuela? ¿Estudian? ¿Tu cómo estás?”.

Annabella, conocía esta vieja costumbre y ahora que tenía su hijo allí, no había perdido la ocasión para ir también ella para intentar de hablar con Giorgio.

Finalmente salió, Annabella, nuestro amigo abogado, el amigo incondicional Carlo y yo, estábamos allí esperándole; cuando nos vio le brillaban los ojos. Corrió hacia nosotros, nos abrazó feliz y dejándonos su bolso, y sintiéndose liberado, se puso a correr como un loco por la calle.

El miedo y la tensión fueron fuertes para todos, pero ahora la pesadilla parecía que hubiese terminado.

Esta es la sensación que sentíamos cada vez que se metía en un lío. Estábamos convencidos de que sería el último, que comenzaría una nueva vida, que toda nuestra vida sería diferente.

Ni aunque mil indicios me hicieran pensar una historia distinta, quería o queríamos creer; quizás porque Giorgio era un muchacho que sabía hacerse perdonar con todo el cariño que sabía expresar; que no era calculado sino un impulso natural del alma, un alma bella, la misma que habíamos conocido en tierna edad, que nunca se cansaba de jugar, de escuchar historias, de explotar de alegría contagiosa.

Así que aquel 12 de octubre, me encontraba tratando de hablar por teléfono con él, a diez mil kilómetros de distancia aún era más difícil comunicarse, y tenía el temor de que no quisiese hablar conmigo, como pasaba desde hacía tiempo cuando estaba en casa.

Pero cuando comprendí que estaba al otro lado del hilo y dijo simplemente: “Me oyes, si, me oyes” sentí que en él había sorpresa, también alegría y probablemente alivio, tanto era así, que la primera cosa que me dijo fue: “¡Ah! finalmente lo lograste...”.

Reacción extraña porque había dicho a todos que no quería hablar conmigo.

En Cartagena

Giorgio me había hecho entender sin palabras que me necesitaba, así que a las siete de la mañana; acompañado de Carlo, un querido amigo de familia, tomé el primer avión hacia Cartagena.

Cuando llegamos fuimos directamente al hotel en donde se hospedaba Giorgio. No veía la hora de abrazarle.

Subimos a su habitación y cuando nos abrió lo vi flaco, con la cara afilada aún más guapo. Sus espléndidos ojos eran una especie de lago azul, profundo, misterioso que conservaban en su expresión, los rayos de luz de cuando era niño.

Me miró intensamente, como para descifrar mi actitud hacia él. Cuando me miraba así, siempre me intimidaba.

Sin siquiera saludarme, me dijo: “OK, espérame abajo que los alcanzo”.

Y nos cerró la puerta en las narices.

Después de un viaje de veinte horas, con toda el ansia que teníamos Carlo y yo por saber qué había sucedido; hubiera simplemente deseado estrecharlo entre mis brazos y no haber sido mandado fuera a esperarle.

Conociéndole, de todas maneras no había que extrañarse. Era de pocas palabras, no le gustaban los convencionalismos y no se dejaba nunca llevar por sentimentalismos, ni por cariños circunstanciales los sentimientos verdaderos era habituado a dejárselos dentro.

Además, ya no era mi cachorro, que se dejaba abrazar y besar siempre que yo quería. Cuando de pequeño estábamos juntos, muchas veces nos dormíamos abrazados y éramos felices. Ahora había crecido, tenía veintidós años, un periodo confuso tras de sí y tantas inevitables desilusiones. Pero sabía que me amaba y que sus sentimientos no habían cambiado, que era siempre la misma persona, a la que no podías acercarte sin quedar fascinado.

Lo esperamos un rato y cuando llegó con su bolsa y su manera de hacer usual, indiferente y segura de sí mismo, me dijo: “¿a dónde vamos?”. Le respondí que íbamos al hotel Las Américas, un hotel muy bonito en el mar, para estar algún día junto. También le dije que sería la mejor manera de relajarse un poco y de entender qué había pasado. Le conté que el propietario del hotel donde él había dormido la noche antes de nuestra llegada, era un amigo de unos amigos; que le había conocido por teléfono antes de partir y que se había prestado a contactarlo y a hospedarlo.

“Ha sido muy amable Alberto, el propietario, ¿has visto? ¡Te ha hospedado sin pagar, fiándote!”. Trataba de dialogar, pero no me contestaba.

Yo había reservado dos habitaciones, una para Carlo y otra para Giorgio y para mí; pero quiso una tercera para él solo, además la quería bien lejos de las nuestras. Así que nos fuimos a dormir sin intercambiar una palabra. Probé a preguntarle qué había pasado, pero me dijo que estaba cansado y que hablaríamos al día siguiente. Nos fuimos a dormir sin saber nada.

Yo trataba de imaginar los motivos de su malestar, lo que le había sucedido sin conseguirlo. La única cosa positiva era que se encontraba conmigo y que tenía la sensación de tener la situación bajo control. Esto me dejaba más tranquilo.

A la mañana siguiente desayuné con Carlo en la piscina. Lo llamamos tres o cuatro veces, estaba despierto y cada vez nos respondía que ya venía, pero no llegaba. Me preguntaba qué demonios hacía. ¡Aún no lo sabía!

Llegó finalmente y empezó a hablar dirigiéndose a Carlo, como si yo no estuviera, contándole los líos en los que se había metido.

Había ido a vivir a una casa y una noche, evidentemente después de haberse drogado, tuvo una crisis violenta durante la cual destrozó todas las puertas de los apartamentos de al lado y del piso superior. Los vecinos llamaron a la policía, que le había pegado duramente, echándole del lugar.

Había pasado algunas noches en la calle, se había sentido mal, se había desmayado, y por esto había decidido llamar a su madre.

Yo le escuchaba en silencio, estaba evidentemente aliviado por el hecho de encontrarse con nosotros. Había pasado mucho tiempo solo y ahora tenía alguien con quien hablar.

Mientras él hablaba a ráfagas, me preguntaba cómo había llegado a este punto, a pasar largos periodos sólo en un país extranjero donde no conocía a nadie.

Seguía hablando con Carlo, como si yo no estuviese.

“¿Sabes? Ha sido duro, hace veinte días que llegué, y no he tocado más la heroína” dijo. ¡No entendía! ¿Por qué hablaba de heroína? ¿No era un tema archivado? Me sentí que se me congeló la sangre pero hice como que nada y cogí al vuelo un momento de pausa para decirle: “Pero has sido valiente, lo has conseguido solo, no es fácil”.

Me estudio a la defensiva, para entender si lo decía con sarcasmo. Pero cuando se dio cuenta de que era sincero se abrió entre nosotros una vía. En el fondo había temido mi reacción y mi llegada no lo habían tranquilizado mucho, pero a este punto se relajó de verdad y comenzó a hablarme.

Habló y habló; sentía que en nuestra compañía, que el hecho de hablar conmigo, su alivio y su alegría aumentaban continuamente.

Me propuso dejar su habitación porque se daba cuenta de que estaba gastando demasiado dinero y que estaría contento de compartir una conmigo. Feliz hice como él quería.

Cuando estuvimos juntos en la habitación, mirándome aún un poco raro, sacó de su bolso un instrumento formado por una botella agujereada, una pajita y sobre el tapón metió un papel plateado donde hizo quemar la coca, fumándola de la pajita, aspirándola en estado puro.

Observé con estupor todos sus movimientos, la habilidad con la que seguía los pasos necesarios para fumarse la coca pura con la tranquilidad de un químico experto, quizás ya lo era.

Era la primera vez que se lo veía hacer. Me explicó que fumándola así se obtiene una gran velocidad de absorción, sus efectos son instantáneos aunque de breve duración sentí un escalofrío de cabeza a los pies pero también en este caso hice como si nada.

Así que se puso a fumar coca explicándome: “Ves, ésta me ha salvado, pero me he quedado atrapado de ella”. Se refería evidentemente a la heroína y me hablaba con tranquilidad. Me sentía amigo, padre, cómplice, porque estándole cerca, en cierto sentido demostraba haber aceptado la situación. ¡El máximo! No sabía que significaba fumar así la cocaína no tenía suficiente experiencia para comprender como aprendí después la consecuencia provocada devastadora de este modo de fumar la coca peligrosa tanto la heroína si no peor. Llevaban a una tremenda dependencia psicofísica. Quien se enreda se enfila en una especie de trampa mortal de donde difícilmente consigue salir.

El tiempo pasaba y él seguía fumando, repitiendo con meticulosa precisión los gestos preparatorios. Fue entonces cuando explotó en mi cabeza con claridad cruel, la enormidad del problema en el que estaba metido.

Estábamos juntos como en los viejos tiempos, pero él no se separaba de aquella botella y hablaba, y hablaba...

Cuando era pequeño aprovechábamos cada momento libre de tareas cotidianas para estar juntos. Se separaba de mi con fatiga cuando tenía que volver donde la abuela o su madre. Para él yo era la vacación, la fiesta y la diversión.

Como muchos de los hijos de personas separadas, Giorgio se había creado dos mundos bien diversos. El que compartía conmigo le gustaba particularmente porque no tenía reglas. Decidíamos juntos qué cosas hacer, nos inventábamos las jornadas. Me esperaba con ansia cuando iba a buscarle a la escuela, recuerdo cuando bajaba por las escaleras en fila detrás de otros compañeros y cuando alargando el cuello me veía, su carita se iluminaba de alegría.

Una vez, por culpa de un compromiso, no llegué a recogerlo. Fue un problema hacerlo subir al autobús gritaba llorando: “¡No espero a mi papa!” Era sábado y toda la semana esperaba que llegase este día para estar conmigo. Se enfadó tanto, que cuando llegué a casa dos horas después, lo encontré escondido detrás del armario de la habitación. No quería salir, hasta que tuve que agarrarle a la fuerza y llevarle hasta el coche cargándolo sobre los hombros.

“¿Porqué me llevaste a la fuerza?” me dijo, “Yo no quería venir”.

“Si que querías venir” le dije, “pero era tu orgullo que me decía que no. Sabes que no te habría dejado nunca en la casa”.

Lo pensó un poco y después me dijo “¿A dónde vamos?”.

Otra vez volviendo a casa siempre con aire triste, dijo “Pero ¿por qué no estamos juntos toda la semana?” Le respondí que debía trabajar, y él continuaba a preguntar “¿y por qué debes trabajar?”. Estaba evidentemente en la fase de las preguntas, así que le respondí.

“¡Por qué necesitamos dinero!”.

“Ves hoy por ejemplo hemos ido a Fregene. Hemos comido en el restaurante con nuestros amigos, y sabes, para cualquier cosa que se haga, se necesita el dinero.” Se quedo pensativo algún minuto y después empezó otra vez: “Entonces papa, en vez de ir al restaurante o a otros sitios a donde se necesita el dinero, ¿por qué no estamos en casa tranquilos y nos hacemos unos espaguetis?”.

Tenía razón, ¿por qué no estar juntos cuando se puede, evitando lamentarse cuando es demasiado tarde?

Me costó convencerlo de que el dinero no sólo sirve para ir al restaurante, sino también para comprar la comida, y que de todas formas hay muchos motivos por los que se debe trabajar, igual que él iba a la escuela.

La cosa no terminó ahí, la abuela me contó que al volver a casa comenzó a hacer extrañas preguntas al abuelo, “Abuelo, ¿Por qué estás siempre en casa y no vas a trabajar?”Y cuando el abuelo le respondió que ya había trabajado de joven y que tenía bastante dinero para vivir, él extrajo sus propias conclusiones, y dijo “Entonces abuelo, si tienes tanto, ¿por qué no das un poco de dinero a papa, así no va más a trabajar y puede estar siempre conmigo?”.

El razonamiento era impecable, me parece siempre un milagro la capacidad de análisis y de síntesis que tienen los niños.

Pero ahora él era grande y estábamos en Cartagena, en una habitación de un hotel los dos juntos como no sucedía desde hacía mucho. Es verdad que él nunca hubiera podido dudar de mi cariño, de mi preocupación; pero la droga había levantado una pesada barrera entre nosotros dos, que venía ya desde hacía tiempo. En los momentos más difíciles, me demostraba claramente no tener ninguna gana de hablar conmigo, quizás porque pensaba que no hubiera podido entenderle, o que no hubiera nunca aceptado hacer lo que estaba haciendo en aquel momento, si porque ahora me hablaba... me hablaba... como desde hace mucho tiempo no lo hacía. El se drogaba mientras yo estaba allí mirándole, con ternura, con dolor, con cariño incondicional, como si fuese cómplice de su dependencia. Pero sabía que también este calvario era un momento de pasaje, una pausa transitoria, ó así era aquello que esperaba. Yo debía darme cuenta, tenía que verlo con mis propios ojos para poder reaccionar.

Estábamos allí a diez mil kilómetros de distancia de nuestra casa, él hablaba, fumaba cocaína y hablaba. Yo escuchaba, aunque destrozado de la preocupación, buscaba disfrutar del momento de confianza plena de mi hijo, su manera de entregarse a mí como cuando era niño.

A medida de que pasaba el tiempo, se me aclaraban las ideas sobre lo que debía hacer. El seguía hablando sin tomar aliento, sabiendo perfectamente que alguna cosa debía de hacer; pero mientras, los dos saboreábamos el momento de apertura total, conscientes de que no habría muchos otros.

Pasamos tres días y dos noches en aquella habitación; él sin dormir y yo a cada rato me dormía y cuando me despertaba lo encontraba sentado en la misma posición, fumando inmerso en la mirada de pequeñas y meticulosas operaciones para preparar la siguiente fumada.

Una calada tras de otra, a pequeñas bocanadas con el mismo intervalo, como un alcohólico con su vaso. El ritual venía suspendido únicamente cuando terminaba la droga, o cuando íbamos a comer algo.

Una noche estábamos en un restaurante con Carlo, nos disparó a contrapelo una pregunta que me congeló: “¿Pero, ustedes no ven cómo estoy?”.

Nos quedamos callados, porque ya había pasado casi dos horas sin fumar y se estaba empezando a poner nervioso. Insistió: “Pero vosotros, que me ven así ¿no hacen y no dicen nada?”.

Carlo no respondió, tenía miedo de su reacción porque con todo lo que había fumado estaba tenso como la cuerda de un violín. Yo estaba organizándome calladito, quería evitar absolutamente que se irritase.

“¡Claro que vemos cómo estás!, pero ¿qué crees que podemos hacer? Sabes que tu madre y yo hemos hablado con terapeutas de distintas comunidades, ¡todos nos han dicho que no podemos hacer nada! Todo depende de tu voluntad, de otra forma no sirve para nada”.

“¡Ah! Entonces vamos bien. Yo no quiero o no puedo dejarlo, y ustedes no pueden hacer nada, entonces es como dar vueltas sin salida, ¡así mi problema no se resolverá nunca!” dijo.

No entendí si se creía mis palabras o si intuía que tenía preparado un plan.

Una vez, durante un precedente encuentro cuando ya se estaba comenzando a enredar, pasamos toda una noche dentro del coche bajo mi casa hablando. Al final le dije claramente que no permitiría nunca que se hiciese más daño; a costa de dedicar a ese objetivo todo mi tiempo, mi dinero y mi fuerza.

Pero en aquel momento no era capaz de afrontar el problema. Ahora debía estar tranquilo, sobretodo no debía escapar y para esto yo debía estar sereno y pensar en una estrategia.

A medida de que el tiempo pasaba me hacía cargo de la gravedad de su condición. No hubiera imaginado nunca que esta sustancia fumada fuese así de peligrosa, ni que le hubiese llevado a este punto.

Estaba dentro de una trampa de la que nada ni nadie le podía sacar.

Pero ahora yo estaba allí y tenía que hacer algo, cualquier cosa, para salvarlo.

Me organicé durante los pocos ratos que saqué, alejándome con cualquier excusa. Había hablado con la policía y con un psiquiatra que me preparó un documento de interdicción, era la única manera para poder actuar. El era mayor de edad y la ley en Colombia, como en Italia, no permite que nadie, ni siquiera el padre, le internase en una clínica a la fuerza para desintoxicarlo.

Es verdad que también los terapeutas desaconsejan el uso de la fuerza, pero cada instante que pasaba me daba más cuenta de que, si seguía así no sobreviviría mucho.

¡Si pienso que estaba convencido al principio de que la única droga realmente peligrosa fuese la heroína!

Hoy me encontraba de frente a una trágica realidad, Giorgio estaba arriesgando su vida.

Pero la cocaína, ¿cómo podía producir estos efectos así devastadores?

Las circunstancias me hicieron documentarme y descubrir que hay muchos estudios que investigan la forma en que la cocaína produce sus efectos “placenteros” y la razón por la que provoca dependencia. La cocaína tiene efectos destructivos en las estructuras más profundas del cerebro.

Diversos estudios han probado que cuando se estimulan algunas zonas del cerebro, se produce una sensación de placer. Uno de estos sistemas neuronales más interesado en la cocaína se encuentra en una región cerebral muy profunda llamada “área ventral del tegmento” (Avt). Las células nerviosas que parten de la Avt se extienden a la región conocida como “Nucleus accumbens”, una de las áreas claves del placer. Todo lo que provoca placer, desde beber y comer, desde el sexo a muchas drogas, aumenta la actividad del “Nucleus accumbens”. Los estudiosos han descubierto que cuando se está desarrollando una acción que provoca placer, las neuronas en la Avt, aumentan la secreción de dopamina del “Nucleus accumbens”. Las señales de placer vienen comunicadas de neurona a neurona a través de la emisión de dopamina en los puntos de conexión (sinapsis) entre neuronas. Las drogas pueden interferir justo en este proceso. La cocaína por ejemplo, bloquea la eliminación de la dopamina de la sinapsis, provocando su acumulación. La estimulación continua de las neuronas está en el origen de la euforia que experimenta quien la consume. El uso continuo de la cocaína crea dependencia porque la persona que la consume, tiene necesidad de dosis siempre mayores y más frecuentes para obtener el mismo efecto. Según recientes estudios, durante el periodo de abstinencia de esta droga, el recuerdo de la euforia asociado al consumo, puede, de por sí, causar el deseo incontrolable de consumirla, también después de largos periodos sin consumirla.

Lo que estaba aprendiendo me hacía consciente de cuánta falta de información hay en torno a los efectos de la cocaína, que durante años ha sido considerada como una droga de élite y cuánto silencio en torno a la trágica destructividad de sus efectos.

Me preguntaba mientras le miraba, desde cuándo estaba así, cómo había comenzado, cuál de sus amigos fue el vehículo e iniciador.

Hacía exactamente tres días que había llegado y él aún no había dormido un momento.

La noche del tercer día, extenuado finalmente se durmió, y conseguí poner en marcha el plan que había urdido con tanto cuidado.

Tenía el documento que me autorizaba a actuar contra su voluntad, un certificado del psiquiatra que lo declaraba incapaz de razonar y sin voluntad. Corrí a llamar a la policía, que ya había sido advertida, sabía que teníamos a disposición todo el tiempo necesario, porque después de tres días y tres noches en vela, dormiría tanto. No obstante, era conveniente actuar deprisa, para evitar riesgos. Así que, antes de salir le saqué de los bolsillos todos los documentos, el pasaporte y las pocas monedas que tenía.

Me había preparado a hacerlo violentamente, lo que no me gustaba en absoluto. Creo que esto sea la última cosa que un padre haría a un hijo, pero estas cosas no se pueden delegar, se necesita responsabilizarse. Además, tal y cómo se encontraba ¿qué otra cosa podía hacer?

Me acuerdo de que solo unos pocos meses antes, una noche mientras cenaba con mis amigos, recibí una llamada de teléfono de Chicco, probablemente el único amigo de verdad de Giorgio, el único que le quería verdaderamente. Me contó que Giorgio se había sentido mal y que le había dicho: “Sabes Chicco, creo que de este rollo no saldré jamás”. Una frase soltada así... pero salí inmediatamente del restaurante y comencé a caminar sin saber a dónde iba.

Caminaba.....caminaba y esta frase no se me salía de la cabeza no saldré nunca..... no saldré nunca, con la cabeza que me explotaba por la angustia y el sentimiento de impotencia que me hacía sentir aún peor seguía caminando hasta agotar mis fuerza regrese a casa.

Así me sentía ahora, masacrado de una angustia y un dolor que no había sentido nunca. Todos vivimos momentos duros, debemos afrontar dolores y penas, pero este dolor era una cosa distinta. Era como un cuchillo clavado en el estómago. Sentí el dolor llegar a las vísceras sin poder hacer nada, ¡pero no!, ni siquiera es así, es aún más fuerte, parece que te vas a volver loco.

En una escena que imaginaba entonces y aún veo, veía a mi hijo precipitarse en un remolino extendiendo un brazo para darme la mano y mirándome como si dijese: “Papa, ayúdame” y yo no conseguía sacarlo de allí. Me revolvía, forcejeando y me sacudía hasta el fondo porque era una pesadilla que no olvidaré jamás.

He tratado de explicarlo, pero no sé si sin haberlo vivido se pueda comprender.

Aquella tarde caminé durante horas, a la mañana siguiente pondría en marcha mi plan. Se trataba siempre de violencia, pensé que Francesco podía ayudarme. Él era un amigo mío que después fue también amigo de mi hijo. Sabía dónde encontrarlo, le hubiera encargado que dos amigos suyos robustos, que él llamó “dos bestias”, agarraran a Giorgio y le metieran en el coche.

Rinaldo era otro amigo que seguía mi drama muy de cerca, se encargó de encontrar una villa aislada en la zona del Circeo. También había sido avisada la policía de aquella zona, porque lo que queríamos hacer no era legal.

Compré dos pares de esposas de esas de verdad, solamente quedaba esperar el momento justo para iniciar el plan. Creía que esta era la única manera de desintoxicarlo y sacarlo de aquel torbellino, pero el momento propicio no llegó.

La única alternativa que tuve en Cartagena, fue la de poner en marcha este otro plan. Esta vez las circunstancias eran favorables, no podía fallar, se trataba de la vida de mi hijo. Así es que debía actuar con firmeza y determinación.

Entraron cuatro hombres de la policía y un responsable del hotel en la habitación donde Giorgio dormía. Había dos policías fuera y otros dos en la calle donde esperaba un furgón con dos motos de escolta.

Parecía una película de horror. Cuando le despertamos, atontado miró alrededor y me preguntó: “Papa, ¿quiénes son éstos?”.

Sin ningún miramiento le agarraron por los brazos para ponerle de pie y él con ese temple tranquilo dijo: “OK, OK... solo un momento”.

Después, viendo también a los otros dos de fuera, se giró hacia mí para decirme. “¿Pero cuántos son? ¿Te los has comprado a todos?”.

“Sí, que te crees, ¿que no haría nada?” le dije, “Dale, vamos, confía en mí, verás que todo va bien”.

Así que le agarraron para sacarle de la habitación y él con indiferencia les decía: “OK, tranquilo, tranquilo, voy. Quiero salir solo”. Estaba allí desde hacía veinte días y hablaba español perfectamente.

Así salimos del hotel y nos montamos en la buseta.

Ahora intervengo yo

Durante todo el trayecto hasta el hospital de S. Pablo estaba contento y arrogante, saludaba de la ventanilla a toda la gente que se paraba a mirar. En el ala de máxima seguridad del hospital, una especie de prisión, nos esperaba el médico de turno que había sido advertido por su director Dr. Haidar. Nuestro amigo Carlo que había preferido evitar la escena del hotel, nos alcanzó en taxi; pero apenas llegó, tuvo que salir enseguida porque se quedó muy impresionado. Giorgio dejó de reír y bromear entro acompañado de dos policías me miro y me pidió: “¿Papa donde me llevas?” El lugar era horrible, se entraba atravesando dos cancelas, una detrás de la otra. El interno era ruinoso, descuidado; quién sabe desde cuanto tiempo no se limpiaba. Las paredes y el suelo parecían oscuros, quizás porque había muy poca luz, la justa para llegar a ver alguna escritura en los muros. Aparentemente parecía todo sucio pero probablemente nos hubiera parecido sucio también si estuviese limpiísimo. Desde detrás de filas de barrotes había personas que gritaban. Una mujer gritaba “Agua, agua...” otros alargaban las manos desde los barrotes, pidiendo ayuda. Un hombre

insistía en que me acercase, lo hice y me pidió un cigarro. Le dejé todo el paquete y se alejó feliz. Me dijeron después que eran todos locos, que siempre que llegaba alguien era igual. Parecía una escena de la película "El silencio de los inocentes", solo que esto era de verdad.

Giorgio entró acompañado de dos policías y me preguntó: "Pero, ¿dónde me has traído?". Cuando después llegó el médico se le acercó y con aire provocador le dijo: "Soy mayor de edad, no pueden encerrarme aquí" mientras se buscaba en el bolsillo los documentos que le había quitado yo poco antes.

El médico ni siquiera le respondió, se dirigía a mí para responder las cuestiones contenidas en un módulo que debía rellenar. Cuando Giorgio se dio cuenta que esta vez iba en serio y que habíamos preparado todo al ver el documento de interdicción del doctor, se dirigió a mí, con rabia y me dijo: "Pero ¿qué estás pensando?, ¿dejarme aquí?". Después visto que nadie le hacía caso, cambiando de tono me dice: "Pero papa, ¿de verdad que quieres dejarme aquí?" y otra vez "No papa, no puedes hacerme esto. ¿No lo harás, verdad?".

"Te pido por favor, no hagas la cosa más difícil aún. Tu sabes cuánto me cuesta hacerlo" Le dije. "¡No papa, no lo hagas! te prometo que lo dejo, es más te prometo que me hago curar, si quieres me meto en la habitación del hotel y me hago hacer todo lo que quieras, puedes tomar a un enfermero y curarme en el hotel, pero te pido ¡no me dejes aquí!".

Me sentía fatal, no había previsto esta reacción, pero no podía ceder, había llegado al límite después de meses y meses. No, no debía ceder absolutamente, era duro pero debía resistir aún un poco más. Pero cuando se me tiró encima abrazándome y llorando, insistiendo: "¡No papa! ¡Te lo ruego, no, te lo ruego!" no podía más. Lo empujé lejos de mí, sólo yo sé lo que me costó, y escapé fuera a llorar como nunca lo había hecho en mi vida. Sentí por segunda vez aquél terrible dolor que te rompe el corazón. Sollozando le pedí a Carlo entrar en mi lugar, a pesar de que no era la persona indicada, viéndome así se hizo fuerte y entró.

Esto tenía que terminar, yo sabía que después de hacerse una cura, se sentiría bien y no sufriría. Me informé de todo lo que iban a hacer, incluso de las medicinas que le suministrarían y del efecto que le iban a provocar. Eran antidepresivos que sustituirían a la cocaína y le mantendrían tranquilo hasta que después de unos días se habría desintoxicado. Éste sería el primer paso hacia la curación, deberían pasar meses hasta curarse; pero en esta primera fase, donde los cuatro o cinco primeros días son los más difíciles, este hospital de seguridad era fundamental.

Cuando volví, estaba entrando la enfermera con la jeringuilla. Le pondrían una inyección que le dormiría durante un día entero. Era el momento más duro de verdadera violencia, pero debía hacerlo. Giorgio odiaba las inyecciones.

En la habitación del hotel, durante una de las noches que pasamos juntos, entre todas las cosas que dijo, fue que no se había inyectado nunca porque la aguja le daba mucho miedo. En el fondo era solamente una inyección, así que para convencerlo, le dije: "Mira, me la ponen a mi también y después me meto contigo en la cama. No, mejor; como la cama es pequeña, me tiro en el suelo cerquita de ti, ¿está bien?".

Me tumbé en el suelo gritándole, "Lo ves, aquí estoy cerca de ti, tú en la cama y yo en el suelo, ¿Así está bien? No te tienes que preocupar, es sólo una inyección, te dormirás y todo se acabará, cuando te despiertes me encontrarás aquí a tu lado, ¿Ok? No te dejo solo."

El doctor lo acompañó a la camilla mientras lloraba sin hablar, cuando yo levantaba la voz se atemorizaba, quizás la idea de que estaba con él lo tranquilizaba o que el verme tirado en el suelo era una nota un poco cómica en una escena bien dramática.

Recuerdo que cuando él tenía cuatro años, tuvo una fiebre altísima mientras estábamos de vacaciones en casa de una amiga en montaña para esquiar. El médico me recomendó ponerle un supositorio de Tachipirina, él se rebelaba con todas sus fuerzas. Yo probaba con juegos y le decía con dulzura: "Haz lo que te dice papa, amor mío, no es nada, no sentirás nada, verás. Es sólo un supositorio, cuando lo metes te baja la fiebre y así mañana vamos a andar en trineo". "¿Quieres ponértelo tu solo?" y él, "No, no quiero". Decidí agarrarle con decisión, era pequeño pero forcejeaba, sintiendo que escocía mucho se revolvía aún más, así que busqué la fuerza para bajarle el pantalón y enfilarle finalmente aquel bendito supositorio. Esperé que entrase bien, y después le solté.

Estuvo enfadado conmigo toda la tarde, estaba en la cama cubierto por la sábana sin querer hablarme.

“Amor mío” le decía, “no te enfades conmigo, lo he hecho por tu bien, sabes que yo nunca te haría daño. Papa te quiere tanto, ¿sabes?”.

Nada que hacer, estaba enfadado y no quería hablarme. Pasaron horas, me disgustaba verle así, pero no sabía ya que hacer.

Abrí uno de los armarios de esta amiga que trabajaba como modelo. Dentro había de todo, así que comencé a disfrazarme. Me puse vestidos y sombreros extraños, chales y mantillas, ataviado cada vez de diferente forma. Comencé a desfilas por delante de la puerta de la habitación donde estaba acostado serio e inmóvil. Yo gimoteaba para llamar su atención.

No reaccionó hasta que me entrevió con un vestido y un sombrero muy raro, miraba entre ojos cuando de repente reaccionando bruscamente alzó la cabecita abrió los ojos, finalmente logre llamarle la atención, continúe a desfilas con vestidos y sombreros muy extraños hasta que al final con un vestido largo, bufanda de zorra y rematados con un paraguas; no pudo fingir no verme más y se puso a reír.

Esto era lo que me pasaba por la mente mientras estaba tirado en el suelo en aquel terrible hospital de Cartagena. Lo habíamos hecho acostarse en la camilla, yo lo abrazaba y llorábamos juntos con las caras pegadas la una a la otra.

Le pusieron la inyección, continuaba a abrazarlo y mientras nos mirábamos profundamente se desplomó, habían pasado pocos minutos, quizás sólo eran segundos y la inyección ya le había hecho efecto. Suspiré de alivio después lo acaricie y lo bese. ¡Fue duro... muy duro! pero el primer paso estaba listo.

Lo llevamos a una cama en una habitación donde dormían otras siete u ocho personas. Una mujer gritaba. Me dijeron que no le hiciera caso, que estaba loca pero que no era peligrosa. Pregunté si era posible tener una habitación privada pagando, pero me respondieron que la primera noche debía permanecer allí vigilado por seguridad.

Muy a mi pesar, lo dejé allí. Dormía como un angelito y no se despertaría durante un buen rato, me dijeron que al menos veinte horas.

Me paré en el umbral de la puerta a mirarlo mientras dormía,

Miraba la gran habitación con todas las camillas y todos aquellos dementes y me preguntaba si era un sueño que estaba viviendo o una pesadilla y me preguntaba también que hacia ahí mi cachorrito... mi cachorrito que vi nacer, crecer y que he amado de manera desmesurada, habría deseado para él una vida maravillosa y habría dado todo aunque mi vida por verlo feliz. Ahora en ves estaba ahí en ese horrible lugar en media aquella gente que no tenía nada que ver con él. Me apoye a la puerta y por un instante deje que todo lo que tenia dentro escapara, no puede detener el llanto y explote.

Carlo que estaba cerca de mí, me rodeó los hombros con su brazo sin poder siquiera hablarme. Son momentos en los que las palabras no sirven de mucho. Después se recuperó y me dijo en voz baja: “¿Por qué lloras? Ahora Giorgio está bien y seguro. Está a salvo, debes estar contento ¿No? Verás que dentro de algún día te lo podrás llevar a casa”.

Carlo pensaba que lloraba sólo por desesperación, pero lloraba también de alivio, porque sentía haberme liberado de la más horrible de las pesadillas. Después de toda la tensión que había acumulado en aquellos días; tantas emociones, miedo, dudas e incertidumbres a cerca de lo que hubiera sido justo hacer; me sentía aliviado pensando que, una vez afrontado el primer terrible paso, se hubiera abierto la vía a la curación.

Pero lloraba también porque no había podido ahorrar aquel dolor a mi hijo, toda la humillación de aquel lugar donde se encerraban a quienes el mundo no querían y rechazaban, pues el dolor más grande de un padre es la impotencia: “hijo mío estás sufriendo, pero no puedo hacer nada”.

Así, con la cara escondida contra la puerta de la habitación donde habían acomodado a Giorgio, en la otra parte del mundo, lloraba por todas estas cosas y no me avergonzaba de ello, no me importaba nada ni nadie.

Una sensación así, aunque en tono menor, la había sentido otra vez...

Giorgio era pequeño apenas tenía diez meses y dado que mi hermano Luciano era un apasionado ciclista, así que decidí que sería bonito tanto para Giorgio, como para mi, probar la emoción de la bicicleta de carrera. Mi hermano me ayudó en la compra, dado que él tenía tanta experiencia, había hasta competido en carreras ciclistas.

Compré todo; las zapatillas con los tacos, los pantalones ajustados, la camiseta especial y el gorro. Bajo el manillar de la bicicleta hice montar un asiento para niños, y finalmente me monté todo lucido y peripuesto, con Giorgio que entonces tenía unos diez meses. Nos preparamos a la entrada del club, con todo un público, entre el cuál la mama y los abuelos que nos miraban emocionados. Recorrí toda la bajada de la alameda del Vial Líbano, donde se encontraba la sede principal del Club. Sentía el viento en la cara que me acariciaba. Estaba feliz y me parecía que también Giorgio saboreaba como yo la placentera sensación de tener alas en los pies.

Así unidos en el placer de la carrera, llegamos a la curva que torcía hacia el Vial Océano Pacífico, justo a la entrada de la otra sede del Club, en donde estaban los campos deportivos.

En medio de la curva, un piecito del bebe se enfiló entre los radios de la rueda delantera, que se bloqueó inmediatamente. La bicicleta giró sobre sí misma y salimos despedidos por el aire. Recuerdo con precisión que mientras estábamos cayendo sin remedio, trataba de sostener a Giorgio. Conseguí agarrarle de manera que cayese sobre mí, pero no conseguí evitar que arrastrase una parte de su cara en el asfalto. A pesar de todo no se hizo mucho daño, pero se había puesto a llorar desesperadamente mientras yo, un poco achacoso y con los zapatos de tacos que no me dejaban caminar bien, atravesé la carretera resbalando en el asfalto. Dentro del club había una fuente donde metí a Giorgio para lavarle con agua fría y después desinfectarle. Mientras tanto, completamente afectado por lo que me había pasado, no me di cuenta de que me estaban robando la bicicleta. Honestamente no me importó un bledo, me encontré pensando que la aventura ciclística había terminado y que no me hubiera montado en una bici más. Debía pensar en Giorgio, después de acabar de curarle, me hice acompañar a casa.

Durante todo el tiempo no había parado de llorar y yo no sabía qué hacer ya. El llanto desconsolado de un niño hace siempre daño, pero más si es tu hijo.

Cuando llegamos a casa, lo sentí en la moqueta del salón y le traje todos los juguetes que conseguí encontrar. Su madre y los demás aún no sabían nada, así que pensé en no preocuparles y arreglármelas solo. Su carita se estaba hinchando y el labio también. Continuaba llorando, pero parecía que un poquito menos. Me puse a jugar con él y despacito, despacito, el llanto se calmó hasta parecía haber olvidado completamente lo ocurrido. Permanecí por algunos segundos encantado viendo su carita hinchada y algún arañazo parecía que todo había terminado jugaba con la inocencia y la inconsciencia de un bebe de diez meses sin darse cuenta de aquello que había pasado. Estaba ahí sentado con sus juguetes en su mundo sin ni siquiera recordar lo que había sucedido y del peligro que paso. Sentí una gran ternura y tal vez por un sentido de culpabilidad o tal vez por el peligro que había pasado, al improviso corrí al baño a llorar. Fue un llanto liberatorio tremendo e irreprimible.

Ahora preso de la misma crisis de llanto estaba ahí en aquel rinconcito del hospital, no veía a los enfermeros, ni a el doctor, no veía ni siquiera a Carlo que intentaba hacer lo mejor que podía. No miraba ya a los locos detrás de los barrotes y me parecía de estar solo. Me desinterese de todo aquello que me rodeaba y de todo el dolor de aquella gente, porque sentía que el mío era insoportable. Me calme, es verdad que el llanto sana, y comencé a estar mejor pero me sentía confundido, cansado y entumecido. Pensé que lo peor había pasado pero la aventura apenas comenzaba.

Habían pasado solamente tres días que me habían parecido tres meses; me encontraba en este precioso lugar que no conocía, en una ciudad de la que no sabía nada. Había transcurrido el tiempo casi sin darme cuenta, envuelto en la niebla opaca de mis problemas, de las emociones que me trastornaban.

Ahora me daba la sensación de poder respirar y me fijé en la ciudad, en su luz marina, en sus luces, en la antigua muralla que encerraba el centro histórico que hacía inigualable e inconfundible, el perfil de la ciudad.

No estaba preparado aún para apreciar la belleza del lugar, la deliciosa cordialidad de su gente, el encanto de este maravilloso lugar.

Sobretudo tenía necesidad de darme un baño y de dormir, para afrontar después, paso a paso, todas las curas necesarias que llevaran a mi hijo hasta una recuperación completa.

Con la ayuda de tantos especialistas y con mucha calma, le sacaría de esta pesadilla.

Hubiera gastado para este fin toda mi energía, mi tiempo, mi dinero; estaba satisfecho y optimista.

Al día siguiente, bien temprano por la mañana, ya estaba en el hospital. Giorgio aún dormía, y tomé la iniciativa de llevarle a una habitación privada. Nada de especial, era una habitación desnuda, con una pequeña ventana con rejas y con plástico en vez de cristales. La puerta tenía una ventanilla con rejas para poder vigilar a los enfermos desde afuera. Completaba la decoración una silla un poco destartalada y una pequeña mesilla al lado de la cama. Las paredes estaban sucias así me parecía o de pronto solamente estaban descuidadas, no se podía decir que fuese una habitación agradable, pero era lo mejor que había. Pedí la asistencia de una enfermera privada, y me asignaron dos enfermeras que se alternaban día y noche. El precio diario que me cobraron era como su sueldo mensual, pero no me importaba, quería lo mejor, sobretudo no quería ahorrar en un momento así de delicado.

Esperaba con ansia que se despertase. Sinceramente, tenía miedo de su reacción, pero tenía curiosidad por saber cómo estaba.

Se despertó la tarde del día siguiente. Comenzó a moverse y a girarse. Yo me sentía emocionado y ansioso.

Cuando abrió los ojos, miró en torno un poco atontado, después miró hacia mí con la mirada de quien se despierta de un largo sueño. Extendió sus brazos hacia mí, me acerqué y me dijo en voz baja, pero clarísima: “¡Papito!” Nos abrazamos, recuerdo que estaba en una posición imposible; medio acostado, medio sentado; decididamente incomodísima, pero en la que me hubiera quedado horas de lo aliviado que me sentía.

Continuaba abrazándome, después se movió un poco, se estiro, volvió a mirar entorno, me miró de nuevo, me volvió a abrazar y en voz muy baja me dijo: “Gracias papa”.

Me hubiera esperado cualquier cosa, pero una reacción así de bonita no me la hubiera ni siquiera soñado. Era dulce y cariñoso como un cachorrito, había vuelto a ser un niño.

Es increíble cómo el ser humano cierra dentro de sí mismo, tantas facetas diferentes. Había dejado una persona agresiva, nerviosa, arrogante, cínica por momentos y violenta; una persona con la que Giorgio no tenía nada que ver, porque él no era así.

Aquel en quien se convertía bajo los efectos de la droga, no se correspondía con su carácter, contrastaba completamente con la riqueza de su humanidad.

Así que ahora me encontraba con mi niño, tierno, dulce y cariñoso, otra persona.

En los últimos años he empezado a considerar el hecho de que no es justo juzgar a las personas superficialmente, son tantos los motivos que pueden hacernos cambiar, Giorgio había sido un ejemplo y la transformación que sufría, ocurría siempre en contra de su voluntad.

Por esto he terminado por considerar simplemente injusto, juzgar a las personas, tanto que he tratado hasta de evitar esta palabra en mi vocabulario.

Mientras tanto Giorgio recuperaba la conciencia, le pregunté cómo estaba y me tranquilizó: “Bien, bien” Después me preguntó: “Pero ¿Cuánto he dormido?”.

“Toda la noche y todo el día” le respondí.

Nos pusimos a charlar tranquilamente, como no sucedía hacía años.

Hablamos de lo que había pasado durante aquellos días, y aproveché para pedirle disculpas por haberle encerrado con engaño y a la fuerza.

Me respondió: “¿De qué te preocupas papa? ¡Era la única cosa que podías hacer!”.

Esta respuesta tampoco me la esperaba, no hubiera podido desear algo mejor. Las cosas iban decididamente mejor. Le había llevado una cosita para comer y tomar, pasamos un par de horas como dos viejos amigos que no se veían de mucho tiempo Después de un rato se durmió de nuevo, así lo dejé hasta el día siguiente.

Durante estos días, estaba en estrecho contacto telefónico con su madre, le había tenido siempre informada de todo, paso a paso.

Ahora estaba feliz de poder decirle que estaba bien, que había mucho que trabajar, pero el hecho positivo era que habíamos iniciado con el pie justo. Imagino cuánto debe haber sufrido también ella que estaba tan lejos de su hijo, sin poder hacer nada. ¡Debe de haber sido terrible!

Llegó la noche, Carlo y yo decidimos salir a cenar, dado que al día siguiente se volvía a Roma. Fuimos a escuchar un poco de música, pero yo estaba cansado y no tenía ganas de divertirme, además después de un rato comencé a sentir cierta agitación. A cierto punto le dije claramente a Carlo que quería volver al hospital, porque no estaba tranquilo. El me repetía que era tarde como para dejarnos pasar, que el hospital estaba lejos y que debía estar tranquilo porque él estaba bien, pero quise ir a pesar de todo. Carlo tenía razón, el hospital estaba cerrado, probé a llamar repetidamente, pero eran las tres de la madrugada y no respondió nadie a nuestras llamadas. Carlo partió al alba, yéndose con la tranquilidad de que todo se hubiera arreglado, pero no fue así.

Por la mañana me llamaron para decirme que Giorgio había estado mal, había tenido una crisis terrible en el transcurso de la cual había destrozado todo lo que tenía a mano. Entonces entendí el sentido del plástico en el lugar de los cristales.

La crisis se había desencadenado hacia las tres de la madrugada, exactamente cuando estaba fuera llamando para ver a mi hijo y asegurarme de su condición. Evidentemente ninguno me respondía porque todos habían corrido a ayudarlo. Estoy seguro de que eran las tres, porque Carlo me lo hizo saber, así como se que estaba muy nervioso, como si dentro de mí sintiese que mi muchacho no estaba bien fue de pronto el sexto sentido de los padres. Seguramente no le dieron la medicina a la hora establecida, aquella era el tipo de crisis que me esperaba y que temía.

Pasó otros tres días en aquella habitación.

Ya calmado, había vuelto a ser dulce y tierno, pero sobre todo estaba tranquilo. Seguramente, después de lo sucedido aquella noche, sin los psicofármacos hubiera sido imposible tenerle así de tranquilo, así que desde aquella vez puse mucha atención en que tomase los medicamentos a la hora justa. Cada día le compraba dulces, galletas, caramelos y chokolatinas. Había un dulce en particular que le gustaba tanto, y cada vez me iba tenía una cantidad enorme de cosas que pedirme: “Sabes papa, esos dulces que se llaman brevas de arequipes” y aún “Hay un dulce que lo encuentras en ese negocio de Boca grande, es una cáscara de coco que lleva dentro una crema buenísima que se llama leche cortada... ¿me lo traes?”, y también unos bocadillos de guayabas, que son como caramelos especiales de un fruto tropical que encuentras solo aquí en Colombia y que son buenísimos!!! ¿Si los encuentras me los compras?”. Mientras salía me preguntaba: “¿Cuándo vuelves?”.

Le daba un beso y le respondía: “No te preocupes, voy a hacer unos recados, luego te compro los dulces y vuelvo, tu mientras tanto duerme que te hace bien”.

Es increíble lo tierno que era esos días, me parecía reencontrarme cada vez con mi niño.

Supe después por su médico psiquiatra, el doctor Osorio que le siguió durante los meses sucesivos, que cuando alguien se recupera después de haberse drogado, todo el tiempo en el que ha sido esclavo de la droga es como perdido, y cuando se deja se vuelve a ser como antes de comenzar. Me explicaba así este cambio y me colmaba el placer de verle retroceder en los años, deseoso de estar conmigo, de dejarse mimar, cuidar, guiar, si... lo veía tierno y feliz, si se puede hablar de felicidad en este caso.

Me parecía que el demonio que la droga alimentaba hubiese desaparecido.

Cada día informaba a su madre, en aquella ocasión le dije que teníamos un hijo de catorce años, no de veintidós. Bromeamos siempre sobre este hecho, también con las personas que fuimos conociendo en los días siguientes; cuando hablábamos de edad, siempre decíamos que Giorgio tenía catorce, parecía que hasta el fuese contento.

Los días en el hospital de seguridad, transcurrieron sin otros incidentes, estábamos a la espera de que el médico nos diese la autorización para transferirlo en una clínica privada que habíamos elegido.

Visité numerosas clínicas, al final elegí una pequeña de gestión familiar que no sólo atendía nuestro caso. El médico nos la aconsejó porque estaba bien organizada, tenía una buena asistencia, pocas habitaciones y todas con aire acondicionado.

Así llegamos a la clínica.

Era una pequeña villa acogedora de una sola planta, ubicada en El Cabrero, un pequeño barrio elegante a pocos pasos de la casa de Rafael Núñez, cerca de la muralla del centro histórico de Cartagena.

Es aquí donde el destino me había traído y aquí es donde iniciaba un recorrido tan particular, del que tengo cierta dificultad a pensar que sea del todo casual. Pero la casualidad en esta historia es una palabra que se encuentra muchas veces y es importante comprender y descubrir el verdadero significado.

A veces nos empeñamos tanto en conseguir alguna cosa, usando toda nuestra energía, nuestra experiencia y nuestro empeño para conseguir un objetivo, que consideramos importante para nuestra vida. Después, puede ocurrir, que una vez conseguido, se revele un verdadero fracaso.

Pero también ocurre, que en el momento que menos te lo esperas, un acontecimiento que por casualidad te da todo lo que siempre has soñado y esperado en la vida, mientras tú te fijabas en otras cosas.

Entramos en la clínica en donde, después de hacernos rellenar un módulo, una muchacha muy amable nos acompañó a una bonita habitación con la cama en el centro, un baño interno, un sofá y aire acondicionado.

Ella era Yenny la joven administradora de la clínica. No me había fijado en ella, como no había advertido a ninguna otra persona, de lo ensimismado y preocupado que estaba.

Me fijé en ella después, cuando me pare a hablar de no sé qué asunto, y ella me dijo: "Ahora estoy ocupada, ¿Si quieres más tarde podemos tomar un café?". Hasta aquel momento era una cara más entre todos los que habían desfilado por delante, en aquella especie de batalla que estaba llevando. Ella me contó después, que durante aquellos días se había fijado en cómo me comportaba con Giorgio, el hecho de no dejarle nunca solo, de traerle cada día todas esas cosas ricas. Para mí era normal, pero parece que no todo el mundo se comporte así.

Así es, había hasta aceptado dormir en el suelo por no alterarle demasiado y ella se había fijado muy bien, pues parece que esto allí no lo haya hecho nunca nadie. Me contó que normalmente, en el mejor de los casos, los padres acompañaban a sus hijos a la clínica y volvían para visitarles una vez a la semana. Así es que este extraño padre le llamaba la atención, por la mañana iba al mercado a comprar fruta fresca, zumos, galletas y los dulces que le gustaban tanto. Cuando llegaba a la clínica, me dedicaba a colocar todo con arte, Giorgio estaba encantado. Quizás no era exactamente así, pero yo me empeñaba del todo y Giorgio lo sabía. Cuando se despertaba y veía todas aquellas cosas tan ricas, con su carita de niño se ponía muy contento.

Ella se daba cuenta, así como de mi preocupación por su estado de salud. Me habían dicho que cuando se fuma la coca destruye los pulmones, y tenía también un dolor en el oído desde cuando la policía le pegó, de hecho oía poco. Y me preocupaba sobretodo de su corazón, después de haberme contado que se había sentido mal.

Para todas estas revisiones recurría a ella, que me organizaba las citas para las visitas médicas.

Durante todo el primer periodo, no le había hecho ningún caso. Me dirigía a ella porque era amable y disponible, pero siempre con máxima indiferencia. Probablemente todas estas rarezas, le habían despertado la curiosidad, de manera que cuando tuvimos la oportunidad de tomar el famoso café se abrió una puerta entre los dos.

Desde aquél día comencé a saludarle con más afecto, sin pensar que pudiese ser otra cosa, que no fuese una relación cordial y afectuosa, y me dirigía a ella siempre, para cada cosa, sabiendo bien que nos hubiera aconsejado siempre lo mejor.

Teníamos que ir a visitar una comunidad donde Giorgio hubiera debido seguir su trabajo terapéutico, y ella nos acompañó. Formaba parte de su trabajo, pero viéndonos juntos, Giorgio me dijo: "ah, ¿se cuadraron?" Ella se alejó sonrojada y yo me enfadé.

“¿qué dices!” le dije “¿estás loco?”. Giorgio se limitó a sonreír, quizás el había visto más allá que nosotros, quién sabe.

Yenny, es una bonita muchacha que no aparenta más de veinticuatro años, luego supe que tenía veintiocho. Es muy amable y educada, estudiante de contaduría pública; a seis meses solamente de diplomarse.

Hablamos de muchas cosas. Me dijo que no le gustaban los extranjeros, mucho menos los italianos, porque venían a Colombia solo para drogarse o por las mujeres. Era una muchacha religiosa, cristiana, de buena familia, la penúltima de diez hijos. Me gustaba, era dulce, sencilla, afectuosa; le había conocido gracias a Giorgio, justo en aquellas circunstancias. Si no fuese por todo esto, ella nunca se hubiese fijado en mí.

Pero no me ilusionaba, porque ella era muy joven y yo estaba hecho un lío, además no quería ni siquiera pensar, no era un momento para aventuras.

Una noche nos quedamos a cenar juntos, y ambos nos dimos cuenta de que algo estaba surgiendo entre nosotros. Yo me asusté y le dije que no era el caso de comenzar la relación, yo era mucho mayor que ella y tenía demasiados problemas.

Sin hablar, Yenny cogió sus cosas y tranquila, sin decir ni “mu”, se fue. Tuve que seguirle corriendo y en silencio le acompañe a casa.

Tenía un buen carácter, fuerte y determinado. Me gustaba, y yo también le gustaba.

Así es cómo comenzó entre nosotros una historia.

Recuerdo que una noche, después de cenar, le dije: “Vamos a bañarnos”.

Sin dudar me respondió: “Si, vamos”.

Era de noche, un momento precioso y romántico; pero descubrí que a Yenny no le gustaba el mar, que siempre le había dado miedo y que nunca se bañaba, ni siquiera de día. Pero conmigo se había bañado y de noche, creo que haya sido la única vez.

Así, con la ayuda de Yenny, organizamos una especie de chequeo completo para Giorgio. Me habían explicado que podían darse un montón de complicaciones patológicas como consecuencia del uso de la cocaína.

Esta droga, en muchos casos provoca fibrilación ventricular, acelera el batido cardiaco y la respiración, aumenta la presión arterial y la temperatura del cuerpo. Otras consecuencias físicas son la confusión mental, dolores en el pecho, fiebre, espasmos musculares, convulsiones y coma. A estas patologías se añadían los daños neurológicos que podían ocasionar, como ictus, convulsiones y jaquecas; más las complicaciones gastrointestinales que pueden provocar dolores abdominales y náusea. Cuando la cocaína es fumada, además puede dañar seriamente los pulmones.

Nos concentramos en los exámenes al corazón.

Por lo que Giorgio contó sobre aquel momento en el que se había sentido mal, parecía que hubiese tenido una especie de colapso cardiaco. Hicimos también unas placas a los pulmones, y una serie de exámenes generales y otros específicos de sangre; y ya que estábamos, hicimos ver ese oído izquierdo por el que no oía bien.

Al final de todas estas pruebas, nos dieron la buena noticia, Giorgio estaba bien. Fue una pequeña recompensa de satisfacción que me llegaba después de toda la tensión y los sacrificios que estaba haciendo. Naturalmente, rápidamente llamé para informar a su madre, que se puso muy contenta.

La gran ilusión

Todo iba de maravilla, hasta que Giorgio, en un momento de depresión escapó.

Nos dimos cuenta inmediatamente. Nos precipitamos fuera para buscarle con dos automóviles, en uno íbamos Nohora, hermana de Yenny y esposa de Cristian Ayola propietarios de la clínica, y yo; en el otro iban Yenny y Silvia, que era la novia de Miguel, un chico compañero de Giorgio también ingresado en la clínica.

Me sentía trastornado al pensar con horror que el descuido en un momento había hecho desvanecerse todos los progresos conseguidos hasta ahora, y me imaginaba qué podría haber ocurrido si no lo hubiésemos encontrado rápidamente.

Fue una pesadilla que afortunadamente duró poco. Le encontramos caminando por la calle San Martín en Boca grande.

Lo agarré del brazo sin rebelarse, estaba débil y bajo medicación.

Le dije: “Pero, estás loco ¿a dónde querías ir? ¿Quieres arruinar todo?”.

Le metí en el coche diciéndole: “¿Te das cuenta de que estabas dañando todos los sacrificios hechos hasta ahora? ¿Sabes que basta una sola vez para tener que empezar desde el principio?”.

No me respondía.

En ese momento fui consciente de que esto no había terminado; es más, que estábamos solamente al inicio y que el camino aún sería largo y difícil.

Debíamos estar más atentos, no podíamos permitirnos que se repitiese otra vez. Había escapado por una pequeña apertura que había en el recinto del jardín y los responsables de la clínica, preocupados por lo que había sucedido o hubiese podido suceder, hicieron una serie de intervenciones con el fin de evitar otras posibles fugas.

Desde aquel día, aún le seguía más de cerca.

Así que teníamos más tiempo para hablar de todo, también de lo que había pasado cuando estaba solo en Cartagena, cuando había destrozado todas las puertas del vecindario donde habitaba.

“¿Sabes papa?, estaba convencido de que tú estabas escondido en un apartamento para espiarme, y que estaba contigo también Maurizio, ¿te acuerdas, aquel psicólogo de Ginebra?”

“Sí” le dije “me acuerdo de Maurizio, pero la última vez que lo vi, estaba contigo al final de aquel curso, y no lo he vuelto ver, ni siquiera hablar por teléfono”. El me escudriñaba, siempre con aquella mirada indagadora, para saber si decía la verdad. Después continué: “¿Y cómo crees que podía estar aquí en Cartagena, si no sabía siquiera dónde estabas? Yo pensaba que estabas en Londres, que estabas aquí lo supe el día antes de partir, cuando te llamé, pregúntaselo a mama”, y él me dijo: “No sé porque me había obsesionado con esto, ahora me parece imposible que estuvieras aquí, pero aquellos días estaba convencido. Me acordaba de aquella noche en Roma bajo casa, que me dijiste que nunca me habrías dejado, que nunca hubieras permitido que me hiciera daño, así que estaba convencido de que me estabas siguiendo, y de que había tele cámaras en todas partes, que tu habías puesto para espiarme”.

Después admitió: “Cierto que estaba completamente ido, estaba convencido de todo esto; así que cuando destrozaba una puerta, y no te encontraba, me enfadaba aún más pensando que te escondías muy bien e iba por la siguiente”.

Ahora me parecía todo más claro. La cocaína lleva ciertamente a la paranoia y las reacciones bajo su efecto eran las que eran.

Pero en toda la confusión que había en su cabeza; estaba sea como sea el padre, a quien temía, quien molestaba con su continua presencia; pero ese padre que en los momentos difíciles deseaba, escondido y con tele cámaras, pero preparado a intervenir para ayudarlo.

Así me expliqué la extraña respuesta que tuve por teléfono cuando le conté que había llegado a Cartagena. “Ah, al final lo has conseguido...”

Inconscientemente me estaba esperando para que lo socorriese, eso me explica también su cariñoso: “Gracias papa” cuando se despertó en el hospital.

Comprender con esta profundidad la situación no me hacía sentir mejor; más bien parecía, que mi corazón se hubiese hecho pequeño, pequeño, que se estuviese rompiendo bajo la presión de la tragedia. Solamente me aliviaba la idea de estar cerca de él, de poderle controlar y de serle de ayuda y consuelo.

En Roma, durante un largo periodo me había quedado como estancado, sin poder hacer nada, me había sentido inútil. Si intentaba hablarle con severidad, desaparecía durante un tiempo. Sabía que si lo hubiese complacido, quizás lo hubiese visto con más frecuencia, pero seguramente no lo habría ayudado.

Ahora estaba conmigo, dependía de mí como un niño y esto me daba una cierta tranquilidad.

Tenía curiosidad por saber a qué se refería cuando le dijo a Carlo, que desde que llegó a Cartagena, no había tocado más la heroína. Me había prometido entrar en el tema en el momento oportuno. Así que le pregunté: “Pero ¿no la habías dejado después del curso en Ginebra?”. “Sí” me respondió “para dejarla me había ayudado con la cocaína que me daba fuerza y seguridad, pero al final mezclaba la coca con un poco de heroína y la fumaba mezclada. Por esto es que vine aquí, porque también a mí la heroína me daba miedo y quería dejarla del todo. En Roma no podía y despacio, despacio estaba cayendo dentro otra vez”. “Y ¿cuánta te metías?” “Poca, ¡tan poca que ni me hacía estar bien! Justo lo que me ayudaba solamente a no sufrir demasiado”.

¡Así descubrí también esta novedad! Y pensar que sustituir una droga por otra, además de no servir para nada, no hace más que empeorar la situación, y controlar el uso de la heroína con pocas dosis es imposible. Estaba verdaderamente enredado, pero no quería pensar más, ahora estaba bien y yo quería ser optimista.

Un día mientras hablábamos en la cama antes de dormirse me miró en silencio, un buen rato. Entendí que estaba pensando alguna cosa que quería saber, y me dijo: “¿Sabes papa? No soporto la idea de que un día morirás y me dejaras para siempre”.

Me quede de piedra, me había dicho la misma cosa, usando las mismas palabras cuando tenía diez años y estábamos sobre la cama, como ahora antes de dormir. El seguramente ni se acordaba. También en aquella ocasión me quedé sin palabras, entonces era pequeño, y de todas maneras no era fácil darle una respuesta que le tranquilizara. El hecho es que dentro de esta observación, está quizás escondido todo el misterio de la vida y de nuestra existencia.

Me acuerdo de que en aquel momento cuando tenía diez años intenté evitar el tema, dándole una respuesta que no tenía mucho que ver. Le dije simplemente que tenía una óptima salud y que no tenía ninguna intención de que me pasara nada, al menos hasta los cien años.

Pero ahora había crecido, y esta pregunta que arrastraba desde hacía tanto tiempo, era una señal de su gran sensibilidad, de su afecto, ciertamente amplificados por su estado.

Merecía una respuesta más profunda y más convincente visto que aquella que le había dicho cuando era pequeño no lo convencía de echo. Era difícil contentar esta pregunta, de todas maneras le dije que así era la vida, que desde que el mundo es mundo los padres dejan un día a sus hijos, porque una vez concluida su vida, van a alcanzar a Dios a un mundo quizás mejor, y que era de esperar que sucediera de forma natural y lo más tarde posible, cuando los hijos son ya mayores.

Este episodio, como tantos otros ocurridos durante este tiempo, me estaba haciendo abrir los ojos hacia mi hijo, sobre todo hacia lo que tenía dentro de su corazón, un corazón tierno, de una profunda sensibilidad con las personas a quien quería y hacia quienes sufren de una manera u otra en este mundo. Si porque Giorgio era un ser sensible, sufría cuando veía que yo y Anabela no estábamos de acuerdo, sufría cuando veía que los abuelos y las personas mayores envejecían a medida que el crecía y quien sabe morirían. Sufría por las personas pobres que no tenían nada que comer, por las personas enfermas y sufría aunque cuando veía un animal que estaba mal.

Recuerdo que un verano en Sardegna, cuando Giorgio tenía seis años, habían venido unos amigos. Habíamos vuelto a casa después de una larga jornada de mar.

Bajaron todos del coche mientras yo hacía la maniobra para parquear, de repente oigo a Giorgio que gritaba desde atrás del coche con toda su fuerza: “¡¡¡Papa!!! ¡¡¡Cuidado, para!!!” Frené de golpe y me gritaba: “¡Vete adelante!!! ¡Adelante papa!!!”. Fui hacia adelante un metro, me giré, pero no veía nada. Bajé asustado del coche corriendo hacia donde él estaba tirado con un brazo cerca de la rueda, seguía gritando con rabia: “Mira lo que has hecho, papa”, no entendía nada. No me daba cuenta de lo que pasaba, Giorgio estaba bien y no había ninguno allí cerca que estuviese herido. Me acerqué a él que casi llorando me dice; “Mira lo que has hecho, te gritaba para que te pararas, pero no lo has hecho a tiempo, así que has aplastado esta pobre cucaracha, y ahora mírala, ¡¡ Está muerta!!”.

El era así, un alma dulce, pura, limpia. Quizás uno como él, en este mundo no se encontraba bien. Quizás había descubierto cuánta maldad hay a nuestro alrededor, cuánto sufrimiento, cuánto daño puede llegar a hacer el egoísmo humano. Quizás no era éste el mundo en el que deseaba vivir y su capacidad de amar era tan grande que le hacía sentirse inadaptado e incomprendido.

Una cosa que he descubierto después, es que la mayoría de las personas que caen en la droga, son personas buenas, sensibles y verdaderas, como lo era él. Criaturas que no aceptan vivir en un lugar donde los sentimientos son avasallados, donde el amor es sustituido por el bienestar material y el consumismo, donde gente árida persigue el éxito y el dinero como si fuesen el objetivo y la razón de la vida.

No soporto a quienes se atrincheran detrás de una genérica y cómoda condena, que critican señalando a quienes se drogan como si fuesen criminales. Esta pobre gente que le gusta mucho criticar de pronto lo hace para esconder su propia infelicidad y sus problemas pero la biblia dice: *"Oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas, pues al juzgar a otro, a ti mismo te condenas."* (Romanos 2:1)

He aprendido en mi piel, que la droga atrapa en su trampa a los más débiles, a los más frágiles, Yo ahora sé que su sensibilidad es también su debilidad.

También he visto con cuánta hipocresía muchas gente demuestran compasión, pero que en realidad se crece pensando que son un fracaso tanto padre como hijo.

No me corresponde a mí juzgar a esta pobre gente mezquina, pero pienso que son ellos quienes no sabe que es la caridad la misericordia y no conoce el amor, el amor verdadero; el amor paciente, bondadoso ése que no pide, que no tiene envidia y no pretende, ése que entiende, que sabe dar, que se sabe ofrecer...el amor que no es arrogante y no se regocija de la injusticia, sino que se alegra con la verdad.

Estaba pensando en las cartas de San Pablo.

Giorgio la tenía integrada dentro de sí, probablemente sin haberla leído.

Yo me siento satisfecho y orgulloso de mi hijo por cómo era y por el amor que me ha transmitido, porque a través de él, he aprendido los verdaderos valores de la vida.

Él vivía la caridad de forma espontánea y la ejercía con quienes encontraba.

Recuerdo a Giacomino, era un muchacho que trabajaba parqueando los coches en la plaza Pío XI, en un ensanche al lado de la pastelería "La Siciliana", justo enfrente de la puerta de la casa en donde vivía Giorgio. A pesar de que había tenido poliomielitis, cuando ayudaba a parquear era siempre amable y eficiente. Se sabía que era un buen muchacho y que había sufrido mucho por consecuencia de su estado físico y por su situación familiar. Supe que había nacido en Sicilia y que no había sido aceptado nunca por su familia. Su padre era alcohólico y la madre nunca estaba presente, así que se había escapado y había venido a vivir a Roma.

Hacia aparcamiento abusivo, conseguía así lo que le servía para vivir. Era conocido en toda la zona, las personas que vivían en el barrio se fiaban de él. Cuando no había sitio, le dejaban las llaves del coche en segunda fila.

También a mi me sucedió alguna vez. Una vez me dijo: "¿Tu eres el padre de Giorgio?", "Sí" le dije. "¿Sabes? Giorgio es un buen amigo, muy buen chico, yo lo quiero mucho".

En muchas ocasiones, cuando veía a Giorgio le brillaban los ojos y se acercaba siempre para saludarlo. Giorgio siempre era afectuoso con él y le dejaba una buena propina, a veces hasta un poco exagerada.

Cuando un día le pregunté por qué le daba todo ese dinero, me respondió un poco alterado: "El está solo, no tienen a nadie, no es como yo que he tenido la suerte de que nunca me falte nada". Su respuesta me gustó tanto, así que cada vez que parqueaba, también yo lo saludaba y le hablaba con cariño.

Un día me dijo: "Yo quiero mucho a su hijo, es una persona estupenda, y también él me quiere. Es el único que me trata bien, como a un hermano. Es la primera vez en mi vida que me siento tratado como un ser humano y no como un pobre poliomielítico. Él no siente sólo piedad como hacen todos, él me quiere de verdad. Ni siquiera mi padre ni ningún otro de mi familia me ha tratado con tanto amor". Me conmovió, yo sabía que Giorgio era así, pero me parecía descubrirle cada día mejor de lo que conocía.

Supe que a veces, lo llevaba a casa cuando no había nadie para que se duchara, decía que no podía estar tantas horas en medio de la calle, sobre todo en verano cuando se sudaba tanto. alguna vez le acompañaba a casa, porque vivía a las afueras de Roma en una pequeña habitación.

Un día ocurrió que un chico prepotente de aquella zona, le maltrató para quitarle el dinero que había ganado. Como Giacomino se había resistido a dárselo, le agarró por el pecho. Cuando Giorgio se enteró, se enfadó tanto que fue a la casa de aquel chico, gritando que no se atreviese más a volver a tocar a su amigo, sino se las vería con él.

Por defender a quien se encontraba en dificultad, sacaba fuera toda su garra, no tenía miedo de nada ni de nadie, dispuesto a todo.

Giorgio no podía ver sufrir a la gente, decía siempre que no era justo que tantas personas no tuvieran qué comer.

Había un mendigo australiano que dormía debajo de la casa de Giorgio, que se llamaba Steve, vivía en la calle y Giorgio sufría tanto cuando al pasar le veía tumbado en el suelo, muchas veces le llevaba alguna cosa de comer o ropa, y mientras dormía, a escondidas le metía dinero en el bolsillo.

Una noche volvió tarde, despertó a su madre que estaba en pleno sueño diciéndole: “¡Mama!, ¡mama! despiértate” y ella medio dormida, dándose la vuelta le dijo: “Ven a dormir tesoro, ¿qué haces con esa manta a estas horas?” y Giorgio levantando la voz dijo: “Mama, ¡te he dicho que necesito una manta y un cojín! Fuera hace mucho frío y Steve está muriendo de frío en el suelo, ¿me oyes?” y comenzó a quitarle la manta de la cama. Entonces su madre se despertó diciéndole: “¿Pero qué puedo hacer yo por Steve a esta hora, que estoy durmiendo? No me quites la manta”, pero Giorgio gritando cada vez más duro dijo: “¿Qué quieres, que lo traiga a casa a dormir en tu bonita cama caliente? ¿O quieres ir tu a dormir a la calle helada?”. Ella sin responder entendió que no era el momento de discutir, conocía a Giorgio, no habría cesado su empeño. Así que se levantó, medio dormida, buscó una manta y un cojín en el armario, y fue a dárselo.

También Daniela, su prima, tan unida a él desde la infancia, me contó que una vez, en un semáforo de un cruce, un chico se acercó para limpiar el parabrisas; y cuando ella se negó de forma un poco grosera, Giorgio se enfadó con ella gritándole que no debía maltratar a estos chicos que están trabajando para ganarse cuatro pesos para comer. ¡Así era Giorgio! La biblia dice: *“Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia. Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios”*. (Mt 5:7-8).

Había conocido a Cipriano, un ex toxicódependiente de carácter extrovertido y simpático. Vivía de hacer manutención y arreglos donde le tocaba, pero su verdadera aspiración era la de convertirse en un buen terapeuta, y en aquel momento pensé que podía servir de ayuda a Giorgio. Estaba casado y su mujer estaba embarazada de cinco meses. Le habíamos conocido en la clínica, y a menudo colaboraba en la comunidad terapéutica “Quiero vivir” en el barrio de Crespo. Aquella era la comunidad que todos me habían aconsejado para mi hijo, como el lugar en donde hubiera debido pasar un periodo de tres a seis meses, después de haber cumplido con el primer mes de desintoxicación en la clínica.

Comenzó a seguir a Giorgio viniendo todas las tardes a casa, trabajando con él casi dos horas. Su acercamiento había sido directo y sencillo: “Me he drogado durante veinte años, se todo sobre la droga. Quien la usa es un imbécil, un débil y se vuelve mentiroso y manipulador. No intentes engañarme porque me las sé todas, perderías el tiempo”.

El encuentro era algo más que un encuentro terapéutico, porque se encontraban bien juntos y conseguían encontrar la manera de divertirse, esto era muy importante.

Me daba cuenta de que Giorgio estaba progresando mucho; estaba contento y motivado, todo lo que Cipriano le decía lo asimilaba y lo ponía en práctica.

Estando presente en sus encuentros, tuve la oportunidad de aprender muchas técnicas terapéuticas, en las que después me he interesado especialmente.

La mezcla que se había formado entre las terapias de Cipriano, las visitas psiquiátricas periódicas del doctor Osorio y la administración regular de psicofármacos; era óptima, como óptimos eran los resultados.

A veces abrazaba a Giorgio sin un motivo especial, solo la gana de transmitirle fuerza, energía, perseverancia. Le decía: "sigue, fuerza, verás que lo conseguimos", "Estoy seguro de que lo hacemos", "Estamos en el buen camino".

Había dejado a Cipriano la responsabilidad de regular su programa de recuperación, dejando en sus manos también la decisión de cuándo y cómo concederle algunas pequeñas distracciones, como salir cada tanto de la clínica con mi compañía y la de un enfermero. Obviamente, al doctor Osorio le correspondía la última palabra y la tarea de decidir cuántos y cuáles medicamentos tomar hasta concluir la cura de desintoxicación.

Cualquier cosa que Giorgio quisiese hacer, pasaba a través de ellos y se apresuraban de vez en cuando para hablarme primero uno, luego el otro. Este era el programa, lo seguíamos con rigurosa meticulosidad, hasta Giorgio seguía diligentemente las reglas, estaba dando muy buenos frutos.

Así que comenzamos a salir los tres juntos.

A veces íbamos a pasear al mar, otras veces alquilábamos una lancha motora para ir a una isla cerca de la ciudad llamada Tierra bomba, después íbamos a comer a un restaurante en la playa. Otra vez hicimos ski náutico.

Giorgio se enfadó mucho porque mientras él no era muy hábil y caía siempre, yo hacía hasta piruetas con un ski sólo, ya que en mi juventud lo había practicado bastante. Naturalmente me tomaba el pelo diciendo: "¡Caramba, no lo puedo creer que este viejo me debe humillar!".

Después cuando estábamos en la habitación, hablábamos mucho y recordábamos el periodo más bonito que habíamos vivido juntos, desde cuando era un niño hasta los catorce años. Giorgio estaba de acuerdo en que era el periodo más alegre y despreocupado que habíamos vivido juntos.

Recordábamos a mi madre que, con su carácter alegre, dulce, simpático y distraído, estaba siempre disponible para todo el mundo y nos hacía reír tanto. Vivía cerca de mi casa, a la que venía frecuentemente, sobre todo cuando Giorgio estaba. Llamaba a la puerta siempre con un plato en la mano de sopa o de otras exquisiteces que preparaba con sus manos y tanto amor. No movía bien una de sus manos a causa de la artrosis, así que primero llamaba, después corría dentro de su casa, cogía las cosas, y esperaba delante de la puerta sosteniendo con dificultad el plato con la mano. Muchas veces, antes de comprenderlo, me preguntaba cómo hacía para llamar a la puerta con las manos ocupadas. Una vez durante el verano, en Sardegnia, siempre con un plato en la mano, atravesó toda la terraza en obras sin piso, que se asomaba al jardín con un desnivel de por lo menos tres metros, llamando "Giorgio, Giorgio ven que te he preparado... una cosa muy rica, ven". Giorgio que estaba en el jardín, levantó la cabeza y al verle no tuvo tiempo ni siquiera de responderle. Caminaba con dificultad, pero dada su baja estatura, nunca había renunciado a calzar sus zapatos con un poco de tacón. Inevitablemente tropezó cayendo justo cerca del borde. Giorgio preocupado gritó: "¡Abuela, ten cuidado que si no, te caes abajo!".

Ella en vez de preocuparse comenzó a reírse como una loca. Giorgio viendo que mientras reía estaba rodando, continuó a gritarle "¡Cuidado! Te he dicho que tengas cuidado, ¡no te rías que es peor!". Pero quien conocía a mi madre, sabe que cuando empezaba a reírse así, no se paraba. Giorgio que se había dado cuenta del peligro, se había colocado debajo, haciendo de escudo humano, evitando que cayese al suelo, en donde había hasta piedras puntiagudas. Yo que me había asomado desde la habitación habiendo asistido en parte a la escena, corrí por las escaleras oyendo los gritos de Giorgio: "¡Papa, papa, corre!". Llegué imaginándome una tragedia, encontré a Giorgio tumbado en el suelo con la abuela en brazos que seguía riendo. ¡Increíble!. Milagrosamente no se había hecho daño, aparte de algún arañazo. Nos dimos cuenta más tarde del peligro que, en realidad, había corrido mi madre y que Giorgio oportunamente, le había salvado la vida.

Hablábamos también de mi hermano Riccardo con quien estábamos siempre juntos, mientras trabajaba, durante las vacaciones y muchas veces por la noche. Se divertía mucho fastidiando inofensivamente a Giorgio, él se enfadaba, aunque le quería y sabía que su tío también.

Su esposa Fabrizia, era una persona estupenda, dulce y afectuosa, completamente loca por Giorgio y con una hija única llamada Micaela, algún año mayor que Giorgio. Un poco por esto, y un poco porque le hubiera gustado dar a su hija un hermanito, cuando podía con mucho gusto se lo llevaban con él como un hijo.

Su segunda mujer, Milena, no tenía hijos y adoraba los niños, particularmente a Giorgio, y cuando nos íbamos de vacaciones juntos, era feliz colmándole de atenciones.

Mi hermano Luciano, mucho mayor que yo, tenía hijos mayores y quizás por esto, aunque también por el carácter tan expansivo que tenía Giorgio, venía a esperarle bajo casa todas las mañanas de los domingos para llevarle adonde su mujer, Bruna. Giorgio iba encantado, cuando oía el silbido del tío, se precipitaba escaleras abajo, porque con ellos se sentía “como en casa”. Sus primas Micaela y Daniela, algún año mayor que él, antes que parientes fueron compañeras de juegos, amigas y confidentes. Cuando se encontraban hablaban durante horas contándose de todo.

Los otros primos Fabio, Claudio y Marco, hijos de Luciano eran mayores, aunque cuando iba a la escuela infantil, Marco se había encargado de ir a buscarlo bajo casa de la abuela cada mañana, para acompañarlo a la escuela.

Cada mañana, cuando se montaba en el coche, encontraba una sorpresa en el salpicadero, a veces eran caramelos, o chokolatinas; otra eran paquetitos con juguetes. Era una manera cariñosa de hacerle el trayecto más divertido y placentero. Para mi hijo era siempre una fiesta.

Era mimado por todos, pero es que daba gusto estar con él por su carácter alegre. Era bueno, dulce, cariñoso y todo el mundo lo quería. Habíamos pasado un periodo muy bonito, sobre todo cuando nuestra familia estaba unida y despreocupada. Nos encontrábamos casi todos los días en el club como fuese nuestra segunda casa en donde pasábamos la mayor parte del tiempo, bien contentos.

Después empezaron a llegar los momentos más tristes.

Nos acordamos de cuando habíamos visto por última vez al tío Luciano. Vino a saludarnos con su hija, e inexplicablemente antes de salir, me retiró aparte y me dijo: “Tu eres además de tío, el padrino de Daniela, y esto no es por casualidad”, mirándome fijamente a los ojos continuó: “Sé que cuando yo no esté, pensarás en ella como en una hija y por eso estoy tranquilo”. Murió pocos días después tuvo un ataque del corazón mientras se afeitaba, sin haber tenido nunca problemas de salud, dejándome este mensaje que tengo siempre presente en mi mente. Después llego la muerte de la tía Fabrizia y la de Marco, ambos jóvenes aún, la de mi madre y la de los abuelos maternos. Sucedió todo así, rápido, en poco tiempo, sin que casi nos diésemos cuenta.

Aquella noche en la clínica, antes de dormir hablábamos de aquel periodo, fue muy emocionante, a veces también un poco triste, ¡cuántas cosas descubrimos que no sabíamos!

Habíamos decidido salir a cenar una noche. No ocurría desde hacía mucho tiempo, así que estaba contento con este plan. Fuimos él y yo solos a un restaurante en la Plaza Sto. Domingo, una de las más conocidas de Cartagena donde siempre hay mucho movimiento de extranjeros. La plaza es preciosa, hay unos seis restaurantes que sirven a la clientela en las mesas al exterior; mientras todo alrededor, es como un escenario de otros tiempos. Vendedores que agitan collares y otras artesanías, músicos que tocan la guitarra y bailarinas moviendo una escena, ya de por sí verdaderamente rica y vivaz.

Una atmósfera que emociona siempre y era especialmente alegre porque era nuestra primera salida nocturna.

Giorgio estaba contento, pero de una forma particular.

Desde que nos sentamos en la mesa, me di cuenta de que la suya era una excitación diferente de la mía. Más lo miraba y más lo veía extraño. A cierto punto, pidió una cerveza. Le hice notar con toda la calma posible, que no podía tomar bebidas alcohólicas. Yo no era tan valiente como Cipriano, pero sabía ya muy bien como para darme cuenta claramente, que cuando su humor se volvía inestable, no era el momento de contradecirle.

Comencé a preocuparme seriamente cuando empezó a hablar y a bromear con todo el mundo. Su humor se estaba alterando rápidamente, así como su comportamiento, que estaba pasando de eufórico a agresivo. A este punto, estaba prácticamente seguro de que se había metido algo.

Me preguntaba cómo lo había logrado, dado que yo no le había dejado solo ni un momento. Recuerdo que empecé a sudar, no sabía qué hacer, debía mantener la calma; sobre todo si había conseguido hacerse con alguna cosa que yo no sabía. Traté por eso de mantener la calma y de complacerlo en todo, pasando una noche horrible, nervioso, con una tensión que ya había olvidado.

Se comportaba como si estuviese borracho y, cuando más tarde, exhausto me dijo: “Vamos a dormir, papa. Estoy cansado”, suspiré profundamente aliviado.

Cuando volvimos a la habitación, esperé a que se durmiese y me puse a hurgar por todas partes, para buscar rastros de alguna cosa, que además no conocía, no podía ni siquiera imaginar de qué cosa se pudiera tratar. No encontré nada, la única cosa que me parecía extraña, era un paquete con cinco o seis mecheros, todos gastados; que Luis, el hermano de Yenny que trabajaba en la clínica, se los había entregado aquel mismo día. Me acordaba muy bien, porque no tenía nada con que encenderse los cigarrillos, y al no poder fumar, se ponía muy nervioso; era lo único que se le permitía.

Pensar que cuando tenía casi diez años, y oyó decir a no sé quién, que el humo hacía daño y podía causar la muerte; comenzó una desesperada campaña antitabaco en casa. Fumábamos un poco todos, sea en mi familia como en la de Annabella. Se convirtió en el terror de todos nosotros fumadores. Cada vez que encendíamos un cigarrillo, se enfadaba y chillaba; pero no terminaba aquí, más de una vez pasaba a la acción. Sin decir nada, se acercaba y de sopetón, te quitaba el cigarrillo de la boca, lo rompía e iba a tirarlo al baño. Se había vuelto una tortura tal, que al final, nos resignamos a dejar de fumar delante de él. Nos vimos obligados a fumar a escondidas, o cuando él no estaba, durante varios años.

En cambio ahora fumaba casi dos paquetes al día. Como siempre era excesivo en todo, pero dado el periodo tan especial que estaba atravesando, me aconsejaron no decirle nada.

Revolvía entre mis manos los mecheros descargados, preguntándome qué podían significar.

Al día siguiente por la mañana, fui a preguntar a Cipriano que seguramente entendería algo más, y así aprendí otra.

Estos muchachos, cuando tienen una crisis de abstinencia, me explicó Cipriano, inhalan el gas de los mecheros que provoca un estado de ebriedad

inmediato, que dura varias horas. Ahora me explicaba todo, ¡de locura! Estaba adentrándome en un mundo que no conocía, quién sabe quién le había enseñado estas cosas.

Descubrí además, que aquel día no había tomado ni siquiera sus medicinas. Delante de la enfermera se las metía en la boca, pero en vez de tragárselas con el agua, se las sacaba y las escondía en el cajón donde después las encontré.

Trataba de convencerme de que debía acostumbrarme a estos tentativos de escapar de las reglas, de las imposiciones que formaban parte de este periodo de recuperación. Es cierto que debía de aprender un montón de cosas, y además deprisa, si quería ser útil a mi hijo; y estar preparado para cualquier cosa. Considerando la proximidad de tantos expertos que me podían facilitar el trabajo, debía aprovecharme todo lo posible.

Cuando Cipriano supo la historia de los mecheros, fue durísimo con Giorgio y le dijo que como castigo debía quedarse en su habitación durante un largo periodo, sin poder salir.

Muchos años antes, yo me había comportado igual, sin que ninguno me explicase que hubiera sido lo mejor.

Giorgio entonces tenía dieciséis años y estábamos de vacaciones en Sardegna. Mientras desayunaba en un bar, un amigo me dijo que la noche anterior, habían llevado a casa a Giorgio, porque se había sentido mal después de haberse metido alguna pastilla. No habiéndolo visto llegar, yo no me había dado cuenta de nada; pero cuando se despertó le pedí seriamente que me contara qué le había pasado. Giorgio estaba de mal humor y además, en aquel periodo nos dirigíamos a duras penas la palabra. Así que me respondió que no tenía ganas de hablar. A pesar del descaro e indiferencia que ostentaba, en el fondo me temía un poco, aunque de hecho estaba perdiendo el control de la situación. No hice caso del modo en el que se dirigió a mí, discutimos sin dejarle hasta que me contó lo que le había pasado; un amigo suyo le había dado a probar una pastilla. Al principio le había provocado una ligera y placentera ebriedad, pero un poco después se empezó a sentir mal, una náusea lo asaltaba a oleadas, y se había hecho acompañar a casa.

“¿Y me lo cuantas así, como si fuese la cosa más normal del mundo?” le pregunté enfadado.

Y él con aire altivo me respondió: “¿Qué quieres que te diga? Me has preguntado qué había sucedido y yo te lo he contado, ¿Ahora qué quieres?”.

Cuando me contestaba así, me venían unas ganas de pegarle, pero no lo había hecho nunca, iba en contra de mis principios.

Así que le dije: “¿Te das cuenta de que estas pastillas que te han dado, te pueden quemar el cerebro? Ni siquiera sabes qué tienen dentro, ¿y tú te las tomas así, sin siquiera preocuparte?”.

Él no me respondía, evidentemente se le habían terminado los argumentos y yo había decidido castigarle como nunca lo había hecho.

“Bien” le dije, “visto que eres capaz de hacerte arrogante sin ningún respeto, ahora te quedas en tu habitación todo el día sin salir, ¿OK?”.

Su respuesta fue darme la espalda.

Fue obediente, pero se entendía que dentro de sí sentía rabia.

Durante veinticuatro horas precisas se quedó en casa, pero al caducar la veinticuatroava; puntual, vestido y duchado, le vi preparado para salir.

“¿A dónde vas?” le pregunté.

“Va, ya pasaron veinticuatro horas ¿no? Ahora puedo salir”. Así era, pero no me gustaba el tono con el que me respondió, así que añadí: “Si, OK. Puedes salir, pero ¿qué planes tienes para esta noche? ¿Te tomaras otra pastilla?” y él siempre con aire arrogante: “No lo sé, ¡si cae!”.

No sé si iba bien, no conocía a las personas con quienes se juntaba, no sabía quiénes eran estas compañías que le daban estos malos hábitos, pero esta repuesta me hacía pensar sobre todo en una provocación, en un desafío que me lanzaba.

Era como si me hubiese dicho mirándome fijamente a los ojos: “¡No tengo una familia unida! ¡Se separaron sin pensar en mí, que he sido zarandeado de aquí para allá, sin tener un verdadero punto de referencia!”; o bien: “cada uno de esta familia hace lo que le da la gana, no entiendo porqué no lo puedo hacer también yo”; o: “¡Nadie puede decirme lo que está bien o mal, ni lo que debo o no debo hacer! Puede que pienses que estoy perdido, pero los primeros perdidos son ustedes, ¡justo quienes deberían darme un buen ejemplo!”.

Era lo que su mirada exasperante me hacía pensar. Ciertamente era capaz de despertar un fuerte sentimiento de culpa, entre otras cosas, por la reciente precoz separación de su madre. En estas circunstancias, pensaba que en el fondo, el origen de su comportamiento, tenía que ver con nuestra forma de ser.

Pero estoy convencido de que no era solo esto. Hay tantas familias unidas, en donde los padres se llevan bien, se quieren; y a pesar de esto, también tienen hijos que responden mal, que no obedecen a nadie y se comportan como si no les importase nada su familia. Algunos comportamientos son consecuencia de los cambios que se producen en la adolescencia, cuando los chicos crecen, sienten la necesidad de separarse de sus padres para hacerse independientes y autosuficientes.

Pero estas ideas, no me podían consolar.

En aquella ocasión no conseguí ni siquiera permanecer calmado; sentía que crecía la rabia y se me subía a la cabeza; le agarré de la camiseta y le empujé contra la pared. Mis amigos y mi compañera de entonces, Mariagrazia, que estaban presentes; dado que nunca me habían visto así, se asustaron poniéndose en medio para bloquearme. No le hubiera hecho daño; pero le grité que no debía responderme así, que me estaba faltando al respeto, que no lo dejaría salir más y que al día siguiente hubiera vuelto a Roma donde su madre.

Había hablado la noche anterior con Annabella que iba a Grecia para encontrarse con su hermano, habíamos decidido sacarle de aquel lugar en donde se había metido en un ambiente feo. Era lo que había que hacer, pero me costaba mucho. Cuando al día siguiente se fue con un amigo para regresar a Roma, yo me quedé en el jardín con el corazón estricto y pequeño, pequeño de la pena. Se había preparado sus cosas, y cuando pasó a mi lado, ni siquiera se paró a saludarme. Mi amigo le preguntó: “¿Pero no te despides de tu padre?” respondió con un “no” seco. No podía ceder, pero su rechazo hasta de mirarme, me hería profundamente.

Encontré la fuerza para decirle sólo: “¡No te preocupes no importa que te despidas de mí! Lo importante es que entiendas que todo esto lo hago por tu bien”.

Quizás no hubiera debido echarle así, quizás hubiera debido dejar todo para irnos los dos solos a algún lugar, y recuperar aquel diálogo que nos faltaba, tratar de entenderlo y de ayudarlo, sin mandarlo lejos como un bulto incómodo que me complicaba la vida. Quizás entonces hubiera debido hacer lo que estoy haciendo ahora en Cartagena, probablemente hubiera ganado tiempo.

No se estudia para ser padre, no se nos prepara, no hay escuelas porque criar a nuestros hijos parece ser la cosa más natural del mundo pero a menudo un padre y una madre se siente completamente inadecuados. Que es difícil elegir el camino para a ellos, los descubrimos en nuestras propias carnes cuando tratando de encaminarlos, reaccionan intentando de liberarse de la tutela paterna, cuando cada palabra, cada sugerencia son interpretados como insultos, como atentados contra la libertad personal y contra la libertad que están fatigosamente conquistando. Hay una gran diferencia entre ser un “buen padre” o ser un “padre bueno”. Nosotros los padres, improvisamos, tomamos las decisiones a prisa sin siquiera tener el tiempo de reflexionar, y así el gran amor que sentimos hacia ellos, nos hace ser solamente “padres buenos”, e inevitablemente cometemos tantos errores.

Me estaba dando cuenta que yo había sido seguramente un padre bueno y es por esto que había cometido muchos errores.

Pero ahora estaba intentando de aprender a ser un buen padre así que las maniobras de Giorgio pensadas y puestas en práctica para inhalar los mecheros, debían ser sancionadas. Aquí no se podían tolerar excepciones; porque el camino hacia la liberación de la droga, requería un sacrificio y atención constantes. Esta vez la decisión sobre la punición estaba en manos de Cipriano, porque el hecho había ocurrido bajo su responsabilidad. Esto, en cierta manera, me aliviaba.

Le dejamos solo y nos fuimos.

Me disgustaba decirle que nos íbamos a almorzar al restaurante, mientras se quedaba solo, pero Cipriano fue inflexible. Me dijo que estuviera tranquilo porque la terapia enseñaba a estos muchachos, que aprender a tolerar la frustración era bueno.

No estaba muy convencido, me parecía que en el comportamiento de Cipriano hubiese también una cierta satisfacción en el infringir el castigo, no quiero decir que lo infringiese con maldad, sólo que su

actitud era muy distinta de la mía, que me sentía tan culpable como mi hijo. Pero acepté su decisión y fui a almorzar con él. Cuando salimos, Giorgio empezó a dar patadas a la puerta y al armario, después agarró la guitarra que yo le había regalado algún día antes y la hizo pedazos rompiéndola contra la pared y las barras de la ventana, otra vez tuvo una crisis de violencia. Intenté excusarlo, pero fiándome de Cipriano y por respeto a su profesionalidad, me hice el indiferente; aunque dentro de mí no estaba tan convencido que la decisión fuese lo mejor.

Desde aquel momento intensificamos las terapias. Las pastillas se diluían en un poco de agua que bebía en presencia de la enfermera, así volvió a estar tranquilo enseguida. Era importantísimo que durante la cura de desintoxicación, tomase regularmente las medicinas; debía tomarlas durante muchos meses, reduciendo gradualmente la dosis a medida que sus condiciones fuesen mejorando. Nos encontrábamos por esto en otro periodo de tranquilidad y yo aprovechaba para hablar con él, para decirle todo lo que durante años no nos habíamos dicho, cada uno cerrado dentro de su propia soledad, de su propio egoísmo. Durante mucho tiempo me había resultado imposible tener una conversación con él.

La droga lo había aislado sobretodo de mí, que era como su propia conciencia.

En cambio, ahora teníamos tantas cosas que recordar de aquel bonito periodo precedente a sus catorce años, cuando aún estábamos bien juntos.

Un día le dije: “¿Te acuerdas de cuando eras pequeño? Siempre estabas celoso de mis novias, no aceptabas compartirme con nadie. No soportabas ni siquiera a mis amigos. Todas las veces que venias a pasar un fin de semana conmigo, estabas contento; pero como vieras venir a alguien, cambiabas la cara y te ponías triste y nervioso. ¿Te acuerdas?” Y él: “Si sentía mucha rabia dentro, pero no podía decirte nada porque sabía que no hubiera servido de nada. Me acuerdo que no soportaba a nadie y no entendía por qué nunca podíamos estar solos nosotros dos. Tengo un recuerdo de Patrizia, que trataba de hacer un poco de madre conmigo, era dulce; pero en el fondo no la aceptaba por principio, porque no era mi mamá”.

Así empezó un diálogo diferente entre nosotros, un diálogo que nos hacía bien a los dos. Le recordé de aquel día que estábamos hablando en el sofá como dos viejos amigos: “mira mi amor, hay diferentes modos de amar: puedes amar a tu esposa, a tus hijos, a tus padres, a tus hermanos y también a un amigo; todos son amores diferentes ciertamente no puedes amar a dos mujeres al mismo tiempo eso no es normal y no es justo, pero puedes amar al mismo tiempo a tu esposa y a tu hijo sin que el amor de uno pueda quitar algo del amor del otro”.

Se quedo en silencio, así que me quede con la duda si había comprendido o no la lección. Ahora tenía la ocasión de preguntarle, así me contesto: “cierto que comprendí, tanto que desde aquel momento no fui mas celoso de Patrizia y comencé a quererla mucho, pero cuando estaba contigo estaba triste porque me hacía falta mi mama.

Giorgio tenía unos seis años cuando, con Patrizia, mis hermanos y su familia, decidimos ir a pasar las Navidades a Kenia.

Faltaba a la cita nuestra madre y obviamente Annabella.

Fueron unas vacaciones maravillosas, vivíamos en un hotel precioso en donde nos trataban como a príncipes, dormíamos en un bungalow en la playa e hicimos varias excursiones al parque nacional de Tzavo, 9.000 km2 de parque en donde Giorgio se había vuelto loco de alegría al encontrar todos aquellos animales que había visto solamente en los libros: elefantes, jirafas, cebras, hipopótamos, rinocerontes, tantas gacelas y una familia de leones. En los ríos vimos también cocodrilos. Giorgio amaba los animales, estaba verdaderamente feliz.

Después llegó el fin de año, pocos momentos antes de medianoche, desapareció. Había olido aire de fiesta, una fiesta que tradicionalmente se celebra en familia, y se había ido. Busqué un buen rato antes de encontrarlo, lo quería encontrar a toda costa porque deseaba darle a él, el primer beso del nuevo año.

Al principio no conseguía explicarme esta fuga, porque hasta algún minuto antes estaba sonriente y aparentemente feliz. Al final le encontré solo, sentado en el borde de la piscina del hotel con la cara triste y los ojos vidriosos. Quizás tenía ganas de llorar, pero siendo así de orgulloso no cedía. Entendí el motivo de aquel testarudo y pesado silencio. Su madre no estaba con nosotros y, justo porque estábamos viviendo un momento de alegría familiar general, el hecho de haberle dejado en casa sola, era para él una horrible traición.

Intenté hablarle pero no me respondió, no le saqué una sola palabra, tenía los labios bien apretados, el rostro sombrío y la mirada perdida en el vacío.

El cambio de año lo pasamos así, en silencio, cada uno con su propia soledad, sentados cerca en el borde de la piscina en un hotel lejos de casa, de su madre, de sus abuelos.

Este cierre inesperado duró muchos años, siempre durante las Navidades.

Así, entre una charla, una confidencia y una confesión transcurrieron más días, me parecía que estuviese decididamente mejor.

Los terapeutas estaban madurando la hipótesis de transferirlo dentro de poco, a la sede de Quiero Vivir, para pasar allí la segunda etapa de la recuperación.

La comunidad estaba situada en una pequeña villa, a pocos pasos del aeropuerto de Cartagena. Estaban hospedados solamente unos veinte muchachos y muchachas entre dieciocho y veinticinco años. La plantilla estaba compuesta de un director, un secretario y diversos terapeutas que se alternaban durante el día.

Hablé con el médico y con Cipriano, estaban de acuerdo también ellos, Giorgio estaba contento y así tomamos la decisión.

Lo acompañé, para tener la oportunidad de conocer algunos chicos que estaban hospedados. Giorgio era el único italiano y lo acogieron con mucho calor y simpatía. Cada uno de ellos tenía su propia historia y había comenzado a drogarse por motivos diversos. Todos tenían grandes dificultades para aceptar el mundo así como es, un mundo incapaz de cuidar y valorar el patrimonio del alma, incapaz de dejarse ganar por el encanto de la bondad y la caridad, un mundo interesado solamente por el dinero y el éxito. Todos eran chicos particularmente vulnerables, que iban a la búsqueda de un poco de amor, de cariño que era la única cosa de la que tenían verdaderamente necesidad.

Estaba contento de que comenzase este nuevo camino, dado que todos me habían asegurado de que la comunidad hubiera sido el único modo de salir de la dependencia de la droga. Me tranquilizaba el hecho de que Giorgio hubiese aceptado entrar por su propia voluntad. Mientras le acompañaba, me sentía como cuando le llevaba a la escuela infantil el primer día. Tenía solamente tres años y me agarraba la mano fuerte, fuerte. Había muchos niños y él nunca había visto tantos juntos. Estaba fascinado por este descubrimiento, pero sentía miedo de que lo dejase solo. Tuve que quedarme toda la mañana porque cada vez que intentaba soltarle la mano, él me la agarraba aún más fuerte por miedo a que me fuese.

Ahora me encontraba reviviendo la misma situación. Le acompañé a su habitación y le ayudé a desempacar la maleta, le puse bien ordenadas sus cosas en las estanterías del armario, le dejé también alguna galleta y otros dulces que le gustaban, encima de la mesita de noche y también un libro que había comprado y leído pocos días antes. Era la historia de una relación “padre e hijo”, que hablaba del amor entre ellos y describía las dificultades que aparecían durante las distintas fases del desarrollo. .

Lo había dejado sobre la mesita sin decir nada, esperando que pudiese leerlo cuando se sintiese solo y pudiese darse cuenta que yo hubiera estado a su lado, aunque no estuviese presente físicamente. Pero él ya se sentía solo antes de que me fuera. Trató de alargar el momento de la despedida y después me pidió que me quedara un poco más. No quería que lo dejase enseguida. Para tranquilizarle, le prometí que volvería la misma tarde para cenar juntos, así que al final, le abracé y le dejé.

Fue un momento terrible, uno de tantos que me habían desolado durante aquel periodo, porque me daba cuenta que aunque Giorgio quería continuar la terapia, por otra parte sentía que tenía necesidad de mi, de mi presencia que le proporcionaba seguridad, y lo confortaba en los momentos difíciles. Me fui porque debía hacerlo, pero no lo sentía contento, lo veía contrariado, muy abatido y triste.

Me fui absorto en estos pensamientos. Como debía permanecer allí durante un largo periodo de tiempo, debía buscarme una casa en alquiler. Encontré un apartamento sobre el mar a pocos metros de Giorgio, pero el propietario me pidió dejarlo libre el dieciocho de diciembre. Acepté y me transferí inmediatamente.

Había conseguido justo poner un poco de orden en mis cosas, cuando llegó la noticia; Giorgio se había escapado, había dejado todo y se había ido en chanclas, pantalón y camiseta.

Fuga a Santa Marta

Era la segunda vez que escapaba, la primera había reaccionado con estupor, pero esta vez me llené de desánimo, cada fuga significaba un paso atrás en la cura de la dependencia. La noticia me caía encima con la violencia de una catarata. Me quedé aniquilado porque me parecía imposible que Giorgio, inteligente como era, pudiese rebelarse a lo que le hubiese ayudado, a resolver su problema con la fuga. Quizás yo pecaba siempre de optimismo, minimizando sus comentarios negativos y me consolaba siempre pensando en los buenos o positivos.

Por esto me sentí morir una vez más.

También los detalles de la fuga me dejaron sin palabras; había saltado por la ventana, había abierto un hueco en el recinto y se había ido.

Con los labios encogidos, y el corazón estricto, salí a la calle, busqué un taxi y me fui a dar vueltas inútilmente durante horas. Descompuesto y resignado a lo peor, sentía que esta vez no lo iba a encontrar.

El tiempo pasaba y yo estaba cerrado en casa con la esperanza de recibir sus noticias, cada rato salía, agarraba un taxi y me daba vueltas por la ciudad, sin meta, sin la mínima idea de dónde pudiese haber ido.

Pero no me daba por vencido, estaba deshecho pero no resignado. En mi corazón esperaba encontrarle enseguida porque sabía muy bien que cada día, cada hora que pasaba podía ser fatal. Conocía un poco la Colombia, al menos lo que bastaba para saber que a parte de la costa, Boca

grande y el Centro Histórico que eran zonas seguras, en el resto del territorio, especialmente en el interior del país, le hubiera podido suceder de todo.

Pero la única cosa que podía hacer, era esperar. Sabía que esta vez no se había ido a dar un paseo, que se había organizado bien y reconocía que en estas circunstancias era increíblemente hábil, no se hubiera dejado coger fácilmente.

Esta conciencia no me ayudaba porque era una sensación aún peor que la impotencia que sentía muy a menudo hacia él y que esperaba haber superado con mi incurable optimismo. Habíamos pasado tantos bonitos momentos charlando juntos que me parecía imposible encontrarme ahora en esta situación. Me consolaba pensando que todo se solucionaría con un “Bueno, comencemos todo de nuevo”, que hubiera sido lo mínimo. Esperaba que no le pasase nada malo, que no se metiese en problemas peores...

Pasé así cuatro días, inmerso en la calma aparente con la que se viste una persona que deja pasar las horas con el alma en vilo, con la cabeza y el corazón nublados por la espera. Esperaba una noticia, una llamada.

La policía estaba avisada, y también estaba en contacto con los hospitales. Habiéndose escapado sin documentación, se sabía que antes o después llegarían las noticias.

Al cuarto día llegó una llamada; era Annabella. Le había informado enseguida de lo ocurrido y sabía bien con qué ansia estaba esperando. Ella compartía mis preocupaciones, así que me dio con alegría la noticia de que Giorgio se encontraba en Santa Marta. Le había llamado para pedir que le mandara dinero, le había dicho que estaba bien y que se alojaba en un hotel. El hotel le había fiado el alojamiento, le había contado que lo habían atracado robándole el dinero y su documentación, y para hacer más verosímil la cosa, habían incluso presentado una denuncia. La historia era creíble, pero el propietario del hotel había pedido hablar con sus padres, y él había llamado a su madre, explicándole que su padre no estaba localizable por encontrarse fuera.

Por suerte durante aquel periodo, su madre y yo nos llamábamos muy a menudo y habíamos acordado un pacto tácito y muy sólido por el bien de nuestro hijo.

Por esto, a pesar de que Giorgio le había pedido que no me dijera nada, ella me había llamado inmediatamente. Me sentía aliviado, no había sucedido nada irreparable, así que comencé a organizarme.

Lo primero que hice fue llamar a Cipriano, que tenía una Ford todo terreno, era el vehículo ideal para afrontar este viaje. Preparé los documentos de interdicción del doctor, los documentos que certificaban el ingreso anterior en la clínica y su pasaporte. Después llamamos a la policía y al hospital de Santa Marta, explicando la situación, y solicitándoles que nos acogieran al llegar. Partimos casi eufóricos.

Habíamos pasado cuatro días como en letargo. Dentro la camioneta, con Cipriano, me sentía revivir y él también estaba contento. Habíamos encendido la radio y al ritmo de una música pegadiza, comenzamos a cantar alegremente: “vamos a Santa Marta, vamos a Santa Marta... vamos a buscar a Giorgio, vamos a buscar a Giorgio... si allá lo vamos a encontrar”.

Puede parecer una cosa estúpida, pero el coche que corría veloz, la radio sonando y la carretera que desaparecía tras de nosotros, me hacía descargar la tensión que me había envuelto los días anteriores.

Llegamos a Santa Marta hacia las dos de la tarde, entramos en la ciudad y nos paramos a comer algo en un restaurante, nos lo estábamos tomando con calma. Habíamos estudiado un plan, y después de comer fuimos a la policía. Presentamos todos los documentos al comandante, el cual, llamó a la clínica para tener la confirmación de que preparaban nuestra llegada; y en fin, hechas todas las formalidades, fuimos al hotel que me había indicado Annabella.

Subieron a la habitación del hotel dos policías y otros dos se quedaron fuera de la puerta, un poco como había sucedido en Cartagena. El portero del hotel, con una excusa había abierto la puerta de la habitación, solo puedo imaginar yo la sorpresa plasmada en la cara de Giorgio, porque al contrario que la primera vez, había decidido esperarlo abajo.

Lo vi cuando salía por la puerta del hotel con los policías que le acompañaban. Quizás hasta aquel momento no había entendido lo que estaba pasando, pero, cuando me vio entendió todo. Nos cambiamos una mirada durante un instante, bastante porque me quedó impresa en la memoria la expresión profunda de sus ojos y su sonrisita sarcástica que parecía decirme: “Eh, has conseguido encontrarme también esta vez, ¿cómo lo has hecho? ¿Ha sido mama quien te lo ha dicho? ¿Verdad? ¿Es ella quien me ha traicionado? Así que de ahora en adelante, no podré tampoco confiar en ella”. Era también una expresión arrogante, la que asumía cuando quería retarme: “Tú piensas mandar sobre todo y todos, pero yo soy un hueso duro, conmigo no podrás, no la vencerás tu”. El no hablaba, pero a mí me parecía oír clarísimamente estas palabras.

Le habían encontrado en la habitación fumando cocaína con otro chico. También él bajó y cuando me vio, me preguntó si era el padre de Giorgio y me dijo que era un gran amigo suyo.

“¿Sabe usted que su hijo es un chico maravilloso e inteligente?”, me dijo “no he conocido nunca a nadie como él”. Era un muchacho joven, más o menos de la edad de Giorgio, delgado con la cara afilada, un poco sucio y mal vestido. No tenía un buen aspecto y hablaba con la boca empastada típica de quien acababa de consumir cocaína, y mientras me hablaba excitado me tocaba el hombro, me agarraba de la mano, se arremolinaba como si quisiese abrazarme.

Podía imaginarme cuánto habían llegado a hablar, cerrados en aquel hotel fumando cocaína durante días. Seguramente habían hablado también de mí, y es por esto que ahora se me acercaba tanto, tratándome como si me conociese de toda la vida, como a uno de su familia.

Quién sabe cuántos discursos complicados se habían hecho todo aquel tiempo encerrados en la habitación, día y noche, noche y día, sin dormir, sin siquiera comer y siempre hablando, hablando, hablando enlazando discursos que solamente ellos, ya dentro del mundo oscuro y confuso de la cocaína, hubieran podido entender.

Es justo el efecto de la cocaína que te hace hablar tanto y te hace decir cosas que normalmente no dirías, también cosas verdaderas que normalmente guardas escondidas dentro de ti, o cosas absurdas, de fantasía...La cocaína las suelta, hace desaparecer los frenos inhibidores, no existen límites ni censuras. El cerebro vaga sin reglas, sin bridas; quien la toma pierde el control de sí mismo, de lo que dice y hace. Pierde el buen sentido, se altera la percepción de la realidad. De alguna forma se desata de nuestro mundo hecho de cosas buenas y malas; pero el que construye la cocaína, no es otro mundo mejor, es un mundo de fantasmas imposibles, en el que la realidad desaparece completamente.

Así el consumidor se vuelve descarado, capaz de decir cualquier cosa a quien sea sin crearse ningún problema, puede ofender y agredir también por una mínima cosa. Se comporta sin preocuparse de los demás, se vuelve aún más egoísta que antes, arrogante y agresivo, árido insensible y antipático. Pero la cosa más terrible es que se complace de todo esto.

Se siente fuerte, seguro, inteligente y superior a todos, capaz de hacer cualquier cosa; como un superman invencible que a veces llega incluso al delirio de omnipotencia.

Entre otras cosas pierde el miedo, que es un bien precioso donado por la naturaleza para protegernos de los peligros; y así, el cocainómano se vuelve temerario hasta el punto de poder lanzarse a retos mortales.

Pierde el placer por las cosas, sobre todo hacia las cosas sencillas, que son la esencia de la vida, pierde el interés hacia el deporte, la naturaleza y hacia todo lo que puede mejorar la propia salud. Pierde el interés por los afectos y el cariño, y la cosa más grave, pierde su capacidad de amar.

Se siente atraído fuertemente hacia todo lo que es trasgresor y lesivo: el tabaco, el alcohol, los juegos de azar, las desviaciones sexuales. Usa un lenguaje vulgar, que se usa de noche cuando se sale para encontrar gente parecida a él, que ha abandonado el cuidado de sí mismo, del propio cuerpo y alma. Si algunas personas se encuentran para fumar cocaína, aunque sus ideas y convicciones no coincidan; encuentran la manera de jugar con las palabras hasta sentirse una especie de voz común, de unisón conceptual. Pueden transcurrir horas y horas, sin interrumpirse nunca, sin distraerse ni buscar otras distracciones. El discurso comienza, y después en un estado de completa y común exaltación, se amplifica, se dilata, sabiendo de todo saliéndose por la tangente, se apasionan con

cada argumento, también con el más insignificante y lo afrontan como si se tratase de una prueba de altísimo nivel.

Hay personas que en un grupo son capaces de pasarse toda la noche hablando. En la mayor parte de los casos, las palabras se convierten en un elemento completamente fuera de su significado, al menos para nosotros personas comunes; tanto que después éstas personas terminan por adularse felicitándose entre ellas, por las cosas estupendas y maravillosas que se han dicho y por la genialidad y capacidad de expresión que se reconocen recíprocamente. Es por esto que en una sola noche pudo nacer entre ellos una gran amistad, y es la complicidad y la trasgresión que los unen. Si por casualidad, entre ellos hubiese alguien que no se drogase, le parecería que se encontraba en medio de personas completamente locas.

Yo lo sabía muy bien porque había tenido la experiencia de probar la cocaína, nunca me gustó, pero tuve la experiencia de constatar sus efectos.

Por eso era que el ocasional compañero de Giorgio me tocaba, me cogía del brazo como si hubiese entrado a formar parte de su familia.

A pesar de las devastaciones que el uso de la droga produce inevitablemente en el carácter de quien la usa, Giorgio milagrosa e inexplicablemente había permanecido siempre inmune. Sus buenos sentimientos, su simpatía y su caridad habían podido ganarle a la droga. Había permanecido puro, lleno de amor genuino hacia el otro, y su carácter, a diferencia de muchos otros, no había cambiado. Sin prestarle mucha atención, la policía hizo montar en su coche a Giorgio mientras Cipriano y yo les seguíamos con la camioneta hasta el hospital. El amigo de Giorgio se quedó allí mirándonos mientras nos alejábamos, fue la última vez que lo vimos.

Llegamos al hospital.

El doctor al que avisamos para acogernos estaba ocupado, así que nos quedamos allí esperándolo. Giorgio estaba muy nervioso, aún no me había dirigido la palabra. Andaba de un lado para otro, era insolente con todos y empezó a discutir con un policía y con una enfermera porque le prohibían fumar. Le llevé fuera, a un patio interno del hospital, donde al encenderse el cigarro me dijo: “¡Otra vez me has encontrado! Te lo dijo mama donde estaba, ¿verdad?”.

Le respondí: “Si, estaba muy preocupada, por eso me llamó”.

Trataba de hablar lo menos posible porque cuando estaba en estas condiciones, cada mínima contrariedad podía hacerlo enfurecer. Pero él siguió: “¿Qué intenciones tienes? ¿Por qué estamos aquí? ¡Vámonos a casa! ¿Qué hacemos, no querrás internarme aquí?”.

No sé qué entendía por “casa”, así que le respondí que sí, que íbamos a volver con Cipriano a Cartagena, pero que antes debía someterse a una visita médica para comprobar cómo estaba. No me dijo nada más, mejor porque cada palabra hubiera podido ser una provocación.

Finalmente llegó el médico, nos debíamos dar prisa, porque eran ya las seis de la tarde. Le expliqué todo al doctor con la ayuda de Cipriano, pues mi español dejaba mucho que desear. Tuvo que llamar a la clínica donde le trataban, para conocer bien su situación médica y para decidir con el especialista que le tenía en tratamiento, la dosis de tranquilizante suficiente para hacerle dormir todo el viaje de vuelta sin peligro de que fuera a despertar de forma prematura.

Llegó la enfermera con la inyección, se estaba repitiendo la escena del hospital de San Pablo, los policías fueron a agarrarle, él entendió y se alejó de ellos como para querer escapar, viniendo donde mi gritando: “¡No papa, no quiero esa inyección!! No la necesito. Créeme, estoy bien, ¡vámonos de aquí!”. ¡No!, no podía aguantar otra vez las mismas emociones vividas pocas semanas antes. Me alejé sin responder, él no intentó esta vez ni siquiera a insistir demasiado, pero se resistió con todas sus fuerzas. La sala donde estábamos esperando era grande y en un lado, en la puerta de la enfermería, estaba la enfermera con la jeringa en la mano. La dosis era fuerte, hubiera caído dormido enseguida, porque como la otra vez, hacía días que no dormía. Trató de escapar, lo agarraron. Otros enfermeros y otros pacientes se habían acercado para mirar. Fue una escena terrible, y yo no era capaz de encontrar la paz porque era yo el responsable. Quizás fue hasta peor que la otra vez. Los policías lo agarraron cada uno por un brazo teniéndolo quieto, habían sido advertidos que serían bien remunerados, y fueron muy eficientes.

Yo estaba desgarrado y me sobrevenían todo tipo de dudas. ¿Quién sabe si estaba haciendo lo mejor? En cualquier caso, justo o no que fuese, no me gustaba nada. Me estaba sintiendo mal, tenía náusea, hasta el punto de casi vomitar, no tenía siquiera la fuerza o el coraje de mirar. Me estaba alejando como un cobarde, aún no me lo he perdonado. Estaba perdiendo la fuerza y la seguridad que me habían acompañado todo este tiempo. Siempre había actuado con la convicción de que aunque fuera doloroso, era lo que había que hacer. Pero ahora, delante de otra escena de violencia a la que sometía a mi hijo, me sentía débil, la certeza me estaba abandonando y ya no estaba seguro de nada. Los policías en cambio, rápidos y determinados lo agarraron lo acompañaron a la enfermería y le pusieron la inyección a la fuerza. Cuando acabaron, me acerqué a él, que me miró enfadado un instante antes de caer en un profundo sueño.

Fue todo rápido, horrible y dramático. De todo corazón, no deseo a nadie encontrarse en la situación en la que me encontraba yo. Ni siquiera había tenido una palabra de comprensión entre nosotros. Esta vez le había sometido violentamente, sin siquiera intentar hacerle entender que lo hacía por amor, por su bien.

El carro de Cipriano tenía solamente dos puestos adelante, así que pasé todo el viaje abrazado a Giorgio, que dormía con la cabeza y su mejilla apoyada en la mía. Para mí esto siempre había sido una felicidad, ahora especialmente que sentía una gran culpa por todo lo que había pasado en el hospital. Lo tenía abrazado, le acariciaba la cabeza y la cara, con la dulzura que no había podido expresarle cuando estaba despierto.

Así dormido, le veía como a mi niño, cuando a él le gustaba dormir conmigo y a mí me parecía la mejor manera de hacerme perdonar por no vivir con él como todos los padres. Ahora dormía en este coche, su cabeza apoyada en la mía, como para comunicarme una vez más, toda la necesidad que tenía de mi ahora que había crecido.

En las inmediaciones de Cartagena, empezó a dar alguna señal de despertarse. Cipriano y yo nos miramos asustados, imaginando qué podía pasar si se despertaba antes de llegar. Estábamos aterrorizados porque podía estallar en cólera y tratar de saltar del coche. Con toda la fuerza que sacaba en esas situaciones, no lo hubiéramos podido bloquear. Nos quedamos inmóviles, en silencio; y me di cuenta de que Cipriano aceleraba sabiamente, para llegar cuanto antes. Poco después de la media noche llegamos a la clínica.

Se despertó, pero aún estaba atontado, le acompañamos a la habitación y con cuidado le acostamos en la cama. Giorgio siguió durmiendo. Abracé a Cipriano para agradecerle su ayuda, todo el día había sido muy amable y disponible como siempre, juntos suspiramos de alivio. Estábamos muy cansados, pero también satisfechos. Yo alimentaba la esperanza de que lo sucedido fuese un incidente habitual del proceso, como lo llaman los terapeutas en la comunidad.

De cualquier modo, me quedaba cada vez más claro que el problema de Giorgio no era simple de resolver, que durante muchos meses y quién sabe si años, debía dedicarle todo mi tiempo, debía usar todo mi empeño, todas mis capacidades, mis fuerzas y recursos. Estaba preparado y contento de hacerlo, aceptaba este hecho como un reto, pero con mucho amor.

En aquel momento, hubiera sido importante ver los resultados para cargarme y para justificar lo que estaba haciendo, incluido lo que no me gustaba.

Retomamos un ritmo regular de terapia.

Algún tiempo después, Cipriano le hizo una broma diciéndole: “Deberías agradecer a tu padre que te sigue por toda Colombia para evitar que te suceda lo peor”.

Giorgio me miró con dulzura, sin hablar y yo le dije: “No quiero agradecimientos, estoy haciendo mi deber, lo hago con amor y estoy contento de hacerlo; ¡eso quiere decir que cuando sea viejo tu será el bastón de mi vejez!” Y él con una cara graciosa me dijo: “¡Ah! Ahora entiendo por qué estás haciendo todo esto, ¡te estás haciendo el seguro para la vejez!”.

Así que volvimos a hablar y una tarde me atreví a proponerle un acuerdo, una especie de tregua. Le dije: “Giorgio, para mí no es fácil hacer lo que estoy haciendo, quiero estar contigo y tu sabes que no te dejaré jamás. Pero me gustaría estar contigo de una forma diferente, con alegría, afrontar el problema que tienes con un poco más de colaboración por parte tuya, sin llegar a los extremos de una parte o de la otra como ha ocurrido hasta ahora. Yo que quizás soy demasiado rígido y tú que

continuas a escapar". Como me estaba escuchando curioso, atento y también interesado, continué: "Me gustaría discutir el problema que tienes, estudiando juntos el camino justo para salir de este lío en el que te encuentras. La primera cosa que debes hacer es reconocer que tienes un problema, empezando a colaborar con la convicción y la voluntad de hacer todo lo necesario para curarte. La segunda es la de reconocer que aún no tienes la fuerza suficiente para hacerlo solo y que necesitas aceptar la ayuda de alguien, sobretodo la mía pues te quiero y estoy aquí por esto. Por mi parte, prometo comprometerme en ser menos agresivo, más comprensivo y en escuchar tus ideas, para entender también tus exigencias, ¿qué te parece?".

Se quedó callado, me miró con una cara que ya conocía muy bien, la de los momentos de máxima comprensión entre nosotros, respiraba alegría por cada poro.

No estaba contento por lo que yo había dicho, sino por el tono en el que las había dicho, porque eran las que plasmaban sin lugar a dudas, el amor que sentía por él.

Probablemente lo que más le había hecho sufrir en los últimos años era pensar que yo había dejado de quererlo, que le hubiese descuidado voluntariamente, mejor dicho que le hubiese abandonado a propósito, en fin que no le amase lo suficiente.

Desde que llegué para estar con él, se daba cuenta de lo que yo hacía, pero pensaba que el motivo fuese el sentido del deber. Tal vez pensaba también que lo hiciese sin ganas, enfadado por no poder dedicarme a mis cosas libremente y no poder pensar en mi vida como había hecho siempre. Pero seguramente lo peor para él, era la idea de que había perdido completamente el cariño que sentía por él y que ya no le amase.

Quizás Giorgio había siempre pensado que para mi fuesen más importantes el trabajo, las amistades y compañeras del momento, pero ahora se daba cuenta cuanto sufría y cuanto me preocupaba por él, y también observaba mi felicidad cuando mejoraba, y con cuánta facilidad había dejado tras de mí todos mis intereses en Roma y sobretodo pudo comprender mi profundo amor por él.

Pocos meses antes de que partiera de Roma, habíamos tenido una buena bronca.

Aún yo no había descubierto qué era la coca de verdad, ni lo peligrosa que podía llegar a ser. Pensaba que fuese un pequeño costoso vicio y me enfadaba porque no quería dejarla, sin entender que no podía, ni dejarla, ni controlarse. Me acuerdo de que estábamos comiendo en una pizzería y le estaba preguntando qué intenciones tenía en cuanto a los estudios. Le dije que tenía intención de ayudarle para que iniciase a dedicarse en alguna cosa que le gustase y que no fuese la droga. Y cuando oyó aquella palabra, se enfadó, pensé que por miedo a que la gente pudiese escucharla, y la rabia se desencadenó. Comenzó a agitarse y empezamos a pelear fuertemente.

Fue luego diciendo a todos: "¡Sabes, mi padre se ha enfadado como nunca, tenias que haberlo visto, estaba como un loco! ¡Me gritaba delante de todos!".

En este gesto de proclamarlo a todos sus amigos, su madre, sus primos, había algo que me preocupaba. Me parecía apreciar algo de orgullo por su padre, como si la pelea fuese una especie de termómetro graduado, capaz de expresar la medida de un amor del que evidentemente, creía tener débiles pruebas.

Seguía contándolo: "¿Sabes qué ha hecho? Nos hemos montado en el coche y en vez de hacer la maniobra, ha empezado a chocar contra los dos coches que le habían cerrado, sin preocuparse de destrozarlas. ¡Ha roto hasta su coche! Después se ha puesto a correr como un loco por la Vía Gregorio VII mientras yo, con la puerta abierta quería bajarme, le gritaba ¿que estás loco? ¡Párate! ¿Papa, estás loco?, la gente escapaba de la calle y los otros coches se paraban, ¡no sé cómo no ha matado a alguno! Menos mal, que cuando ha debido frenar he conseguido tirarme del coche y escapar, ¿te das cuenta? ¡No, mi padre está completamente loco!".

Fueron su madre, su prima Daniela y sus amigos a decirme que Giorgio estaba exaltadísimo y asustado, pero entendieron también ellos que estaba contento y orgulloso de tener un padre que se preocupaba por él, tanto como para llegar a ese punto.

Aquí en Cartagena, las cosas eran diferentes y las palabras que milagrosamente había conseguido encontrar, lo convencieron definitivamente. Así, con una sonrisa y una expresión que se sabía irresistible, me dijo: "Entonces, papa ¿qué quieres? ¿Quieres un poco de tregua? ¿No puedes más conmigo, verdad? ¿Te estás haciendo viejo? Bien, acepto ¿quieres hacer enseguida algo por mí?".

Cuando estaba bien y contento, me pedía siempre alguna cosa, pero cuando estaba enfadado no quería nada de nadie, especialmente de mí.

Cuando, de las pocas veces que me llamaba, me decía: "Papa, ¿me haces un favor?" yo me sentía en el séptimo cielo.

A veces me costaba que aceptase dinero, me decía siempre que no; y si alguna vez tenía verdadera necesidad, cuando le daba dos billetes de cincuenta, me cogía uno sólo y me decía: "No, este me basta, te lo cojo porque lo necesito". Considerando, que los chicos de su edad que consumen droga, piden dinero a todos sin ser nunca suficiente, y si no lo consiguen son capaces de todo hasta de robar; era bonito saber que Giorgio no había debido fiarse a nadie, ni tampoco había tenido necesidad de robar. Esto es mérito sobretodo de su madre, que yendo contra todos los principios y consejos de médicos y terapeutas y también contra los míos, nunca había permitido a su hijo de humillarse.

Ahora me estaba pidiendo algo, y yo me sentía feliz. Así se lo dije: "Yo hago lo que sea por ti. No hay ningún problema, basta que sea para tu bien, que sea una cosa razonable y que no sea droga".

"¿Qué te parece si salimos un día y buscamos una chica? Ya que estoy aquí prisionero y me he olvidado de cómo es una mujer".

Me sorprendió, nunca hubiera imaginado esta demanda de él, que siempre había tenido todas las chicas que quería. Eran más las que rechazaba que las que tenían la suerte de recibir una mínima atención de su parte.

Cuando tenía dieciséis años, mientras vivía conmigo, se había enamorado locamente de una chica que le había dado una terrible desilusión. Se había cerrado en casa durante tres días. Lo veía sufrir, estaba seguro que se trataba de un enamoramiento, de una desilusión amorosa, una especie de pasaje obligatorio para todos, lo cual no significa que no duela, sobre todo a esa edad. Una tarde le dije: "¿Por qué no me cuentas? verás que desahogándote, luego te sentirás mejor".

Estalló y sin más preámbulos, con la voz alterada me dijo: "Pero te das cuenta, esa puta me había dicho que antes, solamente había tenido un novio, al que yo conocía. Lo había aceptado; y después me enteró de que se había enrollado con media escuela. He quedado ridículo delante de todos mis amigos, y encima ella continua a negarlo, ¡puta mentirosa!". Yo sabía que por sus amigos no le importaba nada, lo más grave para él fue el hecho de que ella hubiera traicionado su amor. Ahora se había desahogado y se sentía mejor seguramente. Le conté que muchas veces yo también me había sentido desilusionado, pero que en la vida además de estas cosas feas, hay también bonitas, así que no nos debemos dejar condicionar demasiado por una desilusión. Hay que seguir adelante confiando en las personas aunque haya más de una desilusión, pues un buen día llegará la persona con la que siempre hemos soñado.

"Mira yo" le dije, "hasta ahora solamente he tenido desilusiones y aún sigo esperando, estoy seguro de que un día llegará la persona justa. Tú tienes la suerte de ser aún muy joven, de tener toda la vida por delante, ¿de qué te preocupas? Soy yo quien debería preocuparse más".

Se tranquilizó un poco, después le veía más sereno.

Salimos a cenar fuera y después fuimos al cine y hablamos como dos amigos.

No había sido la única experiencia negativa con el otro sexo. Estas desilusiones le llevaron a cambiar su actitud hacia las chicas. Se había vuelto cínico y duro, no mostraba hacia ellas ningún tipo de cariño y les trataba siempre mal, y como suele pasar, más se comportaba así y más se le ponían encima.

Fue por esto que me sorprendió su propuesta. Traté decirle que era imposible, no le estaba permitido salir: "¿cómo iba a conocer a una chica? ¿Cómo hubiera podido si siempre estaba acompañado de su padre o de alguien? Me parecía una cosa difícil, primero porque el doctor y Cipriano no lo hubieran permitido jamás, y después porque si hubieran aceptado, una vez encontrada ¿dónde le iba a llevar? Yo no le iba a dejar solo ni un momento, y en la clínica era seguramente imposible por el reglamento.

Pero al final acepte echarle una mano. Me acordaba que en el bar en donde había estado con Carlo los primeros días, había visto muchas chicas que me habían parecido mas, abiertas y también

bonitas. Seguramente eran chicas disponibles, no prostitutas que están en la calle, como las que se ven en Italia.

Salimos una noche, pero antes le leí la cartilla: "Mira, no falles, porque hemos hecho un pacto que debes mantener. Es la última oportunidad que te doy".

Me habían aconsejado que no tocara ni siquiera el alcohol, porque sería fatal para él.

Conoció una chica bonita, bien vestida que estaba allí en el bar para entretener a la clientela, nos habló un momento, se pusieron de acuerdo y al día siguiente vino a la clínica con la excusa de que era una amiga que venía a hacerle una visita.

No pusieron ninguna objeción, así que pasó un poco de tiempo con ella. En cierto modo se hicieron amigos, se veía claramente de que ella ya estaba loca por él.

Alguna vez salimos todos juntos a cenar, Cipriano y los demás amigos de la clínica.

Otra vez, creo que fue la última que se vieron, fuimos a una isla a hacer un picnic en la playa; la muchacha, Giorgio, yo y Gabriel que era un chico diplomado enfermero que entonces lo cuidaba. Giorgio y él se habían hecho amigos, cuando supo que para llegar a la clínica debía coger dos autobuses, haciendo tanto sacrificio con la esperanza de encontrar gracias a esta experiencia, un trabajo en un futuro, le nació así decir: "Papa, ¿podemos regalar una moto a Gabriel? Porque sabes que cada día debe coger dos autobuses para venir y dos para regresar a casa".

Estas salidas no eran nuevas en Giorgio, pero esta vez Gabriel se sintió muy embarazado y me sacó del atolladero respondiéndole: "No, gracias Giorgio, eres muy amable y aprecio mucho tu detalle, pero no te preocupes, no me hace falta la moto, con el autobús vengo perfectamente".

Fue un periodo divertido, pasábamos los días entre la clínica y casa, entre baños en la piscina, paseos y carreras en la playa bajo casa y cuando no salíamos a cenar, venía algún amigo a casa como en los viejos tiempos, parecía todo demasiado bonito.

Habíamos encontrado la confianza y la estima recíproca, y tratábamos de mantener el pacto que habíamos hecho. Aún sabiendo los riesgos que corría, estaba convencido de que ésta era la manera justa de afrontar el problema, me parecía que lo confirmase mi optimismo y el mejoramiento que Giorgio había experimentado, parecía que había reconquistado la alegría de vivir.

Saboreábamos lo que nos ofrecía el estar juntos, solos, lejos de casa, en un lugar precioso, como si estuviésemos de vacaciones.

Eran semanas...solamente días...y quién sabe solo instantes...pero nos gustaban.

Me di cuenta enseguida que solo se trataba de momentos o de destellos fugaces de luz...

Quien conoce la terrible tragedia que es la droga, se da cuenta que nunca puedes dejar de sorprenderse, porque todo, absolutamente todo, puede suceder en un momento y dar un vuelco a la vida, una..., y otra... y otra vez más.

Una... otra... y otra vez más

La bestia que está dentro de estos chicos, alimentada por la droga, se puede despertar cuando menos te lo esperas. Es una bestia que pisotea los sentimientos, no respeta el amor, ni la confianza dada, ni el compromiso hacia un acuerdo tomado y mantenido como sagrado hasta aquel momento. Pensando que habíamos superado la parte más difícil del camino que debíamos seguir, me relajé y; como sucede a veces, me agarré una terrible gripe con fiebre altísima.

Sudaba muchísimo, un poco por la fiebre y un poco por la temperatura externa que en aquellos días había llegado a treintatres grados, con un índice altísimo de humedad. Era extraño para mí, encontrarme en este clima en noviembre.

Estaba verdaderamente mal. Giorgio estaba en la cama, cerca de mí, me parecía atento, me hizo tomar una aspirina.

Había encendido la televisión y se había puesto a ver una película a mi lado. Me dormí unos minutos. Cuando abrí los ojos, ya no estaba.

La televisión seguía encendida, pero mientras tanto había empezado otro programa. Lo llamé, pero no me respondió, así que me levanté para buscarlo, pero no lo encontré ni en la cocina, ni en la sala, ni en el baño. Quién sabe por qué, la primera cosa que hice instintivamente, fue ir a mirar en el armario para ver dónde había puesto mis pantalones para controlar si estaba mi cartera. ¡No estaba! No me acuerdo con precisión mi reacción, solo sé que comencé a gritar como un loco y que salí corriendo a la calle sin preocuparme ni de cerrar la puerta, ni mucho menos de vestirme. Estaba descalzo, con los calzoncillos y una camiseta empapada de sudor. Me lancé por las escaleras saltándolas de cuatro en cuatro, gritando “¡¡Giorgio!!”.

El portero me dijo que lo había visto salir hacía pocos minutos y que se había alejado en dirección a la carretera principal. Me puse a correr por la calle como un loco, pienso que por eso imaginó la gente que me veía correr de aquella manera.

Sin dejar de gritar su nombre, llegué a la carretera principal, por donde normalmente pasan los medios de transporte, que estaba a unos trescientos metros de casa, y cogí un taxi al vuelo. El conductor estaba un poco perplejo y creo que también asustado y preocupado por el hecho de que sin ropa, no entendía dónde podía llevar el dinero para pagar.

Me preguntó a dónde quería ir y le dije que donde quisiera pero hacia el centro de la ciudad. No sé cuánto me había entendido inicialmente, pero con alguna palabra en español, alguna en italiano y sobre todo con los gestos, con los que nosotros los italianos somos maestros de la comunicación, conseguí hacerle entender que mi hijo se había escapado y que debía buscarlo. Me llevó a algún lugar donde vendían la coca, pero el problema era que en Colombia, la cocaína se vendía un poco por todos los sitios, así que terminamos dando vueltas.

Seguía sudando y tenía aún fiebre alta, pero no sentía nada, solamente una gran desesperación. En mi cartera, además de las tarjetas de crédito, tenía al menos trescientos mil pesos y casi doscientos cincuenta dólares; más o menos unos ochocientos mil pesos. Considerando que la coca era vendida a casi cinco mil pesos el gramo, y que con su habilidad, Giorgio había conseguido sin dinero ni documentación hacer cuatrocientos kilómetros y vivir unos días sin problemas en un hotel fumando coca; era lógico pensar que teniendo ahora toda esta plata no lo iba a encontrar nunca.

Todo lo que había pasado hasta ahora no era nada, respecto a la gravedad de aquel momento, pero lo que más me dolía, era la forma en la que se había escapado, aprovechándose del momento en el que estaba durmiendo, enfermo con fiebre, traicionando la confianza que le había dado. ¡No, no era el!

Desde que había empezado a usar la droga de forma exagerada, Giorgio se comportaba como si su camino le hubiese dado respuesta a las grandes cuestiones de la vida. Como si a través de sus cuelgues pudiese ver la verdad, aunque a costa de su propia vida. Cuando tenía la ocasión de leer alguna de sus reflexiones, veía su insistente búsqueda de la verdad. Pero el verdadero cambio se había producido con la muerte de la abuela y el abuelo, en pocos meses.

La verdad es que le unía a sus abuelos una relación particular. Con ellos había vivido desde que nació y con ellos había crecido entre tantos cuidados y amor.

El abuelo había sido su compañero de juegos y Giorgio que era tan exuberante lo hacía volverse loco. Pasaba todo el día a caballo en su espalda mientras él, de rodillas con las manos en el suelo, trotaba por toda la casa, arriba y abajo, durante horas. Después se metían debajo de la mesa del comedor, que cubrían con un gran mantel, imaginando que fuese su cocina particular y metían cazuelas de verdad, jugando a cocinar. Cuando la abuela le ponía en el inodoro para hacer la popo, el abuelo se ponía a su lado y esperaba contándole muchas historias. A menudo le contaba las aventuras de “Goha”, un personaje árabe un poco estúpido. A Giorgio le gustaba tanto, se moría de las risas, podía estar escuchándolo horas y horas. Al final de cada historia le preguntaba “¿Y luego? ¿Y después?”.

El abuelo comenzaba siempre otra historia, pero cuando le acompañaba al lado del inodoro y no podía más por el olor, a la enésima pregunta “¿Y luego?” él le respondía: “Y luego se murió”.

Cuando el abuelo murió, Giorgio se hundió en una depresión, porque su muerte llegó pocos meses después de la muerte de la abuela. Hasta que ella estuvo viva, Giorgio luchaba para dejar la droga, el estímulo era ella y, era por ella por quien hubiera tenido la fuerza de curarse, lo hubiera conseguido para no hacerla sufrir.

Pero una vez que ella ya no estaba, se había abandonado, parecía que buscase morir también, como si la vida para él, ya no tuviese sentido, sin el amor que ahora le faltaba no le interesaba nada más. Su Nené, como lo llamaba, era su casa, su vida, su presencia tranquilizadora, la estabilidad que ni yo, ni Annabella le hubiéramos sabido dar.

Ella estaba ahí; había decidido al nacer que estaría siempre allí presente en su vida con todo su amor, olvidándose de sus propias necesidades y así fue hasta que tuvo vida.

Giorgio sabía perfectamente que en cualquier momento que hubiese necesitado algo, hubiera podido contar con ella como con ningún otro, y así fue.

Era una presencia constante, afectivamente muy importante; aquella que cada persona desea y espera encontrar desde que nace.

Así que ha cumplido su deber hasta el último respiro. Con el amor en su corazón por Giorgio, sin quejarse nunca, sin pedir nada para sí, se fue silenciosamente de este mundo.

Ella quería solamente que Giorgio estuviese bien y que fuese feliz, se lo pedía a Dios en todas sus oraciones. Para ella solamente pedía la oportunidad de poderlo amar como estaba haciéndolo, y de ser útil y de apoyo todas las veces que lo necesitara. Podía parecer un amor egoísta, como había pensado yo al principio, pero he tenido la oportunidad con el tiempo de comprender que lo amaba de forma total.

Se había enamorado de él desde el primer día y ese amor a primera vista, había crecido con el tiempo poco a poco mientras él crecía y ella descubría la persona maravillosa que era su nieto Giorgio.

Ha vivido los últimos veinte años de su vida con él y, reconocido por ella, habían sido los años más bonitos porque Giorgio le había llenado de afecto su corazón como nada ni nadie lo había quizás hecho en toda su vida.

Decía siempre que no se había sentido nunca amada verdaderamente de nadie, ni siquiera de su familia, y que sólo Giorgio había conseguido lograr el objetivo por el que vale la pena vivir, y la felicidad que cada persona desea encontrar.

Me acuerdo de que un par de días antes de su muerte, yo había ido a visitarle. Antes de que saliese, me paró para decirme: "Estoy muy preocupada por Giorgio, se que tu lo quieres mucho y si me ocurriese algo a mí, se que será el único que podrá pensar en él". Me lo dijo con un cierto temblor en la voz, con un cariño y una preocupación tan grandes como para conmoverme profundamente. Después añadió: "¿Qué hará Giorgio si yo no estoy?" y me abrazó llorando.

Sabía lo que Giorgio estaba pasando y creo que hasta el último respiro haya tenido esta única angustia.

Dos días después de esta conversación, se fue de este mundo dejándome en el corazón el recuerdo de una persona maravillosa que ha formado parte de mi vida y que ahora forma parte de mí. Se fue en silencio y sin sufrir mientras todos dormíamos y sin que nos diésemos cuenta. Ella era siempre la primera en levantarse, rezaba al alba todos los días, arreglaba la casa, preparaba el desayuno y cuando era la hora de levantarse cantaba una canción a Giorgio, lo hacía en voz baja porque su despertar debía de ser dulce como dulce debía ser también el inicio del día, era un hábito que tenía desde que era él pequeño, no había dejado de hacerlo ni siquiera cuando había venido a vivir conmigo. Se levantaba pronto, cogía dos autobuses y una hora antes de que se debiese levantar para ir al colegio, estaba allí, bajo el balcón de mi casa, justo bajo su habitación para cantarle la canción, después se iba en silencio sin llamar siquiera a casa, por miedo a molestar. Así se despertaba Giorgio también las mañanas que estaba conmigo, y pensar que no me lo había dicho nunca, lo he sabido aquí en Cartagena por Giorgio, un día que hablábamos de ella, había tenido guardado en su corazón este secreto todo el tiempo, como hacemos cuando tenemos una cosa preciosa que guardar. Yo pagaría por descubrir, cuántos maravillosos tesoros se han quedado guardados secretamente en su corazón.

Esta costumbre de despertar a Giorgio así, la había mantenido hasta el último día de su vida, pero aquella mañana, Giorgio se despertó sin la voz de su Nené que le cantaba, se empezó a preocupar, tuvo un mal presentimiento. Corrió a su habitación y la vio como si estuviese aún durmiendo, tenía la cara serena, pero estaba muerta. Había tenido la muerte de los justos, aquellos que han vivido

con la paz del espíritu y en el amor, no había sufrido. Ella misma decía que había vivido todos estos años felices, gracias a Giorgio que le había llenado la vida y le había hecho conocer la felicidad, así que ahora había llegado su momento, lo había aceptado con serenidad. Es bonito pensar que nuestra vida tenga un sentido, un objetivo, y si fuese solamente por éste, creo que para Giorgio hubiera valido la pena nacer y vivir.

Curioso el hecho de que mi hermano Luciano me haya pedido el hacerme cargo de su hija Daniela, e igual había hecho Nene con Giorgio, estaban aparentemente bien pero me pidieron hacerme cargo de ellos como si supieran ya que entre pocos días no estarían más en este mundo.

La fiebre y la ansiedad me habían traído a la luz estos recuerdos, me sentía triste, abatido y pensaba, dando vueltas por la ciudad, que yo, sólo no era capaz de salvar a mi hijo.

Como Dios quiera, me resigné y le pedí al conductor que me llevase a casa.

Me fui a mi habitación con mis últimas fuerzas, me metí en la cama y me dormí.

Es increíble cómo cada vez que me he resignado a la voluntad de Dios en la vida, puntualmente siempre me ha venido a socorrer.

Era casi media noche cuando oí llamar a golpes en la puerta, me asuste. No me imaginaba de verdad quien pudiese ser, increíble no lo podía creer:

¡Era Giorgio que había vuelto espontáneamente!

Bien o mal, los acontecimientos de aquel terrible periodo no dejaban nunca de sorprenderme; y mientras yo me había resignado, vencido de la debilidad, el Giorgio de verdad, aquel que era mi niño leal y generoso, estaba imponiéndose frente al mal. El remordimiento por lo que acababa de hacer había despertado su conciencia y el amor, aquella vez, venció a la droga.

No sé si mi comportamiento fue el adecuado, pero cuando me lo encontré delante, le salté al cuello y abrazándolo, le apretaba llorando como un niño. Creo que Giorgio no me haya visto nunca así, pero estaba demasiado débil para controlarme y le dije: “Giorgio, amor mío, ¡has vuelto! ¡Tú no sabes lo mal que he estado, cuánto he sufrido! ¡Y cuánto soy feliz ahora que has vuelto!”.

El estupor, el brusco despertar, no me habían dado tiempo a mirarle bien, para darme cuenta de sus condiciones.

Me dijo como respuesta: “Mira papa qué cosa tengo en la mano. ¿La ves? Esto es cocaína”. Tenía en la mano un saquito de plástico oscuro, era verdaderamente coca. “¡Ves esta mierda! Ahora que lo he entendido de verdad, ¿sabes qué hacemos? Bajamos y la tiramos al mar”. “Es una mierda y yo me he pasado todo el día sólo fumándola, me he sentido como una mierda, pensando en lo que te había hecho”.

Se me había pasado la somnolencia y me daba cuenta del estado de excitación en el que se encontraba. “¡Mira!” me decía, “te he traído hasta la cartera, mira, está todo. Solamente faltan cincuenta mil pesos que me han bastado para comprar cinco gramos y para pagar una habitación en el centro”.

Estaba muy contento porque había vuelto, pero me daba cuenta de que no estaba bien y que era necesario acompañarlo a la clínica, pero debía estar muy atento. Con mucha calma, tomé el control de la situación y mientras él hablaba, traté de quitarle el saquito de coca, le dije: “No hace falta ir al mar, tesoro mío, basta tirarla por el baño porque ése es el lugar adecuado para esta mierda”. Pero lo sujetaba fuerte, diciendo: “¡No!, lo debo hacer yo, es una cuestión de principios”. Pero no acababa de hacerlo, tergiversaba y ganaba tiempo hablando, esto me estaba preocupando mucho. Al final, aunque muy a su pesar, la tiró en el inodoro y me dijo: “¿Has visto lo que he hecho? ¿Ahora me crees? ¿Te has convencido de que se terminó?”.

Estaba aprendiendo una cosa nueva, por mucho que pueda parecer increíble, la coca que había tomado, le daba la impresión de tener la fuerza para parar.

En aquel momento de exaltación, había decidido dejarla, pero yo sabía que una vez que el efecto se hubiera desvanecido, su decisión habría perdido fuerza, ¡tendría necesidad de más coca para seguir convencido de dejar de tomarla! Un círculo vicioso sin fin, sin solución; una demostración terrorífica del poder diabólico que tiene esta droga.

Trataba de distraerlo y de seguirle el juego a la vez, pero se estaba poniendo muy raro, a cierto punto me dice: "Basta ya de estar aquí, ya no hace falta. Ahora que lo he dejado podemos volver a casa, a Roma ¿no?". "Bien" le dije, "nos lo tomamos con calma y luego vemos ¿está bien?".

"¡qué calma ni qué calma! ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué sentido tiene? ¡Nos vamos ya!".

Estaba empeorando por momentos, yo no sabía qué hacer, así que intenté decirle: "Bien, ahora descansamos un poco, ¿ves que estoy mal? Aún tengo fiebre alta, y además a esta hora ¿adónde quieres ir? ¡El aeropuerto está cerrado!".

Había sido leal, había regresado y seguramente sus propósitos eran sinceros, había estado aunque fuerte en querer librarse de aquella basura, apreciaba su esfuerzo pero ahora le comenzaba a faltar y estaba volviéndose peligroso. Debía mantenerlo calmado, pero él seguía con su idea: "¡Venga! Te tomas una aspirina y nos ponemos a charlar fuera del aeropuerto. Nos metemos en el primer avión que llegue, verás que luego se te pasa todo".

Estaba ya muy mal, y empeoraba conforme pasaba el tiempo, así que le dije para tranquilizarlo un poco: "OK, empieza a preparar tus cosas".

Fui a mi habitación con la excusa de prepararme mi maleta, y llamé a escondidas a Cipriano. Le pedí en pocas palabras que viniera enseguida con dos policías que nos esperaran bajo el portal. No perdió tiempo, lo entendió al vuelo.

En pocos minutos Giorgio estaba ya preparado con la bolsa en mano, y me repetía continuamente: "¿Estás listo? ¡Vamos!".

Yo trataba de hacer pasar el tiempo, metía dentro de la maleta mis cosas y luego fingía que había cambiado de idea, y las sacaba otra vez, esperando oír la señal de Cipriano. A cierto punto le dije: "Pero ¿qué prisa tienes? ¡Tenemos que ir al aeropuerto a esperar el primer avión que llegará mañana por la mañana! Hasta mañana no hay vuelos, así que es mejor tomárselo con calma ¿no?"

Pero, a medida que pasaba el tiempo, se ponía cada vez más nervioso, yo seguía perdiendo tiempo en el baño, hasta que finalmente escuché el claxon. Era la señal de que Cipriano estaba preparado. Empezamos a bajar, siempre puntual e impecable estaba dentro del condominio con los dos policías, como se lo había pedido y con el portero delante de la puerta cerrada. Vi la cara de Giorgio transformarse, no le costó nada entender. Tenía una expresión mixta entre estupor y desilusión, no se lo esperaba.

Desgraciadamente también en esta situación, tenía pocas alternativas, aunque si las escenas trágicas me costaban cada vez más y me daba la impresión de estar nadando en medio de un mar de dudas. Giorgio se limitó a decirme: "No papa, ¿Otra vez? No esta vez yo no voy a la clínica. ¡Si me quieres llevar a la fuerza yo armo un lío!" "¡quiero hablar con mama!".

Agarré al vuelo la posibilidad y le dije: "OK, vamos a la clínica y te prometo que llamamos a la mama, y si ella está de acuerdo nos vamos, ¿OK?".

Solamente me dijo: "¡Mira que me lo has prometido!".

"Sí" le respondí, "te lo he prometido".

Cuando llegamos a la clínica eran ya las dos de la noche y llamamos a Annabella. Giorgio estaba encerrado en una oficina y yo estaba en otra sala que comunicaba con una especie de ventana de cristal corrediza.

Hablé con su madre explicándole la situación. Le dije que él quería volver conmigo, pero que no era conveniente. Primero, porque no estaba nada bien, segundo porque debía partir solamente después de haber terminado el ciclo de tratamiento necesario para estar en grado de afrontar el viaje y para madurar la idea de entrar en una comunidad en Italia.

Le había expuesto clara y concisamente la situación, por lo que me cayó como una jarra de agua fría cuando ella me dijo con voz temblorosa pero decidida y determinada: "¡No! no quiero que siga mas allí. Estoy cansada de aquel sitio, no sirve para nada. ¡Si quiere venir, que se venga contigo!".

Giorgio que agitado en la otra habitación, había oído algo de lo que había dicho, se acercó a la ventanilla que estaba medio abierta y con un brinco la saltó y vino contra mi arrebatándome el teléfono de las manos, gritaba por el micrófono: "¡Mama, mama! ¡No puedo seguir aquí! No hacen más que darme pastillas que no me sirven para nada, sólo para atontarme, ¡quiero volver a casa!". Estaba actuando, era un tentativo de manipulación que con su mama siempre había tenido éxito.

Le cogí el teléfono y le dije: “¿Sabes qué pasa si vuelve a Roma? Sabes que allí no podemos hacer nada y si vuelve a Roma, ¡acaba matándose con esta mierda! ¿Lo sabes? ¿Qué te parece asumir esta responsabilidad?”.

Hubo un momento de silencio de una y de la otra parte del hilo. Creo que Annabella lloraba. Luego me dijo: “Si, OK. ¡Asumo yo la responsabilidad! ¡Tráelo a casa enseguida! ¿No le has oído? No quiere estar más allí. ¡Que venga contigo!”.

Colgué el teléfono con rabia, y me dirigí a Cipriano para decirle: “¡Ya basta! ¡No puedo más! ¡Nos vamos! No puedo luchar contra los dos, además estoy cansado, ¡estoy harto de todo esto!”.

Luego me volví hacia Giorgio y le dije: “¿Quieres volver a casa? Está bien, hacemos lo que tú quieras, ¡nos vamos!”.

No dijo nada, pero se sentía victorioso, estaba satisfecho.

No sabía cómo íbamos a hacer para partir con él en aquel estado, no sabía siquiera si era posible irnos así con tanta prisa. Había programado volver a Italia dos días después, porque necesitaba unos diez días para arreglar con calma tantas cosas... pero me había enfadado de verdad y cuando me ponía así, no conseguía razonar. Mi orgullo había recibido un buen golpe; ahora me parecía que todo el empeño que había puesto en la recuperación de Giorgio, había sido en vano.

La rabia me hacía olvidar las buenas cosas y en aquellas condiciones, me parecía que no me importase nada ni nadie.

Había dicho que partiríamos enseguida y así fue, no sólo porque lo había prometido, sino también porque así ponía fin a aquel calvario.

Hubiera sido fiel a mi propósito aún a costa de complicarme la vida, completamente consciente de estar cometiendo una estupidez.

Para explicar un poco mejor mi carácter puedo contar un episodio significativo que solía contar mi madre, para hacerme entender lo testarudo que podía llegar a ser. Tenía casi un año y lloraba en la silla de bebe pues tenía hambre. Eran tiempos difíciles, la vida no era fácil. Había mucha miseria y mucha hambre, para nosotros pequeños era difícil, pues alguna que otra vez nos faltaba qué comer. Pero mi madre con su fantasía había conseguido siempre que no nos faltara nada. En aquella ocasión, llegó contenta pero un poco tarde, con la comida en la mano y contenta la apoyó sobre la tabla de la silla de bebe. Cuando trató de darme una cucharada, no quise ni siquiera probarla. Sabía que estaba rica, pero en aquel caso mi decisión fue drástica y no me eché para atrás. Le di un golpe con la mano tirando todo el manjar al suelo y lo más increíble fue que dejé hasta de llorar. A pesar del hambre que tenía, no quise comer hasta que no se me pasó la rabia.

Pero no había terminado porque, mientras me pasaban por la cabeza la cantidad de problemas que debía afrontar, como un regalo de Dios, entró en la habitación el profesor Osorio. El personal le había avisado de la llegada de Giorgio y se había levantado inmediatamente, llegando justo en el momento en el que parecía que se habían tomado todas las decisiones. Fui a su encuentro pidiéndole excusas, eran las tres de la mañana y le conté lo que había ocurrido. Le conté también la decisión que habíamos tomado sobre nuestro regreso a Italia, le conté incluso que la decisión había sido tomada por Giorgio y su madre, terminé comunicándole que preparábamos enseguida nuestras cosas, para tomar el primer avión que nos llevase a Roma. Hablaba con la rabia y la frustración que me dominaban y, quién sabe, quizás esperaba aún que alguien viniese en mi ayuda. ¡Este fue justo el doctor Osorio!

Normalmente el doctor era una persona tranquila, comedida y muy equilibrada; pero en aquella circunstancia tuvo una reacción que nadie se esperaba. Con su cuerpo alto, robusto y sus brazos abiertos, se puso delante de Giorgio que trataba de salir y con una voz perentoria, que nunca le habíamos oído, dijo: “¡No, de aquí no sales!, ¡No me interesa lo que hayan decidido! No puedo permitir que te vayas en estas condiciones, me lo impide mi profesionalidad y sobre todo mi ética”. Y mientras Giorgio trataba de salir empujándole, el seguía delante de la puerta con los brazos abiertos diciendo: “Sin mi permiso no puedes salir, ahora te veo, y si es necesario le suministraré calmantes, pero de aquí en estas condiciones, no permitiré que salgas. Si quieres irte, lo podrás hacer, pero cuando yo lo decida”.

Pronunció estas palabras con una energía y una determinación tales que no nos dio modo de reaccionar ni a mí, ni a Giorgio.

¡Tenía razón! Partir en ese momento y en aquel estado, hubiera sido una estupidez, un error gravísimo, era extraño que yo, que hasta aquel momento había hecho de todo para evitarlo, me hubiera rendido así tan fácilmente.

Nos calmamos todos. La atmósfera de la sala hasta aquel momento había sido bien tensa y yo me sentía abatido, pero ahora estaba mejor y conseguí dirigirme con calma a Giorgio.

“El doctor tiene razón, ahora no es el momento de partir. Déjame esta noche y mañana para preparar un poco las cosas, tú descansas, ahora te visita el doctor y te da algo para dormir. Mañana con calma, o pasado mañana partimos ¿te parece?”.

Cipriano que había asistido todo el tiempo educadamente a la escena sin decir nada, se volvió a él para decirle: “Yo no he dicho nada, pero efectivamente, no estás como para salir así”.

Giorgio se dirigió a mí: “Pero papa, habías dicho que te parecía bien, se los has dichos también a mama”.

“Si, es cierto, pero el doctor me ha hecho razonar. No puedes afrontar un viaje así. Si quieres partir tienes que pegarte una buena dormida, y volver a tomar las pastillitas que te ayudarán a estar mejor durante el viaje y que deberás seguir tomando seguramente en Roma. Te he prometido que nos vamos, y nos iremos”.

Confiaba en mis promesas, siempre las había mantenido. Quizás con mucha suerte, pero siempre las había cumplido.

Recordé un episodio increíble. Giorgio tenía diez años, estábamos convenciendo a Patrizia para ir a esquiar. A ella no le gustaba mucho la montaña y no quería venir. Al final, como a ella le gustaban tanto los animales, me dijo dulcemente: “Si voy, ¿me mostrarás un cervatillo?” y yo le dije: “Claro que si, te lo mostraré.” Ella como una niña caprichosa: “¿Me enseñarás también una ardilla? ¿Es cierto que hay cervatillos y ardillas en la montaña?”. Giorgio también amaba los animales, escuchaba con su cara habitual y la boca abierta con cierto interés. Sinceramente, yo nunca había conseguido verlos. Sabía que había, pero no me imaginaba que íbamos a tener la suerte de encontrarlos, pero sin sobresaltos le contesté: “Si que hay, te prometo que te los enseñaré”. “Si me prometes que me los enseñas, voy”.

Sin pensarlo más, le dije: “Si, te lo prometo”. Así dos semanas más tarde, llegando a S. Moritz, me preguntaba cómo iba a mantener mi promesa. Instintivamente, a unos metros antes de llegar al pueblo, giré por un camino a la derecha que era en cuesta. Me preguntaron adónde nos dirigíamos. Probablemente solamente yo me acordaba de la promesa, pero no les respondí. Llegamos a varias curvas en la carretera y luego me paré en el alto de la cuesta en donde había una especie de plaza natural. Bajé y les dije: “Vengan, Vamos a dar unos pasos para alargar las piernas”. Me tomaron por loco, pero me siguieron. Hicimos pocos pasos y de repente vimos una pareja de ciervos... el primero en maravillarse fui yo. Giorgio y Patrizia se volvieron locos, trataban de acercarse, pero escaparon. La cosa más increíble es que después de unos instantes, mientras volvíamos al coche, pasó por delante de nosotros a pocos metros una ardilla. La vimos subir a un árbol. ¡Se había cumplido la promesa! Con mucha suerte, también aquella vez lo conseguí.

Había mantenido la palabra dada.

Pero esta vez me encontraba verdaderamente en dificultad.

El día siguiente, pero aún más los siguientes, Giorgio estaba mejor, estaba tranquilo esperando partir.

Conforme pasaba el tiempo, me daba cuenta de que llevarle a Roma iba a ser un error gravísimo. Si le sucediese alguna cosa no me lo hubiera perdonado nunca, y me estaba convenciendo de que no era el momento de rendirse. Estaba bien donde estaba, y para él era la única manera de salir sano, era la única vía transitable que veía para Giorgio. Pero le había hecho una promesa precisa y no sabía cómo salir del atolladero. Hice lo único que se me ocurrió... no aparecí, o sea me comporté como un cobarde. Pasó otro día y él preguntaba por mí continuamente, también Annabella me llamaba.

Una enfermera me dijo que Giorgio se quejaba porque yo le había prometido que íbamos a irnos y no me veía el pelo.

Así que decidí afrontar el problema. Entré a su habitación y sin preámbulos le dije: “¡Escúchame bien! Sé que te he hecho una promesa, pero cuando te la hice estaba muy enfadado. La hice en un momento en el que me había cansado, no quería saber más ni de ti, ni de tu madre, ni de toda esta historia. No me preocupaba ni de ti, ni de tu problema. Pero este momento, por suerte ha durado poco y la rabia se me ha pasado. He reflexionado pensando en ti y en tu bien, y he decidido que lo mejor es que te quedes aquí. Es verdad que he faltado a mi palabra, perdóname por esto, pero quiero que sepas que ha sido para mí muy difícil tomar esta decisión, así como un acto de amor. Hubiera sido mucho más fácil para mí, tirar todo por la borda sin preocuparme por lo que pudiera suceder. No sé si eres capaz de entenderlo enseguida, quizás necesitarás un poco de tiempo, pero estoy seguro que después me entenderás”.

No me respondió. Le había hablado sinceramente, a corazón abierto: y creo que me entendió.

Mi retorno a Roma y la vuelta a Cartagena con Annabella

Así que me fui dejándole sólo. Yo no estaba, pero contaba con la presencia asidua y competente de Yenny, Cipriano, del doctor Osorio y de toda la plantilla de la clínica.

Me encomendé de todas las maneras, para que en aquellos diez días no ocurriese nada. Sabía que cuando las personas se sienten más responsables, son también más atentas. Gracias a Dios, aquellos días pasaron sin graves inconvenientes, a parte del primer día, como era previsible. Estaba muy agitado y descargó toda su rabia, destruyendo media habitación, tiró la cortina y arrojó todo al suelo. Una vez pasada la crisis, Yenny le habló dulcemente, como solía hacer. Le dijo que ella tenía la responsabilidad de cuidarle, y le rogó que se tranquilizase, que diez días pasaran veloces y que yo volviera enseguida con su madre. Yenny tenía siempre una manera dulce de decir las cosas, Giorgio sentía que ella le quería y aquellos días también él comenzó a quererle. Yenny me contó que habían pegado a la puerta una hoja con diez casillas y cada mañana tachaban una. Era una manera de calmarlo, de hacerlo entender que diez días, en el fondo pasaban veloces. Este juego a Giorgio le había gustado, se le iluminaba la cara y se le escapaba una sonrisa cada vez que cancelaba una casilla. Había pasado otro día y le ayudaba a eliminar un poco de angustia.

Yenny se había inventado una especie de escuela de danza en su habitación. Todos los días, después de comer, Indira; que era una enfermera muy linda, mulata, cara bonita y un bonito cuerpo, con el cabello que le caía en rubios tirabuzones por la espalda; Giorgio y ella, ponían la música y bailaban bailes locales. Durante un par de horas bailaban sin parar la champeta y el merengue; sudando tanto, pero haciéndose también un montón de risas y divirtiéndose mucho. Así fue cómo Giorgio aprendió a bailar tan bien. Nunca entendimos si entre Giorgio e Indira hubiese nacido el amor, porque muchas veces en aquel periodo ella hizo el turno de noche. Yenny se había dado cuenta de que durante el día se hacían cariños.

Mientras tanto yo estaba atendiendo mis asuntos en Roma, aproveché para visitar alguna comunidad, quería recoger información, incluso algún consejo de algunos terapeutas. Un día, Annabella y yo, fuimos a hablar con una señora del C.e.i.s. de Roma, especialista en coloquios con padres.

Hablamos durante horas, nos contó su historia. Su hijo era toxico dependiente y ella y su marido, para hacerlo dejar habían intentado todo. No tenían experiencia, así que también ellos cometieron infinidad de errores. En fin, aconsejados por un terapeuta, tomaron la decisión de echarle de casa hasta que no aceptase ir a una comunidad terapéutica. El chico permaneció fuera de casa casi cinco meses, hasta que un día llamó pidiendo ayuda.

Su madre le respondió: “Hijo mío, finalmente papa y yo hemos conquistado nuestra tranquilidad, y no queremos perderla más. Así que si quieres vienes a casa enseguida; pero sólo a preparar la

maleta para ir a la comunidad. Te aceptamos solamente con esta condición, si no, puedes seguir dónde estás”.

Annabella y yo nos intercambiamos una mirada veloz y desconcertada. La historia no nos gustó, ni ella ni yo éramos capaces de hacer lo mismo.

Ella siguió contándonos que su hijo al final aceptó, entró en la comunidad donde se quedó más de seis meses; de donde salió rehabilitado hasta tal punto, que actualmente trabajaba con su madre en el centro de acogida y estaba de maravilla. Pero tampoco esto nos convenció.

Otro día fuimos a una verdadera comunidad, en un lugar precioso cerca del mar, muy acogedora. Visitamos las habitaciones, los campos deportivos y las salas de reunión, era como una pequeña ciudad. Pero una cosa me dejó perplejo, no tenía ningún tipo de cerca o de sistema de seguridad que pudiese impedir escapar a quien estaba dentro. Habitado como estaba yo a correr de tras de Giorgio cada vez que escapaba, la cosa me pareció un poco extraña. Hablamos con el director que nos explicó el asunto. Antes de poder ser aceptado, nuestro hijo hubiera debido pasar una serie de entrevistas que se hubieran llevado a cabo dos días a la semana, demostrar durante todo este tiempo de estar convencido de querer dejarla, manifestar la voluntad de seguir las reglas de la comunidad y sobretodo estar limpio, que en su jerga significaba no drogarse desde algunos meses. Estaba prohibida cualquier tipo de violencia entre los muchachos. Podían salir en cualquier momento que, la opción era suya, esto explicaba por qué estaba todo abierto. Era suya la decisión de entrar y la de permanecer, éstas eran las condiciones. Preferían no aceptar los muchachos que no estuviesen plenamente convencidos, porque contra su voluntad hubiera sido inútil y su presencia comprometería el trabajo que se hacía a los demás.

Me pareció todo muy bien, pero era así demasiado fácil y demasiado sencillo, porque se acababa curando solamente a quien había decidido curarse. Le explicamos nuestro caso resumiendo también la historia que estábamos viviendo en Cartagena.

Durante todo el tiempo que hablé, él me miraba sonriendo, como para decirme que era un loco y que así nunca hubiera podido funcionar; que no se debe nunca obligar a un muchacho a hacer lo que no quiere, y mucho menos usar la violencia.

Nos dijo que la única cosa que un padre puede y debe hacer es la de echarle fuera de casa, esperando que las incomodidades, el sufrimiento, el hambre y el frío hagan su trabajo. En su jerga se dice “comer mierda”.

Estaba convencido de que todo lo que decía era incensurable, pero él no sabía que la madre nunca hubiera permitido todo esto. Ella lo hubiera seguido hasta el fin del mundo para darle todo lo que necesitaba, y esta era lo que habitualmente hace una madre que ama a su hijo; y quizás honestamente, ni siquiera yo era capaz de abandonarle en la calle de aquella manera. Además Giorgio era un caso particular, era muy orgulloso y muy hábil en valérselas por si solo; una vez fuera de casa no hubiera vuelto jamás aceptando condiciones y no la hubiera dejado sólo porque no tenía fuerza suficiente. Él lo sabía y también los terapeutas que le habían conocido, habían notado que tenía un nivel de compulsividad fuera de lo normal, que le impedía controlarse.

Saliendo de este centro tuve con Annabella la enésima discusión.

El objeto era siempre el mismo, ella decía que yo no debía usar la violencia con él, yo respondía que no veía otra manera de ayudarlo y le acusaba a ella de darle siempre dinero, sin hacer nada para impedirle que se matase con sus propias manos.

Era una vieja historia que no terminaba nunca. Un punto sobre el cual nunca estuvimos de acuerdo. Nos estábamos ayudando mucho, en el fondo nos queríamos. Le decía siempre que la unión entre un hombre y una mujer solamente es verdadera cuando tienen un hijo. Es el hijo quien crea familia, puedes separarte pero nunca podrás desconectarte del todo.

Después me dijo que quería ir a Cartagena por Giorgio, porque no se fiaba ni de mí, ni de las personas que lo estaban cuidando en la clínica. Me subió la sangre a la cabeza y comencé a gritar. Estaba sentado en el coche al lado de Carlo que conducía, le dije a gritos que ella ni se imaginaba siquiera qué hubiera sucedido, si Giorgio hubiese vuelto a Italia en donde yo no hubiera podido hacer nada por él. Le dije una serie de cosas violentas: “Si te lo llevas y le sucede algo yo te mato”, “¿Cómo piensas ayudarlo trayéndole aquí? ¿No has oído lo que han dicho en la comunidad? ¡Les

dejan libres! ¿Cómo pretendes salvar a nuestro hijo si tú no tienes la fuerza para dejarle pudrirse en la calle, si sigues dándole dinero para comprarse droga, y si el sólo no es capaz de dejarla?”.

Me encontraba girado hacia ella, en el asiento delantero gritando como un loco. Aquel tiempo que había pasado en Colombia, no había sido nada fácil. Había sufrido tanto, me había angustiado con el montón de problemas que tenía, así que no merecía aquellas estúpidas e injustificadas críticas, acusaciones superficiales hacia mí, y también hacia todos los que con tanto amor y profesionalidad me habían ayudado.

Estaba muy asustada por mi reacción, cuando me ponía así ella siempre se aterrorizaba, nos quedamos en silencio los tres durante un buen rato. Carlo se paró para echar gasolina y aproveché para bajar y tomar un café con él. Annabella no quiso bajar, a pesar de la insistencia de Carlo. Tenía la boca apretada, ni siquiera respondió. Después se me pasó la rabia y me imaginé lo difícil que había sido también para ella que estaba lejos, quizás hasta más. Vivir toda esta historia con las fugas, la angustia, la esperanza, las desilusiones... me arrepentí de haberle agredido de aquella manera y volví al bar para comprar una caja de chokolatinas para hacer las paces.

Pero cuando abrí la puerta del coche, ella saltó hacia atrás de miedo a que le agrediese. Le enseñé la caja de chokolatinas, me senté a su lado y le abracé. Así abrazados, le dije: “¡Perdóname! Estamos los dos estresados, estamos atravesando un periodo muy difícil, por el bien de Giorgio, debemos seguir unidos y ponernos de acuerdo, ¿Sabes que te quiero?”.

Ella me dijo en voz baja: “¡Lo sé! Yo también te quiero”.

Así que a pesar de las discusiones, acepté que viniese conmigo a Cartagena.

Un amigo mío, que era una persona con muy buen criterio, después de conocer la decisión de Annabella de seguirme a Cartagena, me dijo: “Conozco muy bien a Annabella, es una buena persona y la quiero; pero es mejor que esté lejos de tu hijo en este momento, lo ama demasiado es negativa para él, inconscientemente le hace daño. ¡Llévatelo un año o dos a un lugar lejos de todos, sin decir a nadie adónde vas, y verás que con tu determinación y tu amor lo salvarás!”.

Era una opinión como tantas otras, pero me venía dado con el corazón. Otros no pensaban así. Me hubiera gustado que hubiese leyes que me impusieran las cosas que debía hacer, en vez de precipitarme a tomar una decisión en medio de opiniones tan diferentes. En el fondo no quería y no podía responsabilizarme de hacer todo sin contar con el punto de vista de su madre, que es la persona más importante de la vida de un hijo. ¿Cómo podía ir en contra, separándoles a la fuerza, cuando ni siquiera yo estaba convencido de qué era verdaderamente adecuado hacer?

Partimos separados, ella llegó un día antes, mientras yo que hacía escala en Miami perdí el vuelo y llegué un día después.

Cuando llamé a Giorgio, ¡me dijo que mi retraso le olía raro! Durante aquellos días se había acercado mucho a Yenny, le dijo que me controlase más porque era un pícaro y que habría investigado para saber dónde me había metido.

No era verdad, pero era lo que mucha gente pensaba de mí. En realidad, era una manera de decirme que quería mucho a Yenny y que no quería que le hiciese sufrir, cosa que yo no tenía ninguna intención.

Cuando ella me lo contó entendí de su expresión, lo contenta y satisfecha que estaba de saber que Giorgio, limpia y claramente, se preocupaba tanto de ella. Pero quien conoce a Yenny, sabe que es una chica buena y muy sensible, que suscita inevitablemente a quien la conoce, un fuerte instinto de protección. Instinto que ella consiguió despertar también en Giorgio.

Así que llegué a Cartagena a la mañana del día siguiente.

Me vino a buscar Cipriano, mientras Giorgio y Annabella me esperaban sentados en el aeropuerto. Cuando Giorgio me vio, se giró lentamente y me dedicó una sonrisa brillante que transmitía toda la alegría que tenía. Pero sus movimientos eran dificultosos, se movía como si estuviese bloqueado, ésta es una imagen tan viva en mi mente, que cada vez que la evoco me duele.

Tuvo dificultad hasta para levantarse y para venir hacia mí, me abrazó levantando los brazos con fatiga.

Cambiamos los abrazos con calor, pero estaba registrando todo, me asusté mucho aún tratando de que no me lo notase.

Cuando me encontré con su bonita cara enfrente, me di cuenta de que una parte estaba paralizada, es cuando me preguntó: “¿Cómo va papa?” Entendí entonces lo mal que estaba, porque no conseguía ni articular correctamente las palabras.

Apenas me fue posible, interrogué a Cipriano preguntándole que había pasado, porqué tenía tanta dificultad para moverse. Me explicó que apenas llegó Annabella había suspendido todo su tratamiento farmacológico.

Lo había hecho como primer acto de fuerza, como primera decisión, discutiendo animadamente con el médico. Él en vano había desesperadamente tratado de explicar que los psicofármacos que Giorgio tomaba solamente podían suspenderse gradualmente. Esfuerzo en vano. Ella quería eliminarlos inmediatamente y para siempre. ¡Había llegado! Desde ese momento, sentía la necesidad de hacer lo que ella consideraba justo y útil para su hijo, después de haber permanecido tanto tiempo lejos, pasiva.

Pero Giorgio estaba empeorando velozmente.

Empezó a tener dolores por todo el cuerpo, y a cierto punto, a temblar con violencia. Llamé al doctor Osorio para pedirle ayuda como había siempre hecho. El me explicó que lo que le estaba pasando era consecuencia previsible, asociada a la interrupción improvisada del suministro de los fármacos. No obstante, vino enseguida a la clínica.

Giorgio estaba tumbado en la cama temblando, se sujetaba una pierna con la mano por las sacudidas de los temblores. Estábamos todos en su habitación muy asustados. Yenny estaba allí en la cama con Giorgio tumbado sobre sus piernas, acariciándole la cabeza.

Nada más al verle, el doctor Osorio dijo algo a la enfermera que llegó enseguida a la habitación con una jeringa en la mano.

Annabella la parò diciéndole: “¡No! ¿Qué le estás dando?”.

Le dijeron que no eran psicofármacos y le rogaron que se tranquilizase. Giorgio que escuchaba había entendido que era un antiespasmódico.

Estaba tan mal que no conseguía ni siquiera hablar, así que para hacernos entender que estaba de acuerdo, se bajó los pantalones señalándose con la mano el glúteo derecho.

Después miró a la enfermera pidiéndole que no perdiera tiempo en ponerle la inyección.

Yenny después de la inyección continuó acariciándole casi acunándole, hasta que se durmió.

Annabella fue conquistada enseguida de la ternura con la que Yenny trataba a Giorgio, y desde aquel momento Annabella le tendió su cariño y amistad, que duran aún.

Una vez pasado el susto, conseguimos hasta sonreír por la comicidad de la escena, Giorgio con los pantalones abajo indicando dónde ponerle la inyección.

Cuando pudimos, dada su condición, nos fuimos a casa.

Cipriano y su mujer vinieron a vivir con nosotros. Para Giorgio significaba poder seguir su terapia junto con mama y papa, bajo la guía de Cipriano que se había convertido en su gran amigo.

Pasamos así un periodo verdaderamente fantástico, entre espaguetadas, chistes, juegos, deporte y paseos, todo en medio de una gran alegría. Una vez, estábamos Giorgio y yo sentados en la parte de atrás de la camioneta después de una excursión, el gritaba a la gente que pasaba: “¿Te das cuenta? ¡No estoy tomando ni drogas, ni medicinas y me siento de maravilla, mejor que al principio!”

Una familia reconstruida por la terapia

Parecíamos una familia de verdad en Cartagena, descubrimos el gusto de estar juntos que siempre habíamos evitado, un poco por inconsciencia, un poco por inmadurez, un poco por egoísmo. El hecho era que parecía que estábamos de vacaciones, los tres, lejos de nuestro pueblo, de nuestras casas, de nuestros hábitos, de nuestras obligaciones, sin ninguna distracción. Las condiciones

ideales para seguir estas terapias de grupo con la máxima atención y concentración, recuerdo Julio y Alfredo dos muy buenos terapeutas de quienes quiero vivir trataban a Giorgio con mucha pasión y atención y que lo querían mucho. Veía que a Giorgio le sentaba bien, le gustaba cuando hablábamos y cuando contábamos tantas cosas que no sabía; es una terapia que ayuda mucho en una época en la que la comunicación auténtica es bastante rara, especialmente en familia. He estado en cenas con familias en las que cada miembro vive su personal soledad de frente a los demás, sin esforzarse nunca en comprenderles. Pensar que una vez las familias consideraban la hora de la comida y la cena como el momento más importante del día, para poderse reunir y juntos agradecer al Señor los alimentos, para poder dialogar y comentar las novedades de lo cotidiano. Pero hoy se vive todo con una presurosa indiferencia.

Nosotros, a través de estas terapias, conseguimos dialogar tanto y nos gustaba. Una vez que debíamos confesar lo que más nos pesaba del otro, cuando me tocó a mí tuve que decir lo que más me pesaba de Giorgio. Dije que era un poco cerrado, que se quedaba con todo dentro y raramente conseguía tener una conversación con él. Dije que estaba también un poco mimado y que no se aplicaba mucho en lo que hacía, pero también conté que estaba fascinado por su fuerte personalidad que impactaba a quien le conocía. Cuando él estaba, se convertía en el centro de atención sin hacer ningún esfuerzo, sin hacer nada especial. Le dije que le estimaba tanto y que apreciaba sus sentimientos, en cierta manera es como si él me pusiese en embarazo, le dije que era consciente de su fascinante personalidad, de su lealtad, y de la generosidad de su ánimo, confesé que muchas veces cuando le hablaba me sentía tan torpe que no conseguía llegar a explicarme bien. En fin, le dije también que estaba profundamente orgulloso de él y de ser su padre.

Me acuerdo que me miraba con los ojos abiertos porque nunca me había oído hablar así y sabía que cuando yo hablaba así, nunca mentía. Lo que le había dicho era la pura verdad.

Otras veces escribíamos en una hoja todos los defectos y virtudes que nos veíamos entre nosotros y cada vez que leía la tarjeta de Annabella, confirmaba todo el resentimiento que me guardaba, ¡era increíble! Un sentimiento tan fuerte después de tantos años. Esto no era bueno ni para mí, ni para ella, ni por supuesto para Giorgio que al final era siempre quien más sufría.

Así que intenté tratar de cambiar un poco las cosas entre nosotros. Para que esto pudiese suceder, necesitaba por mi parte muchísima humildad, porque por parte de Annabella, el resentimiento parecía haber crecido con los años, hasta llegar a parecerse mucho al odio.

Una tarde, al final de una reunión con el psicólogo, nos dijo: "Bien. Ahora que se han dicho lo que piensan el uno del otro, prueben a perdonarse". Ella al instante respondió: "¡No! ¡Es superior a mí, no puedo, aún no puedo!".

Había tantas razones que podían haber causado esto, quizás las primeras discusiones, la separación y luego el divorcio, pero creo que la principal causa fuese la convicción de que descuidaba a Giorgio para satisfacer mi propio egoísmo. Era verdad en parte, si pienso que muchas veces el egoísmo me había servido para vencer momentos de tristeza, de duda, de incertidumbre, de inseguridad, de soledad... El egoísmo es la máscara de la debilidad, que se esconde por orgullo.

Hubiese sido mejor, llenar los vacíos pasando más tiempo con mi hijo, hacia quien sentía tanto amor. Pero esto es otro error que he cometido y que he entendido más tarde y lo llevaré conmigo como remordimiento todo el resto de mi vida.

Otro día descubrí, durante una confesión de Annabella, una cosa que no había imaginado en treinta años. Supe que Annabella sufría desde hacía años de bulimia, desde antes de conocernos, cuando no se conocía ni siquiera que fuese una enfermedad. Me acordé todas las veces que me asustaba verle comer, era capaz de devorarse diez cruasanes o diez postres en poco tiempo, y cuando después vomitaba todo me parecía normal. También yo hubiera vomitado si me los hubiera comido todos. Creía que era una golosa, una amante de los dulces; nunca hubiera pensado que fuese una enfermedad, y para más... hereditaria. Luego recordé cuando la abuela, se llevó a Giorgio nada más al nacer, entendí que el suyo no era un gesto egoísta, era una manera de protegerle sabiendo que su hija estando enferma, no era capaz de ocuparse de él. ¡Cuántas cosas estaba descubriendo!

Cuando contaba los episodios de mi vida, los juegos y travesuras que hacía de pequeño, la complicidad que tenía con mi hermano Riccardo y con mi madre, Giorgio me comía con los ojos.

Supimos un montón de cosas nuevas que de otra manera nunca hubiéramos sabido.

Estábamos bien, estas charlas nos hacían bien, nos reconciliaban el uno con el otro, todo parecía ir por el buen camino.

Pero no siempre todo puede ir bien y nos ocurrió una cosa verdaderamente desagradable.

No sabemos qué le pasó a Cipriano que siempre se había comportado bien, con comprensión, sabiduría y profesionalidad, y que sobretodo había demostrado sentir un gran cariño por mi y por Giorgio.

Un día, mientras estábamos tranquilamente en la terraza sentados en el suelo, de un simple intercambio de bromas entre Giorgio y Cipriano nació una discusión. Giorgio había conocido una chica guapísima en el supermercado Vivero mientras hacíamos la compra. Habían tenido el tiempo de cambiarse el teléfono y se llamaron. Se llamaba Yamile, era una belleza típica colombiana, los ojos oscuros, el pelo largo, liso y negro, su piel clara, una cara preciosa con una boca carnosa y un cuerpo perfecto. Estábamos hablando de ella cuando Cipriano, que estaba de pie delante de Giorgio, quién sabe por qué, comenzó a criticar primero el comportamiento mío y de Annabella por la excesiva permisividad y luego salió diciéndole: “Pero tú, en el estado en el que te encuentras ¿piensas poder permitirte estar con una mujer? ¿Crees de verdad que puedes tener una historia normal? ¿Sabes que antes de poder pensar en esto debes pasar al menos un año de trabajo duro? ¡Si basta! ¿Sabes que en el estado en el que te encuentras corres el riesgo de que las mujeres te dejen y esto puede hacerte caer de nuevo en la droga?”.

Si que había algo de cierto en lo que decía, pero hay miles de formas de decirlo, sin herir ni a Giorgio, ni a nosotros; que por sus palabras, éramos padres infantiles mimados y prepotentes.

Quizás también él había sufrido tanto para salir de la droga, para limpiarse y su camino no había estado acompañado por un padre y una madre que aceptaban, toleraban y sobretodo, pagaban. Quizás el resentimiento que brotaba de su furia tenía raíces en el dolor sufrido, en el cansancio que durante muchos años y que quizás aún duraba, por mantenerse limpio y honesto.

Había sido una escena muy fea, una salida de tono.

Nosotros le habíamos escuchado en silencio, Giorgio permaneció tranquilo, estaba sentado en el suelo cerca de su madre, mientras yo estaba sentado en una silla. Con mucha calma y fuerte por la presencia de su madre, Giorgio le respondió: “¡Eso lo dices tú, habla por ti, por tu experiencia! A mí nunca me han dejado, he sido siempre yo que he decidido de no seguir más con una mujer. ¿Así que no veo dónde está el problema? ¿Crees que me quedará mucho tiempo a seguir esta terapia contigo, no serás tú en cambio quien tiene un problema?”. Cuanto más tranquilo estaba Giorgio, Cipriano más se enfadaba, lo que confirmaba en parte al menos, lo que pensábamos.

La discusión duró un buen rato en ese tono, Cipriano no quedó nada bien. Recuerdo con mucha honestidad, que mientras Giorgio hablaba dando lecciones de estilo con las palabras, Annabella se regodeaba y no obstante yo tratase de hacerle señas para que no cargase más a Giorgio contra Cipriano, no hubo nada que hacer.

Obviamente Cipriano se fue.

Estaba muy apenado porque sabía lo determinante que había sido su ayuda en los momentos más difíciles y lo leal que había sido siempre conmigo, como un hermano. Le insistí para que no se fuera pero él me contestó que con Annabella todo su trabajo era completamente inútil.

Con Cipriano se fue otro pedacito de nuestra esperanza de recuperación. Para combatir la dependencia de Giorgio a la cocaína, yo había construido un recinto hecho de cuidados en torno a él sostenido por personas expertas y competentes como Osorio y Cipriano; que ella había redimensionado sin ni siquiera conocer las consecuencias de sus decisiones.

Desgraciadamente, ambos fueron alejados de mala forma cuando hubiera sido más honesto y sobretodo más útil, respetarles por su profesionalidad y su dedicación demostrada mil veces.

Cuando el hilo se rompe

El recinto protector hecho de empeño, de deberes y duro trabajo que durante aquel periodo Giorgio había aceptado, se estaba desmoronando velozmente, casi estaba a punto de derrumbarse.

Annabella tenía un carácter impermeable a las sugerencias y buenas intenciones de los demás. Evidentemente todas las reuniones que habíamos hecho no habían servido para nada, porque cuando siempre que podía llevarme la contraria se sentía inconscientemente contenta. Quizás solamente para saborear esa pequeña satisfacción, le complacía en casi todo. No se daba cuenta del daño que le hacía a Giorgio, y que si yo decía que no, no era una cosa personal.

Por ejemplo, un día Giorgio se tomó una cerveza y cuando traté de impedirselo, fui agredido por Annabella que me dijo: "Se trata solamente de una cerveza ¿qué vida es la suya si no puede beber siquiera una cerveza? Todo el mundo de vez en cuando se bebe una cerveza. ¡No entiendo por qué le puede hacer mal, ni cómo puedes impedirselo!".

Intenté explicarle con paciencia que también la cerveza era alcohólica, alcanzándole el cerebro podía ser fatal. Había aprendido que la droga es compulsiva, progresiva e irreversible. Así que si Giorgio, siendo toxico dependiente, hubiese tomado una mínima cantidad de una sustancia psicoactiva como lo son todas las bebidas alcohólicas; hubiera desencadenado inevitablemente este proceso y en poco tiempo, sin que nadie se diese cuenta, se hubiera encontrado en las mismas condiciones en las que le había encontrado cuando llegué a Cartagena.

Pero no me escuchaba. Me había quedado sólo con mis ideas, me sentía desmoralizado, sin embargo continuaba colaborando en las decisiones. No me enfadaba más, esperaba sólo de equivocarme, pero dentro de mí sabía que estos comportamientos irresponsables no traían nada bueno.

Ahora Giorgio era novio de ésta guapa chica que era dulce y cariñosa con él, sabía lo que le pasaba y le había aceptado así. Ella era de Pereira, una ciudad al centro de Colombia, sus padres vivían allí. Había venido una semana de vacaciones a Cartagena y ahora se había quedado a vivir con nosotros. Debíamos dejar libre la casa en dónde vivíamos el dieciocho de diciembre, según el acuerdo tomado con el propietario, así que nos pusimos a buscar otra. En aquel momento de alta estación era prácticamente imposible encontrarla, visitamos casas improponibles a precios desorbitados, querían recuperar en pocos días todo lo que habían gastado a lo largo del año. Pocos días antes habíamos visto un pequeño apartamento en el piso dieciséis de un edificio nada especial, no me gustaba pero no había nada mejor. Estaba casi tentado a buscar un hotel, pero tampoco había puesto. Así que decidimos dejar un anticipo para aquella casa. El día antes al traslado, llegó la muchacha de la agencia que había hecho la gestión, a devolvernos el anticipo porque la persona que lo ocupaba había decidido quedarse.

El día después dieciocho de diciembre hubiéramos debido salir al mediodía, yo no había pegado ojo durante toda la noche. No sé quien escuchó mis oraciones nocturnas, pero fue que hacia las nueve de la mañana, me despertó Annabella entusiasmada gritando: "¡Prepárate arriba! ¡He encontrado la casa más bonita de Cartagena! Nos está esperando el propietario para darnos las llaves. ¡Date prisa que se debe ir!". Durante la búsqueda algún día antes, habíamos visto una casa de cuatro apartamentos a la orilla del mar, con un portoncito privado para llegar a la playa. Habíamos pasado por allí casualmente y me acerqué al portero para saber si se alquilaba algún apartamento, pero con una buena sonrisa me respondió que no.

Desde fuera se entendía que era una casa preciosa, sobre el mar, verdaderamente era una de las más bonitas de Cartagena. Justo la mañana que debíamos desalojar, Annabella y Giorgio se habían despertado temprano para buscar una casa. Habían pasado por allí y el portero que los reconoció, los llamó para decirles que quizás había un apartamento libre, que el propietario debía regresar enseguida a Bogotá y que le gustaría conocernos. Fuimos inmediatamente. El apartamento era el más bonito de los cuatro y desde la terraza había una vista maravillosa en el mar.

Nos pusimos de acuerdo enseguida con el propietario, solamente teníamos que llevarle el dinero y transferirnos.

Si estoy contento de vivir aquí en Cartagena lo debo a esta bonita casa también que me gusta mucho. El propietario se convirtió en nuestro amigo; no viene casi nunca, me quiere mucho fiándome su casa como si fuese su hermano.

La tengo como si fuese mía, siempre perfecta. El y su mujer están contentos cuando vivo en ella y preocupados cuando vuelvo a Roma.

Así, por un golpe de suerte, por azar o por un plan que nosotros no conocíamos, fuimos a vivir a aquella bonita casa.

Sin que pudiésemos ni siquiera reflexionar, en contra del parecer de muchos, Giorgio y Yamile se habían hecho novios y vivían en esta casa con papa y mama. Annabella había pensado asignarle hasta una paga diaria para sus pequeños gastos, para que no se sintiese humillado.

Según Giorgio, solamente faltaba una cosa: un cachorrito.

No fue necesario irlo a buscar, porque encontraron uno pequeño abandonado por la calle. Era un cachorro bastardo desnutrido y enfermizo de apenas un mes, blanco con manchas negras por todo el cuerpo, quizás algún cruce con un dálmata. Giorgio amaba a los animales, especialmente a los perros. Siempre decía que ellos no te traicionan jamás, él tenía necesidad de esto.

Todas las veces que cuidaba un perro, parecía que se transformase. Era como si de repente se diese cuenta de que estando el animal bajo su directa responsabilidad, tenía el placer de sentirse útil e indispensable para alguien. Esto le hacía sentirse muy bien.

Cuando conocí a Patricia, Giorgio tenía seis años. Ella tenía ya un perro que se llamaba Tommy, que acabó convirtiéndose en su perro también. Durante el invierno, Giorgio y yo habíamos pensado darle una sorpresa a Patrizia. Quería tanto a su perro, que me pareció bonito buscarle una compañera.

La buscamos por todas partes, no era fácil porque era de una preciada y extraña raza. La encontramos en una perrera cerca de Treviso, en el norte de Italia, no muy lejos de Cortina; así que aprovechamos para pasar algún día en la nieve. Partimos juntos Giorgio y yo, y a la vuelta nos paramos en la perrera con la que ya había contactado telefónicamente. Era idéntica a Tommy, solamente necesitaba un buen baño. La vuelta a Roma, fue terrible porque no podíamos respirar del tufo en el coche, me acuerdo de que nos reímos tanto porque teníamos que abrir continuamente la ventanilla para que entrara un poco de aire y se llevara el mal olor, pero cerrarlo enseguida por el frío. Llegamos finalmente a casa, después de siete horas de viaje, eran casi las seis de la tarde. Queríamos darle una sorpresa, pero al final decidimos hacerle también una broma. Así que organizamos todo para que cuando llegara, la encontrara limpia y peinada como Tommy.

Hicimos un trabajo perfecto, parecía una fotocopia, no se distinguía quién era Tommy y quién Charly. Cuando Patrizia llegó, habíamos escondido en una habitación a Tommy y dejado libre por la casa a Charly. Entró, nos saludó y miró un momento al perro y nos dijo: "¡Qué extraño! ¿Qué le pasa a Tommy que no me saluda? Es la primera vez que lo hace". Ella se acercaba, pero el perro al no conocerla, se alejaba. Ella cada vez más preocupada le llamaba: "¡Tommy, Tommy, ven aquí! ¿Qué te pasa? No, el perro no está bien, le tengo que llevar al veterinario, nunca se ha portado así. ¡Tommy! ¿Por qué te alejas?".

No se había dado cuenta de nada. Pasaron algunos minutos y ella se preocupaba cada vez más. Al final, Giorgio hizo entrar a Tommy que le hizo tantas fiestas. Aun no se había dado cuenta de que había dos perros iguales. Cuando se dio cuenta, se puso a gritar tanto que asustó al perro. Todo terminó entre risas y alegría. Como en todos los momentos felices, el alegre evento continuó con un acontecimiento durante el verano. En Portorotondo nacieron ocho cachorritos, Giorgio estaba feliz de estar con nosotros siguiendo el evento de cerca como un padre, mientras salían los cachorritos de la barriga, gritaba: "¡Papa! ¡Otro, ya son cuatro! ¡No otro, no, seis..." en fin "papa, son ocho!". Estaba emocionadísimo, como Patrizia que no cabía en sí, pero uno murió aunque nos desviviéramos tanto.

Ahora en Cartagena, había recogiendo este cachorrillo abandonado que no estaba bien, así que él y Yamile visitaron muchos veterinarios de Cartagena, para llegar a entender lo que le pasaba al animal.

Le habían recetado unas medicinas y Giorgio se las daba, le hacía tomar jarabe y pastillas, le tenía al calor y cuando dormía, lo tenía cerquita de sí.

Pero cada día estaba más nervioso y agotado, yo me temía por las repercusiones psicológicas ante la eventual muerte del cachorro. Un dolor intenso, en aquel momento podía resultarle fatal. Después de varios días, el cachorrito, a pesar de las curas y el amor de Giorgio, murió.

Lo que me temía aconteció, Giorgio comenzó nuevamente a drogarse y su consumo aumentaba cada día más y más. A este punto ya era capaz de reconocer las señales. Lo hacía a escondidas con maniobras complicadas, no obstante gozase de una discreta libertad.

Como Cipriano ya no estaba, alojábamos en casa a otro terapeuta que se llamaba Ariel, también ex toxicodipendente que después de treinta años drogándose, lo había dejado a través de la fe. El decía que Dios le había salvado, y que desde entonces no había tenido ni una recaída. Giorgio le había conocido en una reunión del grupo “narcóticos anónimos”. Era una buena persona pero sin ninguna practica en terapia, era un buen compañero, no le dejaba sólo nunca y trataba de sensibilizarle en los valores religiosos. Solo que Giorgio lo manipulaba como quería, era capaz de hacer de todo en sus narices sin que se diera cuenta de nada. También Yamile era muy ingenua y tampoco ella veía nada.

Estaba volviendo inexorablemente a sus andadas de forma progresiva, como siempre había temido en mis pesadillas. Esta vez estaba mucho más cuidadoso porque no quería ser descubierto. Pero un día explotó.

Tuvo una terrible crisis, empezó a tratar muy mal a Yamile. Sin ningún motivo la echó de casa chillando. Yo me preguntaba qué porquería se había metido, porque no lo había visto nunca así de agresivo. Acompañé a Yamile al aeropuerto, la pobrecita lloraba desesperada jurándome que no le había hecho nada. Embarqué a Yamile en el primer avión que salía para que volviera a casa de sus padres. Le prometí que le llamaría para que volviese cuando estuviese mejor, pero en cambio, aquella fue la última vez que la vi.

Poco después volvió a tener otra crisis terrible durante la que descargó su violencia hacia su madre, sacando viejísimos rencores.

Una vez pasada la crisis agresiva, él no recordaba nada de lo que había dicho o hecho, tanto que una vez me preguntó: “¿dónde está Yamile?”. Recuerdo el estupor grabado en su cara cuando le conté lo que había pasado. Entonces me explicó que había fumado una droga extraña llamada “bazuco”. Una mezcla de restos de lo que queda de la limpieza de la coca y de otras drogas, mezclada. En Colombia la usa mucha gente, sobre todo los pobres enganchados porque cuesta poco, pero produce verdaderos trastornos y agresividad.

Giorgio se había abandonado tanto y nadie le paraba ya. No tenía necesidad de escapar porque su madre le hacía de escudo, él sabía que ella siempre estaba de su parte y que me impedía tomar cualquier iniciativa.

Los días pasaban y el empeoramiento de su condición era cada vez más evidente. Una tarde hablé con Annabella para decirle que debíamos llevarlo a la clínica. No me respondió, salió a la terraza y se puso a orar de rodillas.

Aunque nos estuviésemos empeñando tanto, Giorgio estaba muy mal así que decidí dentro de mí volverlo a llevar a la clínica. No iba a ser fácil porque debía de organizar una salida con la ayuda de al menos otras cuatro personas. La noche en la que tomé la decisión, era casi medianoche, llamé al portero pidiéndole también de recurrir a alguno de los vigilantes de las casas de al lado y rogándole que llamase a un taxi que viniese a esperarnos dentro del aparcamiento de la casa.

Pero me fue mal.

Giorgio se dio cuenta de que estaba organizando alguna cosa, porque salió inmediatamente detrás del portero y se fue a la playa delante de casa. No muy lejos había un grupo de chicos que alrededor de un fuego se habían puesto a cantar y tocar. El se paró justo delante de ellos como para escuchar. Cuando llegué con los dos vigilantes y el portero, le agarré por los hombros pero ninguno de ellos me ayudó, ninguno osaba a intervenir. Estaban como bloqueados. Yo suplicaba, teniéndole siempre por los hombros: “¡Vamos a la clínica por un momento, tomas un tranquilizante y luego volvemos!”. A cierto punto, levanté la voz, pero los otros seguían encandilados, inmóviles, incapaces de entender que hubiera querido una especie de acción de fuerza conjunta que me consintiese meterlo, quisiera o no, dentro del taxi.

En un momento, Giorgio escapó de mí y se tiró al mar vestido. Seguíamos hablándonos yo desde la playa y él desde entro del mar con el agua que le llegaba a la cintura. Mientras tanto se estaban acercando una multitud de gente curiosa para mirar este grotesco espectáculo. Después de haberle convencido a duras penas de volver a casa; mientras insistía en no volver a la clínica; vi que el taxi estaba cerca de la entrada del portal, pensé que en el momento que pasásemos cerca, abrir la puerta del coche y empujarlo dentro. Pedí ayuda a Héctor, lo único que conseguimos fue acabar los tres abrazados en pie, apoyados en el coche unos segundos. A cada intento de meterlo dentro, Giorgio respondía con fuerza. Este baile extraño acabó por hacernos caer a los tres siempre abrazados dentro del portal. En un espacio estrecho por el suelo, los tres hechos un lío que ninguno conseguía moverse. Estaba con mi cara pegada a la de mi hijo, seguía estrujándole e inevitablemente arrastraba también al portero en este abrazo desesperado.

Me pareció encontrarme en medio de una escena cómica que casi me provocó la risa, pero encontrándome con la boca en la oreja de Giorgio le susurré: “¿Hacemos una tregua? ¿Vamos a casa y hablamos? ¿Quizás también con la mama?”. Cuando me dijo un lacónico “¡OK!”, traté de desenredar nuestros cuerpos enredados y agradeciendo la ayuda a todos, regresamos arriba.

Annabella rezaba desde la terraza. Seguro que ella desde allí arriba había seguido toda la escena; debíamos haber armado un buen jaleo con mis gritos. Ella estaría en vilo, asustada al pensar que me lo llevaba. Su oración ahora seguramente era de agradecimiento porque se lo había devuelto.

Giorgio se tumbo en la hamaca y yo en una tumbona a su lado, como para decirle: “Mira que te controlo”.

Pero después de algún minuto, destrozado por el cansancio, me dormí.

Eran como las tres de la madrugada. Cuando me desperté al alba, aún estábamos allí. El se había quedado despierto en la hamaca y yo dormido en la tumbona a su lado.

Lo primero que me dijo fue: “¡Menos mal que me debías controlar! ¡Has dormido toda la noche, hasta has roncado! ¿Sabes cuántas veces me hubiera podido escapar si hubiese querido?”.

Sonaba como a reproche, que no es lo más bonito que uno puede escuchar cuando se despierta. Me decía que no era capaz de estar atento a sus movimientos como necesitaba, me hacía ver que era tan responsable de haberse quedado que no necesitaba ir a la clínica y quizás también que debía terminar con mis escenitas nocturnas.

Creía que era todo eso, pero me hizo otro reproche bien feroz que era como el padre de todos los reproches que desde aquel día no he podido olvidar.

Me dijo: “¡Te estás empeñando tanto por hacerme dejarla! ¡Hace meses que estás detrás de mí y me sigues a donde vaya! ¿No podías haberlo pensado antes? ¡Debías haber hecho algo cuando tenía catorce años, cuando empecé con el primer cigarrillo! ¡Entonces debías impedírmelo la primera vez que me descubriste, quizás con un buen tortazo! Si lo hubieras hecho quizás no me encontraría así ahora”. Duras y claras palabras que reflejaban la realidad.

Había tenido toda la noche para pensarlas, había recorrido su historia pensándola bien, llegando a esta conclusión y dramáticamente tenía razón.

Porque es así que debería actuar un padre cuando descubre que su hijo se droga, es así como debería haber hecho yo y es así como aconsejo comportarse a todos los padres que vivan hoy esta experiencia. Cuando están al inicio, cuando tienen catorce años y es mucho más fácil intervenir, es más fácil hacerse obedecer.

El error más grave que he cometido, a la luz de mi experiencia, es el de pensar que era mejor ser un amigo más que un padre.

No se debe ser amigos de los propios hijos, porque ellos los amigos los encuentran cómo y cuando quieren; pero el padre es uno sólo y tiene el deber de guiarles, de corregirles y de castigarles si lo necesitan.

Nos pide hacerlo con amor, pero también con firmeza y si no se hace es que no se ama de verdad. Nos pide no dejar pasar nada, poniendo atención en las pequeñas cosas, sin rabia y contextualizándolas cuando ocurren.

No sirve de nada recriminarles de una cosa que ha pasado y los castigos deben ser acordes con su edad, comenzando a quitarles las pequeñas cosas que quieren, siendo más severos si no escuchan.

Deben sentir que estás vigilándoles constantemente y que estás presente cada vez que se confunden, deben sentir que también la madre está de acuerdo contigo para no consentir manipularles ni a uno ni a otro, actividad en la que son muy hábiles. Pero sobretodo, ambos padres deben dar un buen ejemplo que es la cosa más importante para una buena educación.

Todas las cosas que reconocía no haber hecho o haber hecho mal, eran una montaña sobre mis hombros y mi corazón.

Sea como sea la escena de aquella noche le había hecho bien, le había asustado un poco y haciéndole entender cómo en un momento se iban todos los progresos conseguidos con tanta fatiga.

Un nuevo pacto

Juntos establecimos las reglas. A cambio de la promesa de no volver a la clínica, antes que nada debía: seguir una hora de catequesis bíblica cada día como ya estábamos haciendo, hacer deporte y pasear todas las mañanas, y dos veces a la semana participar en las reuniones de “narcóticos anónimos” que era una organización mundial gemela a la de “alcohólicos anónimos”. Es una buena organización, las personas que la frecuentan son conscientes de necesitar ayuda y se lo proporcionan recíprocamente. Se habla, se desahoga y sobretodo se toma conciencia de la propia enfermedad. Participar es también un ejercicio de humildad al reconocer la propia dependencia. La reunión inicia con la presentación, durante la cual cada uno debe decir su nombre añadiendo “toxico dependiente”, especificando de cuál dependencia se trata. Luego, cada uno cuenta cómo empezó y expresan todo lo malo que tenían escondido, liberándose así de aquello que quizás por vergüenza, nunca habían contado.

La reunión se acaba expresando la satisfacción y alegría por haberse adueñado de la propia vida, por no ser más esclavos de la droga, recalando la idea de lo destructivo que es dejarse dominar por ella.

Durante la reunión se repite la fórmula “sólo por hoy”, de manera que el sacrificio de dejarla sea valorado solo a hoy, solo a un día; porque para quien es esclavo de este vicio, al pensar a largo plazo puede dejarse vencer por la angustia, por el miedo a no conseguirlo hasta el punto de llevarles a la depresión, que es el estado de ánimo más peligroso.

Con este sistema toman conciencia diariamente de sus propios límites y se ayudan a controlar el uso de la droga día a día.

Luego hay testimonios de los recién llegados, de los familiares y de huéspedes, he asistido también yo a muchas reuniones. Con el tiempo una persona se apasiona a los problemas de los demás y se forma una atmósfera muy colaborativa.

Los cursos se han experimentado en todo el mundo, solamente aquí en Cartagena hay más de cinco sedes de “narcóticos anónimos”, los cursos son eficaces y la valoración de todos los médicos y terapeutas es muy positiva.

Giorgio estaba comenzando un nuevo ciclo.

Con la ayuda de yenny estábamos siguiendo además un programa de lecturas y reflexiones sobre la Biblia, me parecía que para mí, para Annabella pero sobre todo para Giorgio era muy importante en estos momentos. Debimos empezar desde su niñez, por otra parte, cuántas veces la madre se preocupa porque su hijo coma, porque se vista bien, porque cuide su salud, porque haga deporte, que vaya a la escuela a aprender lo que le sirve para moverse por el mundo; pero no recuerdo de haber encontrado unos padres que se hubiesen preocupado de alimentar adecuadamente la vida espiritual de su hijo, que se preocupasen de guiarle a través del camino de la fe.

Tampoco yo lo había hecho y ahora trataba de recuperar el tiempo perdido, por lo que seguía con muchísimo interés el recorrido espiritual que había iniciado. Solíamos invitar a algunos pastores a casa, Giorgio escuchaba siempre con mucha atención y con mucho respeto. Las palabras que el

pastor pronunciaba tenían el poder de hacerme brotar del corazón un sentimiento de paz, de tranquilidad. Eran como aire limpio que entraba en nuestra casa, en nuestros pulmones y corazones, provocando una sensación general de bienestar.

Hasta Annabella estaba contenta de las reuniones. Siempre, antes de que el pastor se fuese, hacíamos una oración. Alguna vez he visto a Giorgio con los ojos cerrados que oraba inspirado. Otras veces íbamos a la iglesia.

Un domingo por la mañana en el culto me llamo mucho la atención algo que dijo el pastor: “El dinero es importante y no podemos vivir sin él, puedes comprar la comida más exquisita del mundo pero no el apetito, con el dinero puedes comprar las mejores camas y los mejores colchones pero no el sueño, con el dinero puedes pagar los mejores hospitales con los mejores médicos y comprar los mejores medicamentos pero no la salud, con el dinero puedes comprar una hermosa casa bien decorada con todo lo necesario para vivir bien, pero no puedes comprar el hogar, con el dinero puedes comprar la obediencia pero no la estima, puedes conquistar la atención de la gente pero no podrás nunca comprar su amor. Con el dinero puedes conquistar el poder puedes gobernar países y el mundo entero, pero nunca podrás comprar la salvación.

Escuchar estas palabras nos hacía bien a los tres, nos daba también una nueva esperanza en aquel difícil momento, nos hacía ver la realidad que vivíamos bajo una óptica diferente.

No es que las terapias y los cuidados fuesen del todo bien, porque en el curso de varios ciclos, periódicamente Giorgio recaía, era verdaderamente una lucha continua que no conocía el descanso para ninguno. A veces sentía que mi presencia se volvía cada vez más inútil ¿Qué podría hacer con Annabella presente? Además tenía que volver a Italia obligatoriamente porque durante estos meses había dejado todas mis obligaciones atrás, pero ahora era necesario que volviese por poco tiempo. También Annabella estaba exhausta, así que unos días antes de mi viaje le dije: “¿Quieres irte en mi lugar y me quedo yo aquí con Giorgio?”.

Era un último intento para tratar de quedarme solo con él, porque estaba convencido de que su presencia era decididamente dañina.

Ella estaba presente e indiscutiblemente por amor a su hijo, pero estaba siempre preparada para impedirme hacer lo que creía indicado e indispensable para guiarle en el espinoso camino de la recuperación.

Me respondió: “¿Pero no debes irte por el trabajo?”.

“Sí” le dije, “pero si me dejas solo con él para hacerlo a mi manera, puedo también dejar el trabajo”. Seguramente la expresión “a mi manera” le había asustado, así que me dijo: “¡No, no! Ahora que estoy aquí no lo dejo”.

Pensé que me debía resignar, ya era difícil combatir con Giorgio, con ella cerca de él era imposible, como otros me habían dicho, como otros habían ya entendido.

Ellos dos se habían como coaligado. Su fuerza y su determinación partían de motivaciones diversas; la de él era la dependencia misma que le llevaba a luchar contra quien se interpusiese entre él y la droga; la de ella era en cambio, el miedo a que yo le pudiese dañar psicológicamente, a la que se unía, la siempre presente íntima satisfacción de contradecirme. El resultado era dramático.

Dos días antes de mi viaje, vino a casa un pastor nuevo que se llamaba Richard. Venía de Norteamérica, era un hombre interesante, alto fuerte de unos sesentaicinco o setenta años. Se veía que tenía una gran experiencia, en su cara serena y mirada dulce. Estaba sentado en un sillón frente a mí y sus azules ojos parecían mirarme dentro. Le hablé mientras él me escuchaba con la cabeza baja hacia adelante, como para no perderse una palabra de lo que yo decía.

Le conté todo, toda la historia de mi hijo, desde cuando tenía catorce años y se fumó el primer cigarrillo, hasta hoy.

No me interrumpió nunca hasta que al final le pregunté: “Y bien padre, ahora que sinceramente siento haber hecho todo lo que podía, me diga, ahora que conoce toda la historia ¿qué debo hacer para salvarle?”.

Se quedó unos segundos en silencio como para encontrar la inspiración y la palabra justa comprendiendo la importancia y el valor de su respuesta. Luego simplemente me dijo: “Creo que usted no puede hacer más de lo que ha hecho, por otra parte no está en nuestras manos resolver

todos los problemas del mundo. Hay momentos en los que nosotros los hombres debemos actuar y otros momentos, cuando el problema es más grande que nosotros, debemos dejar todo en las manos del Señor, hasta que Él lo resuelva por nosotros. Creo que éste es el momento en el que sería bueno confiar su hijo a Él. Hágalo orando humildemente, estoy seguro de que le escuchará”.

No dijo más, nos quedamos en silencio. Poco a poco tomé conciencia del valor de aquellas palabras, de la tremenda fuerza de su significado y aún hoy, ahora que escribo, las oigo resonar como un mensaje no de resignación o de abandono, sino de amorosa justicia, la divina naturalmente, a la que al final debemos encomendarnos siempre.

En la biblia está escrito: *“Encomienda tus obras al Señor Y tus propósitos se afianzaran”* (Pr. 16:3)

Dicho esto, el padre Richard se levantó, nos abrazó saludándonos y se fue.

Me pareció haber recibido la visita de un ángel que había aparecido dejando su mensaje y se fue.

Nos quedamos Annabella y yo solos, mirándonos en silencio.

Me imaginaba qué le pasaba por la cabeza en aquel momento, pues la frase del pastor podía ser interpretada en el sentido que ella deseaba, como una invitación a encomendarse a Dios dejando de luchar y de intervenir en sus diseños pensé en ese momento: quién soy yo para tener el derecho de decidir por todos, para tener la presunción de actuar siempre de la manera justa, para querer resolver todo a mi manera, e imponer mi modo de ver las cosas a todas las personas que estaban a mi alrededor.

La atención que Richard me había prestado y sus palabras serenas y determinadas, tan distintas de cómo me las esperaba, me habían impresionado profundamente.

En cierto sentido me habían hecho mucho daño porque me habían dicho que en el fondo, no podía hacer nada más para salvar a mi hijo y esto significaba sufrir una terrible derrota, dura de aceptar; pero por otro lado me habían aliviado porque me parecía que alguien me hubiese liberado del peso que desde años llevaba a mis espaldas.

Reflexionaba sobre el hecho de que Richard, con una sola frase, me había hecho ver las cosas desde otro punto de vista, desde una perspectiva nueva que nunca había visto antes.

Solo ahora he comprendido que estas palabras no las decía él, sino que venían de parte de Dios

A la mañana siguiente, me fui mucho más tranquilo, empezaba a darme cuenta de que debía confiar en Dios.

Entrando al aeropuerto me encontré de frente con el padre Richard. No me lo esperaba, pensaba que fuese una coincidencia y le dije: “¡Pero qué casualidad que nos encontremos de nuevo!”.

“¡No! No es casualidad, he venido a propósito. La otra noche mientras hablaba con usted me dijo que estaba preocupado porque esta mañana debía partir y no quería dejar a su hijo, ¿se acuerda?” es por eso que he pasado a saludarlo

Era verdad y él había venido para despedirme, quizás para ver cómo estaba porque se había dado cuenta de la tensión que me aterrorizaba.

Si estaba convencido que Richard era un ángel de verdad.

Me parecía claro que el encuentro con este pastor había sido concertado por la mano divina y que quizás había llegado para mí el momento de cambiar de ruta y emprender un nuevo camino.

Debía dejar atrás el orgullo y la arrogancia que me habían acompañado durante toda mi vida y tomar conciencia que por culpa de éste carácter había cometido muchísimos errores.

Miraba atrás y los veía todos.

Un matrimonio roto sin motivo válido, roto apenas iniciado y que en su desmoronamiento había condenado a un niño inocente.

Qué se hubiera necesitado para seguir juntos, hubiera bastado que uno de nosotros sacase un poco de madurez y de tolerancia, hubiera bastado dejar un poco aparte el estúpido orgullo que nos dominaba y que nos hacía inconscientes y estúpidamente peligrosos.

Hoy añadiría que nos faltaba sobretodo un poco de atención a la espiritualidad que es la base de cualquier relación de amor.

En la Biblia está escrito: “Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Sl 127:1)

Luego recordaba todas las relaciones que había iniciado con tanta ligereza y que con la misma ligereza había terminado, siempre inquieto e insatisfecho como si estuviese buscando lo imposible;

sin pensar que éste ir y venir dependía de mí, de mi superficialidad y de mi intolerancia. Reflexionando lo más grave es que mi hijo se encariñaba de todas mis novias como si fueran su segunda madre, y cuando la historia terminaba también él sentía la derrota y el abandono.

A medida que pasaba revista a mis errores, me sentía dolorido por el sufrimiento que había provocado mi comportamiento y mi egoísmo. La cosa más increíble era que tomaba conciencia de lo trágico que había sido mi comportamiento durante tantos años en los que había caminado en tinieblas, convenciéndome cada vez de que yo era la víctima de cada fracaso.

Claro, el error más trágico fue en relación a la educación de Giorgio y me da mucha vergüenza solamente recordar uno de los episodios ocurridos.

Había venido a vivir hacía pocos meses conmigo, y se había acostumbrado a reunirse con sus amigos de la escuela en su habitación, para tocar la guitarra, aunque si el verdadero motivo debía ser el de estudiar. Un día volviendo a casa, fui a su habitación para saludarle. Estaban con él cuatro amigos, dos sentados en el sofá, uno sentado en el suelo y otro estaba cerca de Giorgio en la cama y tocaba la guitarra. Sentí al entrar un cierto embarazo, uno de los chicos tenía la mano detrás de su espalda como escondiendo algo. Me di cuenta de que en la habitación había olor de humo que no era de tabaco. Así que me dirigí al chico y le dije: “¿Qué escondes en la mano?”. El se puso rojo mientras los otros, Giorgio incluido, se quedaron sin respiración. Alargando la mano le pedí: “Déjame ver qué tienes en la mano”. Sentía el miedo, casi pánico del chico que al final me enseñó un sicarillo que tenía en la mano. Lo cogí, lo miré, lo olí y lo probé y dirigiéndome a todos les dije: “¿Pero por qué fuman esta porquería? ¡Esto es hachís! ¿Saben que dentro tiene un aceite que se deposita en el cerebro y se queda durante años? ¿Saben que fumando esta mierda se acaba por terminar loco?” Había leído poco antes un artículo que hablaba de lo dañina que era esta sustancia que a la vez elogiaba los efectos de la marihuana, que se usaba hasta en el campo médico para la terapia de la depresión, la anorexia etc. También había leído que se usaba para proporcionar sensación de bienestar a los enfermos terminales.

Yo también la había probado con algunos amigos, la fumaba de vez en cuando, no más que una calada para pasar una tarde de risas. Consideraba la marihuana inocua, un medio inocente para aligerar el espíritu, para ayudar a pasar un rato de risas, nunca hubiera pensado que fuese peligroso fumarla.

Salí de la habitación y volví con un saquito en donde tenía un poco de aquella hierba. Ellos se habían quedado de piedra, me miraban atentos queriendo entender cuál iba a ser mi reacción.

Abrí el saquito y les dije: “Prueben ésta que es buenísima y si no exageran no les hará daño”.

Fumamos juntos un cabo, nos hicimos unas risas juntos pensando que fuese una manera de acercarme a ellos y de desmitificar el tema.

Giorgio me contó que cuando se quedaron solos, todos estaban entusiasmados conmigo, por mi reacción, por mi comportamiento y le dijeron: “Suerte que tienes un padre así de fabuloso, un verdadero mito. Te lo envidiamos”.

Esto me satisfacía, me parecía el máximo.

En cambio nunca me hubiera imaginado lo devastarte que puede llegar a ser fumarla, sobre todo para un joven, porque puede ser el primer escalón hacia una dependencia como en la que se encontraba entonces mi hijo.

Como suele suceder, nos informan cuando el problema ya ha reventado. La información que actualmente poseía, entonces no la tenía, no la buscaba y ni siquiera la imaginaba.

He aprendido mucho sobre la forma en la que la marihuana actúa sobre el cerebro para provocar sus numerosos efectos:

“Cuando se fuma, el THC (tetrahidrocannabinol) que es el principal principio activo contenido en la marihuana, se transfiere rápidamente de los pulmones a la sangre, y la sustancia es transportada a través del cuerpo a sus varios órganos, incluido el cerebro. En el cerebro, el THC se conecta a áreas específicas de células nerviosas llamadas receptores de cannabioides, influyendo en la actividad de estas células. Muchos de estos receptores se encuentran en las áreas del cerebro que contienen el placer, la memoria, el pensamiento, la concentración, la percepción del tiempo y la coordinación de los movimientos.

Cuando el THC alcanza el cerebro hace sentir eufórica a la persona, actuando sobre el sistema de recompensa cerebral estimulando las células con el objetivo de liberar dopamina.

Quien hace uso de la marihuana puede experimentar sensaciones placenteras, los colores y sonidos pueden parecer más intensos y el tiempo parece transcurrir más lentamente. La euforia pasa después de un rato y la persona puede sentirse cansada o deprimida. En algunos casos el uso de la marihuana puede provocar ansiedad, miedo, recelo o pánico.

El uso de la marihuana altera la capacidad de la persona de memorizar, de recordar los acontecimientos y de trasladar la atención de una cosa a otra. El THC además de interrumpir la coordinación y el equilibrio uniéndose a los receptores en el cerebelo y a las zonas del cerebro que regulan el equilibrio, la postura, la coordinación de los movimientos y el tiempo de reacción. A través de sus efectos en el cerebro y en el cuerpo, la intoxicación de marihuana puede causar incidentes. Algunos estudios demuestran que aproximadamente del seis al diez por ciento de las víctimas de accidentes mortales en la carretera, resultan positivas al THC.

Quien usa marihuana en dosis elevadas puede manifestar psicosis tóxicas agudas, como alucinaciones, ilusiones y despersonalización, pérdida del sentido de identidad personal o auto reconocimiento.

La marihuana tiene la capacidad de favorecer el desarrollo del cáncer de pulmón y en otras partes del sistema respiratorio, porque contiene agentes irritantes y cancerígenos.

Los estudiantes que fuman marihuana obtienen puntuaciones inferiores y tienen menor probabilidad de diplomarse respecto a los compañeros no fumadores. Un estudio ha relevado que los estudiantes que fuman marihuana manifiestan un mayor número de ausencias, lentitud, comportamientos de rechazo de la realidad que les lleva a soñar con los ojos abiertos, son menos capaces de desarrollar sus propios deberes durante el horario escolar con consecuencias negativas en su productividad y en su moral.

Ya que la marihuana compromete la capacidad de aprender y de recordar la información, cuanto más usa una persona la marihuana más incapaz será de desarrollar la actividad social, roborativa e intelectual y empeora su existencia. En un estudio sobre el conocimiento, los adultos fueron analizados en base a su rendimiento.

Otros estudios han producido pruebas ulteriores sobre el hecho de que los efectos de la marihuana sobre el cerebro, a largo plazo pueden causar un deterioro drástico de las capacidades fundamentales de la persona. Los investigadores han asignado a algunos estudiantes test para medir su capacidad de resolver problemas y sus características emotivas. Los resultados han demostrado cómo los estudiantes que fuman marihuana, eran en desventaja respecto a sus compañeros, este aspecto se acentúa significativamente con el pasar del tiempo.

El uso prolongado de la marihuana puede traer algunas personas a la dependencia. Quien prueba a dejarla encontrará periodos de depresión y fácilmente puede comenzar a usar drogas fuertes como la cocaína y la heroína.”

Conozco tanta gente que fuma marihuana pensando que no es dañina, espero que leyendo esta información pueda cambiar de idea. Yo la había cambiado, entendía lo absurdo y estúpido de mi comportamiento en aquella circunstancia en la que fumé marihuana con Giorgio y sus amigos.

Pero yo no lo sabía, no quiero excusarme.

Enfrentarme a todos éstos errores significaba sentir dolor y vergüenza pero también la liberación. Si tomamos conciencia, nuestros errores pueden enseñarnos tanto.

Pero nuestra tendencia es minimizar, o mejor, negar nuestros errores. Es así cómo se forman los complejos de culpa que nos atormentan toda la vida y que nos impiden mejorar.

Los errores son compañeros inevitables de nuestro viaje;

Además creo que el dolor que se siente al reconocerlos y a confesarlos, no es la penitencia por haberlos cometido, sino el medio para poderlos superar. Siempre había estado ciego por el orgullo y la presunción, no admitía nunca haberme equivocado. La confesión total de cada uno de mis errores, me había hecho sentir que este era el camino justo hacia la verdadera liberación espiritual.

“Dios atiende al humilde pero al altivo mira de lejos”. (Sl 138:6).

Con Dios

Así es cómo comencé a orar, una oración que surgía desde dentro del alma con el abandono completo del cuerpo, directamente dirigida a Dios. Una oración espontánea, que nacía de mi corazón, lejos de enseñanzas y adoctrinamientos. Oraba todos los días, era el momento más bonito en el que los nudos se soltaban y restablecía un contacto que la vida había deteriorado sin llegar a anular, con una sensación de liberación y de victoria. Una sensación preciosa y maravillosa que cada persona a lo largo de la propia existencia debería probar. Dejaba toda mi vida en Sus manos, mi dolor y mis preocupaciones y el peso de la responsabilidad que me habían esclavizado hasta entonces. Orando me sentía cada vez más cerca de Dios, sentía que El me amaba como nadie antes me había amado.

Pensaba en Giorgio oraba por él pidiendo ayuda y esperando un alivio. Maduraba en mí la convicción de que era Dios el único que podía ayudarlo.

Mientras estaba solo en Roma, me encontré con Cristina, una amiga y vecina de casa que estaba pasando un periodo muy triste. Me acompañaba mucho y venía a orar conmigo. Fue ella quien me hizo conocer la pequeña iglesia carismática. Alguna vez mientras oraba me ponía a llorar, pero sin luchar contra las lágrimas como siempre había hecho sino como ahora había aprendido, las dejaba correr porque eran lágrimas de liberación.

Había abierto la puerta de mi corazón a Dios para que pudiese ayudarme.

Giorgio había comprendido perfectamente el sentido de esta abertura, recuerdo con precisión la frase que pronunció en Cartagena una noche en la que nos hablaba el pastor. Entrando en la habitación, se paró delante de la puerta y dijo: "Cierto que Dios es todo un señor, pues no entra a una casa si no ha sido antes invitado". Era una expresión feliz que repito tantas veces. Giorgio tenía el don de entrar en el corazón de los problemas, y en el centro de todo.

Había vuelto a Roma solo. Nunca la casa estuvo tan vacía, así de silenciosa. Estábamos yo y mis pensamientos que surgían de cada objeto y de cada mueble de mi casa. Mejor dicho, me acordaba los periodos a veces largo, otros cortos en los que Giorgio había vivido dentro de aquellas paredes y me daba cuenta de la dificultad que conlleva la tarea de ser padres, sobre todo si es a solas. Estaba consciente del difícil momento que estaba atravesando y no comprendía porque cuando estamos bien y no nos hace falta nada siempre nos vivimos lamentando y sufrimos por cosas estúpidas que no tienen ningún valor.

Un día, hablando con Cristina que frecuentaba tanto en aquel periodo también fuera de la iglesia, viéndola triste le pregunté sobre lo que le pasaba. Tenía dificultades económicas para mantener la bonita casa que tenía y su hija en la mejor escuela de Roma, porque su ex-marido no le proporcionaba medios suficientes para conservar la vida a la que estaba habituada desde pequeña. Me quedé impresionado cuando me dijo: "¿Te das cuenta de que este año no podré llevar a mi hija a Portocervo, al mar? ¡Imagínate que será el primer año! No sé cómo decirle que nos tenemos que quedar todo el mes de agosto en Roma". Como al hablar tenía las lágrimas en los ojos, no tuve el coraje de decirle lo que pensaba de verdad, así que le respondí: "Desde hace un tiempo que no dejas de decirme lo mal que te van las cosas, Se que crees tanto en Dios, quizás es Él quien está haciendo todo esto por tu bien sin que te des cuenta. Estoy seguro de que El está muy cerca de ti. Debe solamente tratar de entender y de interpretar lo que quiere comunicarte. Verás que una vez que lo entiendas, te sentirás mejor y te dará todo lo que ahora te falta".

Cuando terminé de hablar reventó en un llanto incontenible, me abrazó y después de unos segundos me dijo: "¿Pero Dios qué es lo que quiere de mi, siempre me he comportado bien? Perdí a mi padre cuando tenía dieciséis años y tengo un marido que me ha dejado, ¡debo pensar yo en todo!".

Me parecía una insensatez abismal. Por cómo se había expresado parecía que lo terrible no era la falta de su padre, sino de los lujos y las comodidades que su padre les había proporcionado hasta aquel momento.

Pero ella lloraba y no tuve el coraje de darle una lección moral.

Debería haberle dicho que desgraciadamente, no todos los niños son tan afortunados como su hija, que gracias a ella tenía todo lo necesario hasta alguna cosita superflua, que quizás las vacaciones en Sardegna que seguramente es uno de los lugares más bellos y costosos del mundo, pero no eran tan importantes como ella pensaba. Quizás quedándose en Roma tenía la oportunidad de estar más cerca de su hija, de encontrar una cosa diferente y hasta más constructiva que hacer juntas.

Es verdad que las estadísticas son desoladoras, parece que los niños que llevan una vida normal de familia sean tan pocos.

Hay padres que descuidan a sus hijos por pobreza, ignorancia o por vicio. Hay niños que son abandonados cuando aún no son capaces de valerse por sí mismos; que desde que nacen saben que tienen una vida dura en la que nadie será capaz de garantizarles la comida para sobrevivir; que nacen y crecen sin conocer el amor que debiera ser el derecho primordial de cada criatura... y en cambio hay quien teme la reacción de un hijo porque no puede llevarle de vacaciones a PortoCervo. Es verdad que para Cristina, éste no era solamente el problema, sino de un cúmulo de problemas que le habían caído sobre los hombros improvisadamente. Se sentía sola y abandonada, quizás hasta inútil. Por esto no le dije nada, le abracé fuerte un momento, limitándome a acompañarle para hacerle sentir mi comprensión.

También yo me había sentido inútil tantas veces, por esto podía entenderle.

Sobretudo entendía que era una mujer sola e intuía que la causa verdadera de su infelicidad y el motivo de su desahogo y su dolor, era la falta de amor. El amor de un compañero con quien poder compartir la vida y la responsabilidad de crecer una hija aún pequeña. El amor de un hombre justo que cada mujer sensible y romántica merece a su lado. Quizás este fuerte sentido de responsabilidad para su hija le ha impedido buscarlo, encontrarlo y aceptarlo. Pero la falta más grande era seguramente el amor de Dios que todavía no había encontrado.

Había llegado a Roma hacía unos pocos días y sentía dentro de mí una gran transformación. La experiencia vivida con mi hijo durante éstos meses transcurridos en Colombia, el sufrimiento que traía tras de mí, el darme cuenta poco a poco de que no hubiera podido hacer nada por él, me llevaban a reflexionar y a ver las cosas desde otra perspectiva.

Además todo me parecía extraño, las personas que había frecuentado durante años en Roma, me parecían diferentes, como si les viese por primera vez. Era difícil comprenderles, o quizás yo, habiendo hecho una inmersión de la que no se vuelve más a la superficie, las veía transformadas.

Siempre les había considerado personas felices, realizadas; ahora me encontraba frente a las mismas personas que veía incapaces de gozar lo que poseían. Personas que tienen salud, una bella familia, hijos y si son afortunados hasta sus padres aún vivos; y sin embargo están descontentos, insensibles y se enfadan por nada, aún teniendo más dinero del necesario no consiguen disfrutar de la vida.

Cada uno está como prisionero de su propia infelicidad en la que no consigue encontrar palabras que intercambiar, palabras que aclaren, que alivien, que serenen. Me daba un fastidio ver así a algunos amigos a quienes quería, me daba rabia verles incapaces de darse cuenta de todo el bien recibido de Dios. Sobre todo porque no habían pasado todo lo que había pasado yo, pero a veces es esto lo que muchas persona necesitan para apreciar lo que les ofrece la vida.

Parecían que no tenían idea de cómo ser felices en este mundo, ni las posibilidades de poder conseguirla. Es verdad, no es fácil saber qué cosa es necesario para tener una vida serena, feliz;

Alguien pensará que es el poder económico, que puede dar todo el necesario para estar feliz y ganar la consideración y el amor de los demás, el poder económico que muchas gentes persiguen con mucho afán y puede lograrlo con falsos valores.

Para conseguirlos nos adecuamos a la medida del mundo y de la sociedad, modificando nuestra verdadera naturaleza, enrolándonos en un personaje del que quedamos esclavos.

Si al final nos damos cuenta que todo ese sacrificio que hicimos no valió la pena nos sentimos peor, mas infelices, porque ya logramos obtener el dinero, poder y estamos en la nada. Perdiendo nuestra propia cara nos ponemos una máscara de hierro y dentro de esta no tenemos la posibilidad ni la

capacidad, de expresar nuestros sentimientos, nuestras debilidades y aspiraciones más auténticas. ¿Y Si perdiésemos la máscara, qué pasaría?

El camino espiritual que había empezado me había permitido desatarme de los condicionamientos de la gente y de los juicios relativos.

Quitarme la máscara me había ayudado a conocerme mejor, a entenderme y aceptarme por lo que soy con todas mis limitaciones y defectos, con mis errores y mis ímpetus de amor. Me había hecho encontrar no sólo una vía de salida al callejón ciego en el que me había metido, sino una vía que daba un sentido diverso a mi existencia y me había hecho entender en dónde estaba la felicidad.

Hay una historia graciosa que habla de esta mítica "felicidad".

"Un grupo de duendes descubre que Dios está creando a las personas. Como éstos duendes son pequeños seres malos, deciden hacer una gran faena escondiéndoles la felicidad. Un duende levanta la mano y dice: "Yo sé dónde esconder la felicidad, en la cima de la montaña más alta, en donde nunca la encontrarán". Pero el más sabio se vuelve hacia él y le dice: "¡No, acuérdate de que son fuerte, alguno escalará la montaña para conseguir su felicidad, así todos acabarán encontrándola!". Otro dice: Entonces escondámosla en el fondo del abismo de los mares, así seguro que nunca la encontrarán". Otra vez respondió el sabio: "Mira que son muy curiosos y serán capaces de encontrar la manera de descender al fondo de los abismos para encontrar la felicidad, así será inútil esconderla". Un tercero se levanta y dice: "¡Yo sé en dónde esconderla! En otro planeta, allí seguro que nunca la encontrarán". Siempre el anciano sabio les responde: "Quizás es que no habéis entendido bien, de qué naturaleza son estos hombres, son inteligentes y capaces de todo si se trata de encontrar la felicidad, encontrarán la manera de llegar hasta otro planeta. Si queréis de verdad hacerles un fastidio, yo sé dónde esconderla. Es un lugar en donde nunca la encontrarán: "¡Dentro de sí mismos!" Estarán tan ocupados buscándola en cada ángulo de la tierra y más allá; que no se imaginaran nunca de tenerla dentro de sí mismos, allí seguramente nunca la buscarán".

En Dios está la felicidad y tú la puedes experimentar por medio de la oración, el bautismo para perdón de los pecados y por ultimo con el derramamiento del espíritu santo, si lo queremos, Dios puede estar dentro de cada uno de nosotros.

A veces pienso cuantas personas no son capaces de estar solas. No saben estar bien consigo mismas; cuántas veces tenemos miedo de quedarnos solos, tenemos miedo de mirarnos dentro, sin darnos cuenta de que dentro de nosotros podemos encontrar un mundo maravilloso.

Muchas veces creemos de ser abandonados pero somos siempre nosotros que nos alejamos del Señor

En la Biblia está escrito que Dios está siempre al lado de los que le temen, está dispuesto para nosotros, y siempre se encuentra cerca, siempre está en espera y si abrimos la puerta El entrará: *"Si alguien escucha mi voz y abre yo cenare con el"*(Ap.3:20).

En Italia casi todo el mundo es católico o al menos eso dicen, pero son pocas las personas que tienen Fe verdadera. Quienes no creen dicen que la religión está para las personas que no son capaces de soportar hechos doloroso que trae la vida, o personas ancianas que al llegar a la última fase de su vida, tienen miedo de lo que puede sucederles después de la muerte, que por esto comienzan a encomendarse. Aquellos que opinan de esta manera no han sentido la presencia de Dios en su vida porque cuando nosotros tenemos ese primer encuentro con El no podemos dejarlo jamás, cuando penetra en nuestro ser y sentimos ese refrigerio en nuestra alma nos viene la exclamación: *"¡eso era lo que yo andaba buscando!"* No hay nada en el mundo que pueda superarlo lo digo yo que he probado casi todo.

En mi caso, he sentido que Dios ha llegado a mí a través de un trágico momento que no por casualidad llegan a la vida de mucha persona.

En el fondo, yo no creo que exista ni una persona atea. Pienso que hay personas resentidas con Dios porque creen de estar sufriendo una injusticia que no son capaces de aceptar; porque tienen un dolor tan grande que consideran un castigo personal que han recibido injustamente; o porque simplemente tenían esperanzas que no se han realizado. Pueden ser miles los motivos por los que una persona esté resentida con Dios, pero esto no significa ser ateo; esto solamente significa estar enfadado con El. Creo que éste sea un sentimiento comprensible que se desarrolla porque se cree,

de otra manera sería inútil, nos enfadamos con las personas que amamos, no con las que son extrañas.

Me venían a la mente todas estas reflexiones mientras estaba solo aquí en Roma, entre las paredes de una casa que tantos amigos habían alegrado un tiempo atrás y que ahora parecían haber perdido la dirección.

Es cierto que los hombres tienen un destino terrible. No sabemos por qué estamos aquí, ni cuál es el fin de nuestra vida y no entendemos el sentido del sufrimiento que Dios nos manda.

Pero quizás, si pensamos en cómo se comportan los padres con los niños pequeños, alguna cosa podemos entender. Cuando tienen pocos meses de vida, los vacunamos; consentimos que un médico les enfile una aguja en su tierna carne, ¿no lo hacemos porque los queremos aunque les provoque lágrimas y llanto?

Quizás así hace Dios con nosotros.

Pasaba mucho tiempo sólo en casa, como nunca había hecho. Llamaba por teléfono muy a menudo a Cartagena, pero casi nunca conseguía hablar con Giorgio. Quizás era él que me evitaba, que no quería oírme porque para él, me había convertido como en el grillo parlanchín de Pinocho, pesado y repetitivo. Pero me di cuenta de que las cosas no debían de ir muy bien; un día que tuve la suerte de encontrarlo le pregunté a quemarropa: “¿pero, tú quieres dejar las drogas de verdad?” Lo había perseguido por media Colombia, lo había obligado a seguir un programa de recuperación que habíamos estudiado con expertos de los que me había hecho asistir y asesorar, había sufrido por cada abandono, por cada fuga que era un fracaso también para mi... ahora quería una respuesta precisa .

Pensó unos segundos en silencio y luego me dijo: “Ah, ¡ésta es una buena pregunta! Digamos que quisiera que se me pasaran las ganas”.

Una respuesta inteligente, y también lista, que decía todo y nada. Terminó la conversación rápidamente pues no quería profundizar, por miedo a que me enfadase y que amenazase con volver a Cartagena.

Luego recibí una llamada de Yenny que sin entrar demasiado en detalles, me aconsejó volver. Partí enseguida.

Giorgio había vuelto a fumar cocaína, lo hacía con el permiso de su madre, sin límites. Había conseguido convencerla con su rollo completamente: “Si me dejas fumar lo que quiera, luego me dará asco, como una especie de náusea. Con ese disgusto, al final, como consecuencia, encontraré la necesidad de dejarla”.

Ella le había creído. Como si la droga fuese una montaña de dulces que, a cierto punto como no te caben más, terminas vomitándolos del asco que te dan.

Y así, con el beneplácito de su madre, había comenzado a fumar ininterrumpidamente, y la experiencia me decía que era capaz de no parar en unos días.

Pero un día tuvo un colapso, no respiraba más, tenía la cara tan blanca que parecía muerto. Yenny me contó que tuvieron que llevarlo a urgencia, en donde milagrosamente consiguieron reanimarlo. Nadie me había dicho nada, Annabella no había creído que era oportuno informarme de lo mal que había estado, ni siquiera cuando llegué de nuevo a Cartagena.

Recuerdo cuando Giorgio era pequeño y le encontraron un problemita en el corazón nada de grave pero que nos hizo preocupar mucho, después nos dijeron que era un soplo en el corazón pero que habían muchos niños que lo tenían sin ninguna consecuencia peligrosa, y no sé si esto influyó con lo que estaba pasando ahora.

Annabella se había asustado tanto que para defenderse de eventuales ataques por mi parte, solamente me dijo que había vuelto a fumar un poco; que se había encontrado un poco mal, por lo que los médicos le habían convencido para volver algún día a la clínica para desintoxicarse, antes de volver a Roma.

Me había omitido las dificultades y la terrible recaída, había omitido también haber decidido ya, volver a Roma.

Era el final, Giorgio ya no tenía necesidad de oírme, ella había decidido todo y yo me había quedado a mirar de lejos, a mi hijo que se destruía cada día más.

Había perdido mi autoridad frente a él, quizás la seguridad que le daba cuando corría tras de sí, convencido de poderlo ayudar y él estaba aún dispuesto a dejarse ayudar. En Roma hubiera sido aún peor. Me sentía abatido y desmoralizado. Las escuetas y asépticas noticias de Annabella no me produjeron ninguna reacción visible, me encontraba silencioso, resignado, impotente. Solamente una semana después de su ingreso en la clínica, llegamos los tres a Roma.

¿Y ahora?

Como clarísimamente había imaginado y previsto, (hasta el punto de tratar de advertir insistentemente a Annabella), la vuelta a Roma, además de anular todos los esfuerzos de los siete meses precedentes; para Giorgio y para nosotros significó simplemente volver al estilo de vida anterior; como si nada de particular e importante nos hubiese ocurrido.

Yo vivía por mi cuenta en mi casa, y él, teóricamente vivía en casa de su madre. Teóricamente porque en práctica estaba casi siempre fuera y nos veíamos de vez en cuando.

Los siete meses de Cartagena me parecían en vueltos en una especie de niebla, terribles y extraordinarios. Una especie de paréntesis cerrada que comprendía también, todos los propósitos y promesas que Giorgio había hecho.

También mis esperanzas.

Seguramente nada más llegar, había comenzado a frecuentar sus viejas amistades que lo llevaban a dar vueltas, quién sabe por dónde, día y noche. En casa de su madre no estaba casi nunca, solamente iba cuando necesitaba algo, para lavarse, comer o recibir alguna pequeña atención.

Ahora que ya no estaba más la abuela, seguramente buscaba un poco de afecto de su madre.

A donde mi no venía nunca, no venía a buscar nada; es más, estaba convencido que me evitase a propósito, porque temía que le fastidiara con mis discursos de siempre y también un poco por la vergüenza de haber traicionado todas mis esperanzas al haber vuelto a drogarse.

En la guerra contra la droga, habíamos perdido un poco todos; en primer lugar yo, Giorgio, su madre y todos los que se habían prodigado en ayudarlo. A pesar de este sentimiento de derrota, quedaba el hecho de que habiendo vivido juntos en Cartagena, habíamos tenido la oportunidad de aclarar muchas cuestiones, de contarnos cosas que nunca nos habíamos dicho, habíamos sentido la satisfacción que procura una relación verdadera y profunda.

Se había dado cuenta de la intensidad de mi amor hacia él. Lo reconocía cuando lo gritaba, cuando actuaba contra su voluntad, cuando lo agarraba a la fuerza y cuando lo obligaba a tratar de desintoxicarse. Un periodo que por todas estas razones, consideraba positivo para nuestra relación. Por todo esto me dolía terriblemente que hubiese querido interrumpir este contacto feliz, que era como un rayo de sol en medio de un gran temporal. No había sido capaz de establecer con él una relación duradera, a pesar de haberlo intentado de todas formas, en otra parte del mundo y a pesar de continuar intentándolo continuamente.

Sabía que a veces, con sus amigos, su madre o sus primas, se lamentaba de tener un padre que según él, solamente se ocupaba de sus asuntos. Estoy convencido de que cuando decía esto, dentro de sí había otro, quizás era una forma de justificarse por haberme dejado caer como una patata caliente. Quizás esperaba que un interlocutor pudiese desmentirle diciéndole: "Pero ¿qué estás diciendo? ¡No sabes que tu padre te adora! ¿Cómo puedes pensar esto?".

Pero el hecho es que nadie lo hacía. Nadie le respondía porque no se comprendía de qué se trataba solamente de provocaciones. Nadie se daba cuenta de que probablemente, si se le hubiese respondido de aquella manera, se hubiera calmado y resignado; porque Giorgio necesitaba

continuamente confirmaciones, aunque si dentro de sí supiese todo lo que yo le quería y todo lo apenado que estaba por él.

Cada uno tenemos nuestro propio carácter. Yo nunca he sido de muchas palabras y tampoco me ha sido fácil expresar mis sentimientos, especialmente los bonitos.

Muchas veces en la vida, a propósito de los sentimientos decía que antes o después llega el momento de la verdad. Así nos había sucedido a nosotros en Cartagena en donde habíamos tenido todo el tiempo para sacar a la luz los más secretos e íntimos.

Estoy convencido de que aquellos largos meses tuvieron para él, como para nosotros un gran significado, sin llegar a suscitar remordimientos.

En Cartagena había aprendido sobre todo a reconocer su verdadero problema, sus límites personales y a ser consciente de su delicadísima condición.

Pero para salir verdaderamente del túnel, hubiera debido encontrar la fuerza de entrar durante un largo periodo en una comunidad y la decisión debía madurarla dentro de sí, proceder de un acto de voluntad, no de una trampa constrictiva.

Habíamos hablado largo y tendido antes de partir de Cartagena y alguna vez también en Roma cuando nos encontrábamos; siempre salía el tema, pero los dos sabíamos que en una comunidad no hubiera ido nunca.

Así que todo había vuelto a ser como al principio, quizás peor.

Por esto él me evitaba.

Entre otras cosas, me daba cuenta de que en torno a su problema se había construido un muro de silencio que me tenía lejos, aunque solamente fuera del simple conocimiento de sus salidas, sus movimientos y de sus dificultades.

Todos tenían miedo de darme noticias de él, la primera Annabella, porque temía que quisiese iniciar una nueva guerra contra él, de que usase la fuerza como había hecho en los primeros tiempos en Cartagena.

Puedo decir que comprendí que no estaba bien ese tipo de guerra. En realidad había seguido un camino diferente, me había confiado a Dios dado que las fuerzas humanas en este dramático caso, parecían del todo inadecuadas a su gravedad. No solo había sobre valorado mis posibilidades, sino que había actuado como si, en vez de tener delante un adulto, tuviese un niño viciado y caprichoso. Había actuado como si yo, padre imperfecto, hubiese tenido la verdad y la razón exclusiva.

A este punto ya había comprendido que me encontraba delante de una de las batallas que solamente un joven Don Quijote hubiera podido emprender, sin vacilar a lanzarse contra los molinos de viento. Pero Annabella temía que el fuego sagrado me reanimase por miedo a mi reacción, me tenía siempre lejos de todo lo que tenía que ver con Giorgio, ignoraba sus itinerarios y relaciones, así que no tenía manera de encontrarlo. Alguna vez vagaba bajo su casa con la esperanza de verlo mientras llegaba. Pero no tenía horarios fijos, no se sabía nunca cuando había decidido volver a casa, así que no conseguí encontrarlo casi nunca.

Seguramente estaba cambiando mi intención: no ser más agresivo ni violento, pero deseaba al menos estarle cerca esperando el momento justo para darle un consejo y una palabra de conforto y esperando ojala que me pudiese pedir: "ayúdame papa quiero ir en comunidad" una decisión suya en un momento de lucides que no hubiese llegado jamás pero en la cual yo quería todavía esperar. Si porque ahora cuando le llamaba a su móvil lo encontraba casi siempre apagado, las esperanzas eran completamente desaparecidas, es así que a veces me pasaba la noche esperando una llamada. Había llegado al punto de que el timbre del teléfono me ponía nervioso porque aunque de una parte esperaba escuchar su voz, por otra estaba el terror de que me llegase con una mala noticia. Un poco como me sucedió unos meses antes cuando le detuvieron, en plena noche tuve que correr a la comisaría de policía para ver cómo se lo llevaban a la cárcel.

Alguna vez me encontraba pensando que si me llamase no le hubiera hecho ni un reproche, no le hubiera propuesto por enésima vez ir a la comunidad. Me hubiera bastado escuchar su voz, que estaba bien, que se acordaba de mí. No hubieran servido muchas palabras porque de su timbre, de su volumen y entonación, entendía tantas cosas.

Cuando me llamaba, lo invitaba a comer en un restaurante japonés, conocía su pasión por ese tipo de cocina.

Una vez me llamó, me acuerdo que lo esperara en la Vía de la Croce delante del restaurante. Yo me encontraba ansioso y emocionado, como si fuese mi primera cita amorosa.

Otra vez me llamó una tarde para acompañarlo a cambiar la guitarra que no le funcionaba. En pocos minutos llegué bajo su casa, lo acompañé a una tienda especializada, pero me di cuenta enseguida de que no quería cambiarla, quería venderla. No sabía cómo reaccionar y fingí no darme cuenta para no humillarlo.

Otra vez me pidió acompañarlo al cine. Fuimos a ver “El rey escorpión”, una película de acción como le gustaba a él; sólo que después del primer tiempo no podía más. Me abrazó, me dio un beso como para pedirme excusas, y se fue.

Sabía que yo lo sabía, me parecía poder leer en su mente y ver correr los pensamientos que temía convertir en palabras. No valían excusas. Sabía que se iba a fumar aquella mierda que lo había esclavizado y que lo había llevado a unas condiciones de salud tan dramáticas, como cuando lo había encontrado en Cartagena.

El resto del tiempo lo pasaba sólo, no tenía ganas de salir, estaba triste y desanimado. Daba vueltas cansado entre mis cosas, con la única compañía de la desilusión y el recuerdo de los pocos momentos de alegría que habíamos pasado juntos.

Echaba de menos tanto a Yenny. Me faltaba su cariño y su dulzura; sobre todo me faltaba su fresca sabiduría, la de una chica que a pesar de ser joven y con poca experiencia, tenía las ideas muy claras sobre el significado de la vida, sus valores y cómo podemos vivirla mejor.

Ella tiene la extraordinaria capacidad de encontrar la palabra justa en el momento justo, de saberme transmitir esperanza, de sugerirme lo que hacer y cómo comportarme con pocas palabras, sin parecer nunca pedante. Ella conocía mis problemas y se daba cuenta, habiendo vivido desde su inicio las vicisitudes de Giorgio en todas sus implicaciones tanto físicas como psiquiátricas, el profundo disgusto que me daba la situación.

Hablábamos a menudo por teléfono e inevitablemente, terminábamos por hablar casi exclusivamente de Giorgio. Deseaba tenerle cerca, sobretodo en aquel periodo en el que me sentía tan perdido, solo y confuso. Ella también hubiera querido estar conmigo, pero era imposible, era difícil obtener el visado para ir a Italia sin una motivación válida, además tenía sus obligaciones de trabajo en la clínica; Giorgio no era su único paciente, y debía terminar sus estudios universitarios. Por todos estos motivos y también por el hecho que su familia nunca se lo hubiese permitido, por tático acuerdo ninguno de los dos hablábamos de ello. Pero sabíamos que había una solución que resolvería todos nuestros problemas: “casarnos”.

Los dos lo sabíamos pero ninguno osaba hablar de ello.

Un día, tomé coraje y con una voz medio en broma, casi como queriendo hacerle una faena, le dije: “¡Habría una solución que te permitiría venir conmigo!” Se quedó sin habla durante unos segundos, luego me dijo: “¿Cuál?” Me envalentoné y con mucha alegría le dije: “¡Para tener el visto enseguida, sería suficiente casarnos! ¡Lo hacen tantas chicas para entrar en Europa! Se casan con un viejo, les hacen un regalo y después de un tiempo tienen el visto y la residencia. Siempre ha funcionado, además ¡yo a ti no te pediría ni siquiera el regalo! Ni siquiera tu familia pudiera objetar nada ¿no?”. Imitando mi broma, me dijo en tono ligero: “¡Ok, bien, si es así, lo hacemos!”.

Luego seguimos hablando como si fuesen las bromas de una comedia que no tenía que ver con nosotros, sin que se notase que nos habíamos implicado en una ardua promesa.

Yo seguía bromeando: “Si, para tener el visto la idea es buena, pero no te aconsejo seguir casada conmigo”.

“¿Por qué?” me pregunta Yenny.

“Porque tengo mal carácter, tu no me conoces bien, ¡acabarías por no soportarme! Además soy mucho mayor que tu”.

“¡Bah!” me dijo ella “¿Dónde está el problema? Si es por eso existe el divorcio ¿no?”

Había nacido entre nosotros un simpático desafío para mirar quien era mejor a recitar la comedia que había iniciado.

Luego el juego terminó y nos despedimos.

Pero yo, el día después fui a informarme a la comisaría y al consulado, sobre los documentos que hubiera debido preparar y el tiempo que la operación hubiera necesitado.

Luego la llamé para comprender, por si acaso lo había dicho en serio.

“Me he informado sobre el matrimonio. Me han dicho que se puede hacer y que en pocos días podrías tener el visto”.

Se quedó unos segundos en silencio y luego me dijo: “¿Pero tú lo quieres de verdad?”.

Mi ánimo no estaba como para hacer el romántico y ella lo había comprendido muy bien. Quería decirle que la amaba y que no podía vivir sin ella pero en vez le dije: “¿Por qué no? ¿Sabes que yo soy un poco loco y que cuando digo una cosa, aunque sea una locura, la hago de verdad! ¡La vida se vive una sola vez, no!”.

Hablaba como si se tratase de decidir a qué restaurante ir a cenar, fingía una indiferencia que no sentía, y cuando comprendí que ella había aceptado la propuesta, a pesar de haber sido formulada de manera tan insólita; me hizo recordar cómo le vi la primera noche que aceptó venir conmigo a bañarnos. Ella no es que amase el mar, es más tenía un miedo terrible y hasta en el día rara vez se metía en el mar; pero aquella noche había decidido que conmigo se bañaba; yo, abrazándole fuerte me había dado cuenta de que antes de que mi razón se diera cuenta, de mi boca había salido en un susurro: “Yo me caso contigo”. A pesar que esta es una frase que un hombre considera siempre tan peligrosa y que consecuentemente se pronuncia con tanta cautela. No hablamos más del tema, porque entonces estábamos cada uno muy ocupados en su guerra particular y los hechos que sucedían nos absorbían toda nuestra energía.

Pero había sido formulada una promesa, susurrada tan leve que no estaba seguro de que ella me hubiese oído. Después un tiempo se lo pregunté y ella me dijo con una gran sonrisa, que había oído muy bien y que todavía recordaba ese maravilloso momento.

Así que iniciamos a preparar los documentos, diciéndoselo solamente a poquísimos amigos íntimos. No se lo podían creer, pero todos tenían curiosidad por conocer a esta chica que había conseguido lo que tantas otras novias no habían podido.

A medida de que los días pasaban la idea me gustaba más, además sabía todo lo que le quería Giorgio y que le iba a hacer mucha ilusión, así que quería darle una sorpresa.

Cuando fui a pedir el permiso de matrimonio al consulado colombiano en Roma, el cónsul en persona, que era una mujer, me hizo una serie de preguntas como para investigar si el matrimonio coronase una historia de amor o fuese solamente una manera de obtener el visado. Cuando me preguntó cómo se llamaban los padres de Yenny, me sentí pillado, como un estudiante que examinándose delante de un severo profesor.

No lo sabía, me dio mucha vergüenza no saber responder.

Me sentía también humillado al ver que la cónsul dudaba de mí, como si fuese uno de esos viejos que tratan de saltarse las reglas para obtener un visado para una joven colombiana. Para convencer a la cónsul de que era un matrimonio por amor de verdad, tuve que contarle toda la historia sobre mi hijo, la clínica, cómo nos conocimos, etcétera, dejando unas pocas cosas íntimas en el tintero. Ella se conmovió con nuestra historia de amor, por las circunstancias en que había nacido, y finalmente convencida de mi sinceridad, me dio el visado.

Cuando se lo conté a Yenny por teléfono, me acuerdo de que nos reímos un montón, y después de esta extraña experiencia decidí aprenderme todos los nombres de la familia de Yenny para no encontrarme así otra vez. Me los hice dictar y los transcribí uno por uno en una hoja, eran tantos que tuve que pasar una semana estudiándolos de memoria.

Había descubierto que entre padres, hermanos, sobrinos y cuñados eran casi treinta personas y para colmo todos con nombre compuesto, doble apellido y sobrenombre como se usa en los países latinoamericanos.

Lo gracioso es que aún me confundo a veces.

Yenny, por la emoción pasaba las noches sin dormir. Para ella se trataba de un cambio radical que le trastocaba toda su vida. Le había prometido que cada año, en diciembre volveríamos a Cartagena para pasar con su familia las vacaciones y ella había aceptado. Así pensaba que iba a ser, pero en

realidad, durante estos nueve años de matrimonio; entre su graduación, el nacimiento de Luna, Giorgia y luego el de Nina, es más el tiempo que hemos pasado aquí que el que hemos transcurrido en Roma, cosa que me ha gustado tanto.

Cuando Yenny informó a la familia de nuestros planes, se desencadenó una verdadera revolución. Estaban todos alterados porque pensaban que la decisión fuese demasiado apresurada y ella tuvo que convencerles de que no era un matrimonio de conveniencia y que me amaba de verdad. La mayor parte de su familia ni siquiera me conocía, pero se dividieron como en dos bandos: uno en contra y otro a favor.

Yenny pasó días, horas e instantes difíciles. Estaba seguramente convencida de mí y seguramente enamorada pero sobretodo había tenido la oportunidad de conocerme bien y comprender cuales eran mis verdaderos sentimientos y sabía que aunque yo estaba enamorado no podía ciertamente convencer a toda la familia de sus certezas.

Es así que decidió hablar con las personas más en contra y les dijo: “¿no están convencidos de lo que les digo? ¿No están convencidos de él y de este matrimonio? Entonces hagan una cosa: el domingo en el culto oren y pídanle a Dios que es lo que El quiere y luego me dicen, les prometo que hare aquello que el Señor les revele y si el Señor confirma que no debo casarme no lo hare.

Una decisión ardua, pero Yenny confiaba en Dios y confió con serenidad en esta prueba en la cual dependía su destino y lo hubiese aceptado a pesar que le doliera porque era la voluntad de Dios y sabía que era por su propio bien.

Esperó con ansia el domingo, después del culto uno a uno se acercaron y le dijeron de manera segura, inequívoca y sin comentarios: “¡si ya puedes casarte!”

Me dijo Yenny que estaba emocionada y cuando le dijeron así tubo una sensación de bienestar y de serenidad como si el cielo se hubiese abierto al improviso quitando aunque aquellas pequeñas dudas que como nubes oscurecían nuestra unión.

Ahora el gran problema era la madre que no quería saber nada del tema, como era temida y muy respetada por toda la familia, arriesgaba de boicotear todo. Al final, la decisión fue definitivamente aceptada.

Mientras tanto todos los documentos estaban preparados, así que fijamos el día. Compré el anillo de compromiso los dos anillos de matrimonio, un vestido nuevo y los billetes, tratando de quedarme lejos de Roma solamente dos semanas, para no abandonar a Giorgio.

Estaba seguro de que la noticia le hubiera gustado, porque se había encariñado con ella; Yenny había tenido mucha influencia en él, era capaz de entenderlo, de aceptarlo y de ayudarlo sin juzgar. Cuando había tenido las peores crisis, ella lo había ayudado a superarlas, estándole cerca. En el fondo, probablemente se había dado cuenta de la sintonía que había entre nosotros, antes que nosotros mismos nos diésemos cuenta.

Así que en sordina, sin hacer mucha publicidad de la cosa, preparé todo para nuestra boda.

Poco a poco también la madre de Yenny se había resignado. Yo partía el siete de Junio, como habíamos dispuesto; pero por una serie de circunstancias asociadas a mis obligaciones, tuve que retrasar el viaje.

Un matrimonio pospuesto

Algunos días antes había llamado a Rinaldo; uno de los amigos que había estado cerca de mí este tiempo, demostrándome un afecto más que fraterno en cada momento; para recordarle un compromiso que teníamos, justo algún días antes de partir.

Teníamos que ir juntos al notario. Como el asunto era de gran importancia para mi, unos días antes de la cita, lo llamé para recordársela. Al principio me di cuenta de que tenía la voz un poco distraída, quizás absorta u ocupada en otros asuntos; pero cuando mencioné el día se quedó demasiado

silencioso y luego me “comunicó”, como si fuese un cliente cualquiera, que ese día no podía porque tenía otros compromisos. Se había olvidado de nuestra cita y había concertado otra muy importante e improrrogable.

Era muy extraño todo. El tono rígidamente profesional con el que me había respondido era casi ofensivo, no era típico de él.

Durante un instante hubo un silencio por ambas partes, me había quedado sin palabras no se me ocurría ni siquiera una frase banal para salir de las circunstancias, nada ni una palabra, ¡qué sé yo! Quería decirle: “¡Rinaldo! ¿Sabes quién es? ¡Soy Enrico!” Luego con un arranque de orgullo conseguí recuperar el respiro para un apresurado: “¡OK! No importa” y cerré la comunicación.

Todo este breve y desconcertante coloquio, había ocurrido en la calle con mi móvil. No perdí tiempo, al instante conseguí lo imposible, hice una serie de llamadas y en veinte minutos conseguí aplazar la boda y el viaje una semana. Durante estos veinte minutos mi móvil había estado ocupadísimo. Mientras tanto Rinaldo, dándose cuenta de que me había quedado mal, se había empeñado también en aplazar todos sus asuntos y cuando encontró mi teléfono libre me dijo: “Enrico, te estoy llamando desde hace más de un cuarto de hora. Te pido excusas, no sé qué me ha pasado por la cabeza. Me conoces bien y sabes que no es mi estilo responder de esta manera. Cuando colgaste intenté llamarte enseguida pero tu teléfono estaba siempre ocupado. Ahora todo está bien, he aplazado mis asuntos. Excúsame de nuevo”. En pocos minutos había sentido una gran amargura al pensar que me había rechazado, pero esta llamada me dio un gran alivio, no por la confirmación de la cita; sino porque había reencontrado a mi amigo de siempre, el que se desvivía por mí, quien me había animado a casarme y a volver a Cartagena, el que me quería tanto y a quien yo tenía tanto cariño. Me pidió de partir, insistió mucho, pero ya era tarde y el viaje fue definitivamente aplazado. La tarde del viernes siete de junio; el día en el que hubiera debido salir hacia Cartagena, recibí otra de esas llamadas que tanto temía.

La voz de Annabella era sutil y me dijo sin preámbulos que Giorgio se encontraba muy mal.

Tuve un momento de pánico, que ella se preocupase de buscarme, significaba que la cosa era trágica. Le dije que quizás era necesario que nos encontrásemos, que nos dijéramos alguna cosa más. Annabella aceptó enseguida quedándose en un bar del centro a donde, obviamente, me precipité. Mientras iba pensé en lo extraño de la situación, ella me llama hoy, siete de junio el día que sin la inexplicable alzada de escudos de Rinaldo, había elegido partir.

Durante los cuatro días siguientes pensé muchas cosas sobre esta extraña coincidencia, hasta convencerme de que había sido la mano de Dios.

Sentados en el bar como tantos meses antes, me dijo que Giorgio había ya tenido dos colapsos precedentes, que éste era el tercero y se había asustado mucho. Me vino un escalofrío recordando cómo lo había encontrado en Cartagena y después en Santa Marta, cómo lo había visto en el aeropuerto cuando Annabella había hecho suspender el tratamiento de medicinas y como lo había encontrado la última semana en Cartagena antes de partir para Roma.

Quería saber dónde estaba para ir a buscarlo y poder leer en su cara sus condiciones reales.

Annabella me respondió que era mejor dejarlo tranquilo porque la crisis estaba superada y se encontraba en la casa de una amiga descansando. Sacudía la cabeza como si hubiese perdido toda posibilidad de reacción, trataba de ser inexpresiva pero estaba alicaída, práctica y definitivamente derrotada.

Por más que preguntase, no conseguí saber nada más porque ni siquiera ella sabía la dirección de esta amiga. Estaba seguro que estuviese en la casa de una traficante de coca que en el último tiempo frecuentaba tanto, una cierta Monique que vendía en los ambientes de la “Roma de bien” y que desde hace un tiempo se había enamorado de Giorgio.

Solamente sabía que vivía en la zona del Campo de fiori, pero no sabía nada más preciso, ni siquiera su apellido.

Dejé a Annabella y me fui al centro de la ciudad, en donde como un moscardón borracho comencé a dar vueltas en torno a la plaza, en los callejones cercanos que se desatan estrechos y torcidos, con la esperanza de encontrar el coche de mi hijo.

No lo encontré.

Quería llamar a alguien que me ayudara, de pronto llame pero tampoco me acuerdo a quién, al final me resigné.

No sabía qué hacer, me sentía como un animal en una trampa. No sabía cómo estaban en realidad las cosas, no era capaz de ayudar a mi hijo ni de decidir cualquier cosa. Solamente podía esperar impotente, a que sucediese algo que rompiese esta espera terrible.

Un único pensamiento consolador, no había partido para Cartagena, quizás era un signo...

Pasé la noche en blanco pensando en todos mis propósitos de poner mi vida y la de Giorgio en las manos de Dios. Volvió a mi mente el padre Richard y tomé la decisión de ir, apenas surgiese el día, a pedir un encuentro con el padre Gilberto un cura exorcista muy conocido por su capacidad de interceder ante el Señor. Me habían hablado de él y le había visto muchas veces cuando iba a orar en la pequeña iglesia carismática.

El día después, sábado ocho de junio, a las siete de la noche estaba con el padre Gilberto. Encontré una fila interminable de personas, todas necesitadas de un consejo, un consuelo; el sufrimiento que percibía en torno a ellos era tan palpable, que quizás en muchos de los casos más que un consuelo, se necesitaba un milagro.

Quizás era también lo que yo necesitaba, y por si fuera poco la fila era muy larga. Pero sentía una sensación de gran urgencia, de no tener tanto tiempo así que con coraje hice algo que no había hecho jamás, me colé por delante de todas las personas que devotamente esperaban en fila, pidiendo perdón a cada una por la mala educación, explicándoles que tenía un problema grave muy urgente. Pedía permiso de pasar delante y quizás era mi desesperación que se sentía, porque todo el mundo me dejó pasar diciéndome cosas gentiles y comprensivas.

Padre Gilberto era un hombre alto un metro sesenta, de unos cincuenta años, delgado con una expresión dulce, cabello blanco y con la cara pálida de quien ve poco la luz del sol, siempre muy disponible y amable. Parecía una de esas personas tímidas, que parece que deban pedir continuamente excusas por estar en este mundo, pero por lo que me habían dicho de él, era una persona que tenía un poder espiritual enorme.

Le conté brevemente toda la historia de Giorgio hasta el día anterior, cuando había tenido otro colapso. Me había pedido su fotografía que apoyada en su rodilla y con la mano encima, me escuchaba con todo su interés. Cuando acabé de contar la historia, me puso la otra mano, la derecha sobre mi cabeza y empezó a orar en voz baja con los ojos cerrados. La mano que había apoyado sobre mi cabeza, me transmitía una gran energía, me parecía llegar desde la cabeza a cada fibra de mi cuerpo.

Pasó mucho tiempo conmigo, cosa que raramente hacía, al máximo dedicaba cinco o seis minutos a cada persona. Habían pasado al menos veinte minutos y aún estábamos allí.

A cierto punto abrí los ojos que parecía húmedos como si hubiera llorado. Estaba cansado como después de un terrible esfuerzo, él con una sonrisa me dijo: "¡El Señor se hará cargo de tu problema!". Le miré con aire interrogativo y un poco preocupado, "Padre, ¿qué significa esto?" le pregunté. El me respondió "Significa que el Señor ha escuchado tu súplica y mi oración, y desde este momento debes estar tranquilo porque será él a ocuparse de tu hijo". "¿Pero yo qué puedo hacer ahora?" Me dijo simplemente que rezase agradeciéndole por haberse hecho cargo de Giorgio. Lo dijo con tal energía y determinación que me tranquilizó.

Mis últimas experiencias espirituales me habían llevado a creer firmemente que el Señor no juega con los sentimientos de las personas, por eso estaba convencido de que hubiera hecho también por Giorgio lo mejor.

Me arrodillé delante del altar a orar como el padre Gilberto me había dicho abrí el corazón a Dios como nunca lo había hecho entregándole en sus manos la vida de Giorgio después le agradecí y luego me fui a casa.

Un poco por cansancio un poco por las palabras del padre Gilberto me sentía relajado y sereno, de pronto era la presencia de Dios, no lo sé pero aquella noche dormí tranquilo como hacía tiempo no sucedía.

Al día siguiente que era domingo nueve de junio, Annabella me contó que cuando Giorgio había llegado a casa a las siete de la mañana, fue inmediatamente donde ella para decirle: "Mama, ¿sabes

que Dios me habla?" Su madre se había quedado sin palabras porque se hubiera esperado cualquier cosa menos un comentario así.

"¿Qué... Dios te habla?" había repetido incrédula, "¿Y cómo?"

He tratado de que ella me repitiese lo más fielmente posible, lo que en ese momento Giorgio le dijo y así lo transcribo: "Sí, son como visiones que se sobreponen, cuando encuentro a alguien siento que Dios me habla. ¡Cuando enciendo la televisión, siento que Dios me habla! todo el día siento que Dios me habla. ¡Te das cuenta de que me habla justo a mí que soy medio ateo! ¿Y después porque me habla? ¿Que quiere de mí? ¿Que querrá decirme?"

El no era ateo, estaba seguro ¿y cómo podía escuchar a Dios que le hablaba si no creía en Él?

Sabía que Dios escucha a todos los que humildemente se dirigen a Él y que ama de forma particular a las personas de buen corazón, además sabía que Dios no juzga a las personas por lo que dicen, sino por sus sentimientos; y él tenía lo que a Dios le agrada: un maravilloso corazón.

En lo primero que pensé cuando me lo dijo, fue en el encuentro con el padre Gilberto pocas horas antes. Me di cuenta de que el Señor ya estaba trabajando en él. No entendía cómo, pero me consolaba tanto el pensar que Dios me hubiese escuchado.

La última llamada

Me levanté pronto la mañana del lunes diez de junio. Me monté en la moto sin darme cuenta a dónde iba, me perdí por las calles de la ciudad.

Eran casi las diez cuando me llamaron al móvil. Me paré, era Annabella presa de una terrible agitación.

Gritaba y me rogaba que corriera a su casa porque Giorgio estaba mal. Sin darme cuenta, me había dirigido hacia aquella dirección, cuando recibí la llamada, estaba como a un cuarto de hora de su casa. Corrí cuanto pude y en unos diez minutos ya estaba en su casa.

Tenía delante de mis ojos las escenas de los colapsos tremendos que le habían sacudido últimamente, lo que me habían contado porque yo nunca estuve presente. Me preguntaba qué le podía haber pasado, alegrándome una vez más de no haber partido. Si hubiese sucedido algo estando lejos, nunca me lo hubiera perdonado.

Empecé a orar porque cuando el ansia es tal que puede destrozarte el corazón, es lo único que se puede hacer.

Dejé la moto y corrí por las escaleras...

Desde hace un tiempo que no escribo, he llegado a un punto en la historia en el que no consigo continuar. Durante este viaje imaginario, mi barca está entre una densa niebla que impide ver desde el timón, hasta la misma proa de la nave.

También los recuerdos de aquel diez de junio eran nublados. Es como si no pudiese recordar, lo he intentado pero veía todo ofuscado. Luego he entendido que en realidad era yo mismo quien no quería recordar, posponiéndolo día tras día. Necesitaba un poco de concentración y un poco de voluntad, me hacía también falta un poco de tranquilidad y así quizás hubiera podido continuar a escribir. Así que decidí partir unos días a la isla donde estoy ahora, Barú. Una isla semidesierta en las Islas del Rosario a casi una hora en lancha motora desde Cartagena. Esta misma mañana he partido. Siempre había oído hablar de esta isla y de este hotel que gestiona una señora italiana muy simpática y amable; con bungalows contruidos en madera y paja en una playa preciosa, los manglares de alrededor se reflejan en el agua plateada y en algunos puntos dejan espacio a lenguas de arena blanquísima. Estos días el hotel hospeda a muy pocas personas; una pareja de novios y una familia de italianos con dos niñas preciosas, Bianca e Viola, más o menos de la misma edad que mis dulces niñas que he dejado en Cartagena. Mirándoles, siento aún más cuánto me faltan. Luego está Arsenio, un chico colombiano que hace de todo, nos lleva a dar vueltas con la lancha y distribuye a los huéspedes en las playas, antes de acompañar a otros a los arrecifes en medio del mar. Luego se sube a las palmeras para recoger cocos, los prepara y al final se pone una camisa y nos sirve la

mesa como todo un camarero. Ahora estoy sentado a la sombra en un patio bebiéndome un café que me acaba de servir. Una brisa fresca que viene del mar entra en la bahía llegando hasta aquí. Además hay un silencio y una tranquilidad que desde hace tiempo en casa no conseguía encontrar, es el lugar ideal y el momento justo para continuar mi viaje.

La niebla se ha disuelto, ahora veo claro y puedo volver a escribir...

La puerta de casa estaba abierta y Annabella gritaba que Giorgio se había cerrado en el baño y no respondía. Probé a abrir la puerta, pero no se podía, parecía que hubiese algo encajado que la bloqueaba.

Empujé con todas mis fuerzas consiguiendo abrir los centímetros suficientes para pasar.

Como el lavamanos me impedía entrar, hice una especie de salto con contorsión sin darme siquiera cuenta de cómo pude tener semejante agilidad que creía perdida hacía años. Salté por encima del lavamanos y entré.

Giorgio estaba tumbado en el suelo, como si se hubiera desmayado y su cuerpo contra la puerta había impedido a su madre cualquier intento de entrar.

Lo llamé con la voz que se me atragantaba y probé a darle alguna bofetada en la cara, pero nada. Lo primero que pensé es que era otro colapso. Le aparté un poco para que entrase Annabella y agarrándolo entre los dos, lo arrastramos hasta el salón.

Comprendí que el temido colapso era esto, no reaccionar, no responder; como desaparecer en un mundo en el que mis gritos de reclamo no podían alcanzarle. No estaba preparado para esto, nunca me había pasado antes así que no sabía bien qué había que hacer.

Intenté hacerle beber agua, le salpiqué un poco en la cara, pero no reaccionaba. Grité a Annabella para que llamase a una ambulancia, tuve que repetírselo dos veces alzando la voz a niveles increíbles, como si en vez de estar petrificada por la angustia, se hubiese quedado improvisadamente sorda. Estaba inmóvil como una estatua de piedra en un ángulo de la sala.

Llamó a una ambulancia.

Giorgio no reaccionaba a ningún estímulo, estaba caliente pero a ratos me parecía que ni siquiera respirase así que probé a practicarle la respiración boca a boca y un masaje cardíaco. Nunca lo había hecho, solamente lo había visto hacer y me empeñé con la fuerza que da la desesperación; apretaba el pecho con las manos abiertas, soplabo aire, apretaba...

Me parecía que respirase, también su madre lo notó y me gritó: "¡Respira! ¡Respira!". También a mí me lo parecía, así que seguía como un loco, mientras un pensamiento trágico me pasaba por la cabeza, si no lo hubiese hecho, Giorgio hubiera podido morir. Era una cuestión de minutos, de segundos.

Continuaba alternando la presión sobre el pecho cada vez con más fuerza, con las respiraciones siempre con más energía y a medida de que aquellos inexorables instantes pasaban, aumentaba el miedo y la desesperación. Cuando terminaba de espirar todo el aire que podía dentro de los pulmones, iniciaba a presionarle el tórax con las manos sobre el pecho y le gritaba con toda mis fuerzas: "¡Giorgio, no! ¡No!". Luego de nuevo la respiración boca a boca y de nuevo: "¡Giorgio, no! ¡No!" repitiendo estos movimientos gritando cada vez más fuerte: "¡Giorgio, no! ¡No!" no sé durante cuántas veces veinte, cincuenta, cien veces.

Cada vez pensaba que aquellos momentos preciosos, parecían pasar sin resultados, me explotó: "¿Pero la ambulancia qué hace? ¡Annabella llámale otra vez!".

Retomaba con ritmo frenético los mismos movimientos y los mismos gritos. Un momento, otra vez, un momento... un puñado de segundos con un valor inestimable y mientras presionaba y soplabo, pensaba en todos los minutos que había perdido, cuántas horas de manera fútil sin darme cuenta en absoluto de lo precioso que es el tiempo que nos viene regalado para nuestra vida... Cada minuto es un tesoro que no debemos perder como si fuera mercancía sin ningún valor o un don inútil y superfluo.

La vida es un instante, al nacer y en un instante mi hijo hubiera podido...

Quería que lo lograra, quizás me había quedado allí porque podía ayudarlo así que aún me empeñaba más.

Se recuperará y luego nos reiremos de este padre saltarán que siempre le sigue, que siempre le ha perseguido; será mejor que antes cuando se dormía dulcemente sobre mí, abrazado con su cara apoyada en la mía.

¿Cuántas hemos pasado juntos últimamente? Ha sido duro, pero siempre hemos superado los momentos difíciles.

Cada vez que acercaba mi boca a la suya, sentía el sabor de sus labios, el mismo sabor que cientos de veces me había llenado de alegría e ilusión. Desde que era pequeño, nos saludábamos con un beso en la boca, algunos quizás nos criticaban, pero a mí siempre me ha parecido bonito, especial, tanto que no habíamos perdido esta costumbre ni cuando se hizo mayor.

Ahora se recupera, ¡eso! Y cuando esté mejor le daré una buena reprimenda, quizás hasta me enfadaba: “¡Ahora basta! ¡Esta es la última advertencia, no puedes jugar con tu vida! ¿Te das cuenta de lo que has arriesgado?”.

En el momento en el que estaba a punto de perder la esperanza, llegó la ambulancia y entraron los médicos.

Me aparté aliviado porque su presencia me tranquilizaba y ahora ellos intervendrán y serán más hábiles que yo, saben cómo hacer.

Los médicos de la ambulancia estaban preparados y sabían de qué se trataba, porque Annabella les había explicado todo por teléfono.

Un doctor encendió un aparato mientras la doctora preparaba una inyección. Trabajaban velozmente porque sabían mejor que yo lo importante que era el factor tiempo, pero aún así yo les gritaba que se diesen prisa. Quería hacer algo para ayudarles así que le quité a una doctora de las manos una ampolla y le dije: “Esto lo hago yo, que sé hacerlo”.

Mientras allá le aplicaba el cordón hemostático, rompí la ampolla y aspiré el líquido. Le di la jeringuilla y ella le enfiló la aguja en la vena. No sabía qué era ni para qué servía. Luego le hicieron alguna otra cosa que no recuerdo, hasta que en un monitor se encendió la imagen de una línea que indicaba los latidos de su corazón. Tuve un momento de esperanza.

Annabella no se había movido del ángulo en el que se había metido; allí en silencio, de piedra y con los ojos en blanco, incapaz de un gesto o de una palabra.

La puerta de la terraza de la sala estaba abierta, no podía quedarme sin hacer nada. Así que salí a la terraza y me puse de rodillas a orar con todo el corazón dirigiéndome al Señor, le dije: “¡Dios! ¡Toma mi vida, en este momento, tómate a mí, pero salva a Giorgio! Es demasiado joven para morir, tiene toda una vida por delante. Te ruego ¡llévame a mí! ¡Tómate a mí que ya he vivido bastante y sálvalo a él!”.

Solamente Dios sabe cómo era de genuina y verdadera mi súplica, cuánto venía del profundo de mi alma, la petición de cambio que le pedía. No podía hacer otra cosa, como no había podido hacerlo últimamente. Quería o debía esperar y confiar en Dios, que era El único que hubiera podido salvar a Giorgio. Estaba en sus manos y era El que decidiría salvarle.

Volví la cabeza hacia la sala y vi a los médicos en pie. Entré en la sala, mientras apagaban el monitor y recogían sus cosas. Les miré sin comprender, pero cómo, Giorgio estaba en el suelo y ellos se iban, no hacían nada...

Me tiré hacia ellos gritando como un loco que no podían dejarlo allí sin hacer nada. Me acuerdo que agarré a un médico de un brazo gritándole: “¿Porqué no sigues?” y luego dirigiéndome a la doctora le preguntaba: “¡Póngale otra inyección! ¡Se lo ruego, hagan algo!”.

Me bloqueé en él: “¡Se lo ruego, hagan algo!” como un disco rayado mientras me miraban con una expresión de honesta, intensa compasión, yo seguía con mi cantinela “aún algo... otra vez, hagan algo”.

Como yo hubiera seguido a practicarle el boca a boca durante mucho tiempo, quería que la intervención de los médicos fuese larga, larguísima, de manera que el sutil hilo al que estaba unida la vida de Giorgio, no se rompiese nunca...

Pero el tiempo había pasado, Giorgio había muerto y ellos estaban recogiendo sus cosas para irse; aquel hilo se había roto tal y como se estaba rompiendo mi corazón.

Uno de los doctores, un muchacho joven que tenía los ojos llenos de lágrimas, me dijo: “¡Hemos intentado lo imposible, pero no había nada que hacer! ¡Lo sentimos, pero su hijo está muerto!”. ¡Esta palabra! ¡No...no quería ni oírla! ¡Siempre me había asustado escucharla! Pensar que la había pronunciado decenas, quizás cientos de veces para asustar a Annabella que no entendía, o que no había querido entender; para asustar a Giorgio, los amigos de Giorgio que también se daban cuenta de la situación.

La pronunciaba para exorcizarla y encontrar la fuerza necesaria para seguir buscando una vía diferente. Solo que ahora, pronunciada por aquel joven médico conmovido, me parecía extraña, inesperada e injusta, monstruosa. No quería aceptarla, no quería oírla.

“¡Noooo!” ¡Nooo! ¡No puede ser verdad!” les decía, y volviéndome hacia Giorgio que aún estaba en el suelo como le había dejado, me tiré sobre él y lo agarré fuerte, fuerte. Así lo tuve un tiempo, su cuerpo estaba caliente y blando, era bello a pesar de todo. Llevaba una de sus camisetas negras un poco consumida y unos vaqueros.

Lo besé en el cuello sintiendo su olor, en la cara, en la boca, en los ojos, en la frente y luego seguía abrazándolo con todas mis fuerzas como si quisiese impedirle que se fuera.

Le decía en voz baja: “¡No te vayas! ¡Te lo ruego Giorgio, no te vayas! ¡No dejarme!”.

Me quedé allí abrazándolo durante mucho tiempo. No sabía si estaba sólo o acompañado, si había entrado alguien después de que se fuesen los médicos, qué había sido de Annabella... yo estaba allí en el suelo con él, lo tenía cerca como si aún pudiese protegerlo.

Al rato me di cuenta de que había gente a mi alrededor que hablaba y me parecía que no era capaz de permitir a nadie que se lo llevara. Oí vagamente que Annabella tenía que salir con alguien de la policía. Luego se me acercó una persona que me dijo: “No quiero llevármelo, solamente quiero ayudarlo a llevarlo a la cama”.

Lo llevamos a la cama en la habitación, era la misma cama en donde su Nene había pasado tan serenamente del sueño a la muerte y en donde él había llorado tanto abrazado a ella, como yo hacía ahora con él.

Tumbado a su lado, en la cama lo abrazaba fuerte y seguía hablándole diciéndole que no se preocupase porque nos íbamos a encontrar todos, que ahora él se iba a encontrar con su Nene que lo consolaría y protegería sin dejarlo jamás. Le conté que encontraría también al abuelo que, quién sabe, quizás le hubiera llevado a ricotes como cuando era pequeño, también con mi madre que le adoraba, con el tío Luciano que estaba loco por él, con su primo Marco que le acompañaba siempre a la guardería con los caramelos sobre el salpicadero del coche y la tía Fabrizia que adoraba tanto. Le contaba que se iba a encontrar con todos ellos, además que su madre yo le alcanzaríamos antes o después, y que ese día haríamos una gran fiesta todos juntos. Le hablaba como cuando era pequeño y no quería dormir, contándole un montón de historias para dormirle.

Tenía el brazo izquierdo bajo su cuello y con la mano derecha le acariciaba la cara como para tranquilizarle. A cierto punto me di cuenta de que su mano estaba quedándose cada vez más fría, entonces comencé a frotarla enérgicamente como para calentarla.

Al final comprendí que no sería capaz de calentarla jamás y exploté en un llanto irrefrenable que no era capaz de controlar, escapándome lejos como para evitar que él pudiese descubrirme en ese momento de devastante debilidad.

“Amor mío, cuánto te he amado y cuánto te amaré, estoy aquí cerca y no puedo hacer nada más por ti, ni siquiera calentarte un poco”.

Pensar que hasta hace poco tiempo antes estaba convencido de encontrar solución a todo. Cuando él tenía un problema le decía, “¡No te preocupes, déjame a mí!”. Ahora ¿qué podía hacer? ¿Qué podía hacer por mi hijo, ahora que se había ido? No lo había podido ayudar antes, ni proteger, ahora ya no podía hacer nada más. Mi niño aún tenía una ligera tibieza de vida, pero ¿por cuánto tiempo más?

¿Cómo se puede frenar el tiempo? ¿Cómo tornar atrás lo suficiente como para evitar la tragedia?

Volver atrás solamente algún día para buscarle con mayor tenacidad, para sentirlo cerca como en Cartagena cuando estábamos solos, para poder seguir el consejo de aquel amigo y tenerlo escondido de todos en algún recóndito lugar en donde nadie pudiese encontrarnos, y así curarse. O volver

atrás algún año para estar todo el tiempo con él, para entender qué es lo que necesitaba realmente e impedirle a catorce años que se fumase el primer cabo.

Cuántos errores, cuántos lamentos y cuántos remordimientos sentían en ese momento. ¿Qué iba a ser de mi vida sin él?

Llegaron dos hombres que se querían llevar a Giorgio y me encontraron abrazado a él. Les pedí que esperaran un poco, cerré la puerta y me quedé otros diez minutos con él, le abracé aún más hablándole interrumpidamente como si callando hubiese sellado definitivamente éste trágico momento.

Antes de que se lo llevaran quería pedirle perdón porque me sentía culpable, quería que supiese que estaba profundamente arrepentido, quería decirle otra vez cuánto le amaba, quería que lo supiese...

Luego le abrí sus bellos ojos azules, parecía que me mirase, le sonreí y le di un beso, el último beso y dejé entrar a los hombres.

Me pidieron que saliese, respondí que quería estar cerca de él. Me dijeron que no iba a ser agradable de ver. Tenían un gran saco de plástico, yo no entendía, pero no quería dejarle sólo. Le metieron dentro del saco cerrándolo con una cremallera mientras yo le cogía su mano y se la enfilaba dentro al cerrar.

Lo seguí hasta que lo metieron dentro de una camioneta bajo la casa.

La última mirada al saco en donde estaba Giorgio donde estaba toda su vida, una vida breve pero vivida intensamente como intensos fueron sus sentimientos, tantas alegrías y tantos dolores, tantas esperanzas pero sobretodo tanto amor dado y recibido. Todo estaba ahora allí metido en aquel saco con él, una existencia quebrada en la edad más bella. Me acordaba de cuando nació al alba de aquel maravilloso día que nos hizo felices a todos, los momentos preciosos de los dos primeros años con papa y mama que aún estaban juntos, las vacaciones en la montaña, las primeras veces que íbamos a esquiar juntos, nuestros viajes por el mundo y durante las celebraciones familiares cuando era feliz de vernos a todos juntos.

Recordaba con cuánta emoción me esperaba cada fin de semana al salir de la escuela, cuántos proyectos para el futuro, sus primeros amigos, sus primeros amores y también sus primeros desengaños. El nació prácticamente el mismo periodo que el hijo de Baglioni un famoso cantante italiano al que había dedicado la canción "tendrá", describía con mucho sentimiento todas las cosas bellas y todas las experiencias que su hijo habría de recibir de la vida, se la cantaba tantas veces hasta antes de ir a dormir. Me parecía que interpretase el sentimiento común de todo padre. Siempre me conmovía, me provocaba una profunda inquietud y una gran tristeza, sin comprender el porqué.

A pesar de todos los intentos de invertir la ruta de su existencia, a pesar de todo el amor y la esperanza que había intentado transmitirle, a pesar de todos los momentos bonitos que últimamente hemos pasado junto: esta sensación de tristeza al escuchar esta canción se hacía más fuerte como si dentro de mí, vivía el presentimiento de que su vida se interrumpiría antes de tener el tiempo de recibir lo que la canción contaba.

Tenía una especial importancia el periodo que vivimos verdaderamente juntos en Cartagena, en donde pude seguirle, rodearle de cuidados y cariño. Volvían a mi cabeza imágenes y recuerdos... pero cerraron la puerta y se fueron.

Se fueron también las esperanzas en las que me había ingenuamente refugiado. Giorgio había muerto y todo había terminado.

Sentía que sin él, mi vida no tendría ningún sentido.

La camioneta se alejó y me invadió una sensación de frío, de miedo y vacío.

Me quedé allí petrificado, como alelado mirando el vehículo que se alejaba hasta desaparecer de mi vista.

Me parecía que fuese una pesadilla.

Unos metros más allá había un banco en donde me senté, vacío de cualquier tipo de energía, incapaz de un gesto ni una palabra. Parecía que había consumido todo. Allí me quedé hasta bien entrada la

tarde. Estaba sentado frente al aparcamiento de Giacomino, en frente había una pastelería, a la derecha el supermercado y detrás de mí, a unos dos metros una calle por donde pasaba el tráfico. Allí lloré y sollocé mientras la gente pasaba a mi lado sin verla. Estaba solo, aislado del mundo dentro de una bola de dolor inmenso tan lejos como para ignorar el presente, la vida que continuaba en torno a mí y el tiempo que pasaba a mí pesar.

Tenía la cabeza agachada, los codos sobre las rodillas, las manos en la frente y la mente bien nublada. Me daba cuenta de que había ocultado la tragedia que estaba viviendo, las imágenes; no podía traerlas al recuerdo, era demasiado. A cierto punto me di cuenta que estaba adormentándome y dentro de mí una pequeñísima parte de mí, esperaba que se tratase de una pesadilla de la que al rato me despertaría y encontraría las cosas como antes.

Pero luego levanté la cabeza sacudiéndome de aquel entumecimiento y me daba cuenta de que la pesadilla era realidad, sobresaltado y estremecido por un sentimiento de rabia y odio hacia todo lo que podía haber contribuido a su muerte. A ratos me sentía con sed de venganza. Hubiera querido agredir a todos los amigos que le habían inducido a enredarse en esta miseria, aquella traficante que nunca le había negado la cocaína. Solamente le había visto una vez y no perdí la ocasión para decirle que si quisiese a Giorgio de verdad, hubiera debido desaparecer de su vista y no volverlo a ver.

Y apareció un odio terrible hacia Annabella que no me había querido escuchar impidiéndome ayudarlo a mi manera; odiaba a todos y me odiaba a mí mismo por todos los errores que había cometido. Sentía rencor hacia todos los que me habían convencido de renunciar a la lucha, hacia el pastor Richard que me había convencido de renunciar y encomendar su vida al Señor, y hacia el padre Gilberto que el día antes me había asegurado que Dios se encargaba de Giorgio.

¿Es así cómo le ha ayudado? ¿Es con su muerte como ha solucionado los problemas de Giorgio? ¿No había otra manera mejor? ¿No podía dejarle vivo?

Pensando en Dios, me sentía traicionado también por El.

En mi vida me había sentido traicionado muchas veces en los sentimientos con las personas, pero esta vez había sido Dios a traicionarme; primero me había hecho ilusionarme y luego desilusionado. Me dolía mucho, mucho más que cuando las personas que quería me habían traicionado. De las personas me lo podía esperar, pero de El no, en El había creído y esperado como nunca me había pasado antes. ¿Dónde estaba ahora? ¿Por qué me había abandonado?

Sentado en aquel banco me fumé como dos paquetes de cigarrillos, me quería hacer daño, pensando con amargura que tres meses antes había prometido que dejaría de fumar a cambio que Giorgio estuviera bien y lo había mantenido hasta entonces. ¡En cambio ahora estaba muerto!

¿La salud? ¡Qué importaba ahora mi salud! No me interesaba nada más, ¡Giorgio estaba muerto!

Se lo han llevado dentro de un saco de plástico, ahora me podría morir también yo, ¡hubiera sido una liberación para mí en aquel momento!

Había creído en Dios, había orado con devoción, había llorado de dolor y de alegría por haber encontrado al Señor. El sabía muy bien que Giorgio era lo único precioso que yo tenía, que hubiera dado mi vida por él y todo lo que había hecho por evitarle este final.

A Giorgio le había dicho y repetido mil veces que arriesgaba su vida, se lo había dicho a sus amigos, a Annabella... pero en el fondo ni siquiera yo me lo creía del todo. Soltaba estas palabras delante de todos como un espantapájaros con la esperanza de que sirviesen para hacer sentar la cabeza a todos. En cambio dentro de mí anidaba la esperanza, especialmente después de haber encontrado a Dios y de haberle sentido tan cercano a nosotros.

¿Pero dónde está ahora? ¿Dónde estaba pocas horas antes cuando me he arrodillado rogándole que lo salvara? El hubiera podido salvarlo, era El único que lo hubiese podido hacer. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Cómo puede haber permitido que muriese? ¿Por qué justo en el momento en el que había depositado en El mi esperanza, encomendándole mi vida y la de Giorgio?

¿Qué había hecho mal, un muchacho así lindo y bueno para merecerse morir así de joven? ¿Un muchacho justo y generoso que siempre ha querido ayudar al prójimo y a cualquier persona que lo necesitase con el mismo espíritu de misericordia que nos enseñas? ¿Cómo has podido engañarme así, ilusionándome hasta el final con que lo hubieras salvado? ¿No había seguido el camino adecuado?

¿Dios... no he seguido Tus enseñanzas y las señales que me enviabas? ¿Sólo eran fruto de mi imaginación? Últimamente me he acercado a Ti con una entrega y una fidelidad como nunca, te he creído con mi corazón. ¿Cómo has podido abandonarme en este momento, cuando más creía en ti? Además ¿no debía consignar su vida en tus manos, y quizás también me había equivocado al consignarte la mía?

¿Debía seguir luchando con todas mis fuerzas contra viento y marea, como había hecho durante el largo periodo en Cartagena? ¿Debía prohibirle a Annabella de venir? ¿Debía seguir el consejo de mis amigos y llevármelo dos o tres años lejos de todos? Luego, dentro de este río de rencor hacia todos, se insinuó una duda ¿quizás he interpretado mal tus señales? ¿Quizás no eras tú quien las enviaba? Con la duda que se había insinuado, empecé a sollozar, quizás no había dejado de llorar, no me daba cuenta. Solamente sé que cada rato, alguien se me acercaba para preguntarme si necesitaba algo. Sin responder, me llegaba una especie de entumecimiento, luego me estremecía preguntándome de nuevo cómo Dios me podía haber abandonado y castigado con tanta ferocidad.

Pasé horas sentado en aquel banco con estos pensamientos rondándome la cabeza. Luego me acordé improvisadamente de una historia que me había emocionado tanto, hasta el punto de transcribirla, enmarcarla y colgarla en la pared cerca de mi cama.

“He soñado que caminaba en la arena acompañado del Señor y en la pantalla de la noche se proyectaban los días de mi vida. He mirado atrás y he visto que por cada día proyectado, aparecían huellas sobre la arena; una mía y otra del Señor. He seguido adelante hasta que los días se consumieron. Entonces me detuve y miré atrás he visto que en algunos trazos había solamente una huella en la arena. Esos trazos coincidían con los días más duros de mi vida. Días de angustia, de miedo y dolor. Entonces le pregunté: “Señor, me habías prometido permanecer conmigo todos los días de mi vida y yo así he aceptado vivir contigo. ¿En esos días terribles solamente había una huella en la arena, por qué me dejaste solo?” “Hijo mío”, respondió el Señor, “Yo te amo y te prometí estar siempre contigo en el camino sin dejarte sólo ni un momento. Los días en los que aparece solamente una huella en la arena, son los días en que... te he llevado en brazos”.

Cuando me sentía desmoralizado, miraba aquel cuadro y me dejaba invadir por un sentimiento de bienestar y tranquilidad, Dios nunca nos abandona. Un día lo descolgué de la pared de mi habitación para dárselo a una amiga que necesitaba consuelo porque su hermano estaba a punto de morir. Le dije que lo colgara cerca de la cama de su hermano, que le ayudaría a él cómo me había ayudado a mí. Pero si es verdad que Dios nunca nos abandona ¿por qué no ha impedido esta tragedia?

Estaba confundido, angustiado, agotado, y mientras pensaba que no hubiera podido vivir, ni volver a amar, una idea se me presentó tímidamente ¿quizás Dios estaba cerca de mí? ¿Quizás no me había abandonado, y justo en ese momento me estaba sosteniendo en sus brazos? ¿Quizás era su presencia que me daba un sutil aliento de serenidad? ¿Quizás había esperado a que terminase mi desahogo natural antes de hacerme comprender que ha sido él quien se lo ha llevado? ¿El que había diseñado el destino de Giorgio y hoy se lo llevaba con él?, que también había diseñado el mío haciéndome quedar aquí a sufrir. Si ha sido verdaderamente su voluntad, ¿significa que lo ha hecho por su bien, y que a donde ha ido, Giorgio estará mejor?

Repensaba en el ultimo periodo vivido con Giorgio: los meses pasados juntos a él en Cartagena el encuentro con el padre Richard que había cambiado mi proposito y me había ayudado a acercarme a Dios y a entregarle mi vida en sus manos.

Repensaba en Rinaldo que sin darse cuenta había sido la causa del aplazo de mi partida consediéndome por lo menos la posibilidad de estar ahí cerca de él hasta el ultimo momento.

Pensaba al padre Gilberto que había orado intensamente por Giorgio y repensaba aquellas visiones del día anterior que Giorgio tuvo mientras sentía que Dios le hablaba. En Hechos 2:17 está escrito: *“y en los postreros días, dice Dios, derramare de mi espíritu sobre toda carne, y vuestros Jovenes verán visiones”* leyendo este versículo me vino una sensación de serenidad al sentir que Dios tenía a Giorgio en sus manos.

A medida que florecían estos pensamientos confusos anublado, aclaraban mi mente tanto de considerarme la duda y la esperanza que todo esto era obra de Dios. Apareció dentro de mí una especie de serenidad endulzando mi dolor, si porque esto quería decir que era la voluntad de Dios, que Giorgio había sido salvo y que Dios no me había abandonado. Este pensamiento estaba entrando prepotentemente dentro de mí como un espíritu divino que invadía mi mente, como unguento para curar mis heridas y como recompensa por aquello que estaba sufriendo.

No es fácil para mí recordar lo que ocurrió en los días sucesivos. Volví a casa, se que durante aquel día y los siguientes invadieron mi casa una multitud de amigos. Volví a ver a personas que no veía desde hacía mucho tiempo, y que, a pesar de estar confuso, sentía que estaban cerca de mí. Fue una sorpresa recibir el amor, la atención... aunque no pueda recordar ni los nombres, ni sus caras recuerdo que mis amigos se asignaron turnos para no dejarme nunca sólo. Siempre se quedaba alguien conmigo a dormir, recuerdo particularmente a mi amigo Marcello que se mudó a mi casa dejando a su mujer embarazada de cinco meses diciendo: "Yo de aquí no me muevo, ¡no te dejo!". Y no me dejó por dos días y dos noches ni siquiera un instante. Estaba muy afectado, nunca le había visto así. Había visto crecer a Giorgio durante toda nuestra amistad. Vivió a mi lado el dolor como un hermano, se quedó tan afectado que desde aquel día empezó un camino de fe que le ha acercado a Dios y que no ha interrumpido.

Luego recuerdo que alguien me daba algo de beber, creo que también Marco, un amigo médico, me enfiló alguna pastilla en la boca, porque cada rato caía en una especie de letargo, aunque si cuando despertaba rompía a llorar al volver brutalmente a la realidad que me hacía desesperarme.

El día de su funeral, cuando hicieron salir a todos de la cámara ardiente para cerrar el féretro, pedí quedarme dentro para estar un momento a solas con él. Le hablé, le dije todo lo que no había sido capaz de decirle los dos últimos meses, aunque sabía que ahora él conocía hasta el más pequeño de mis secretos. No quise salir ni cuando cerraron el féretro, me quise quedar allí como había hecho en casa cuando le metieron en el saco de plástico, y también esta vez le apreté la mano hasta el último momento diciéndole: "¡Tranquilo, tranquilo!" como para infundirle coraje.

Pero el coraje lo necesitaba yo también.

Le dije que sus sufrimientos aquí en la tierra habían terminado, pero que su vida no. Una nueva vida maravillosa le esperaba, luego le solté la mano en el último instante cuando la tapa ya hacía presión sobre mi brazo.

Me acordé que unos días antes, siempre para asustarle, por teléfono le había dicho: "Piensa lo que haces Giorgio, no es bonito estar metido en un féretro y hacerse cerrar dentro". No me respondió, hubiera querido comerme aquellas infelices palabras que pronuncié con la intención de asustarle una vez más. Nunca hubiera pensado que a los días iba a ser así.

Fue una idea de muy mal gusto que me amargaba terriblemente habérsela dicho.

La ceremonia en la iglesia fue preciosa, gracias también a todos los jóvenes carismáticos que acompañaron la función cantando y tocando canciones dulces y conmovedoras. Además de mis familiares y de Annabella, a mis amigos y a los suyos, había mucha gente.

Me acuerdo que vi a Giacomino, el joven y desafortunado del aparcamiento, que lloraba desesperado en un ángulo de la iglesia y pude ver, fuera de la iglesia, a la traficante Monique. También ella lloraba, pensé que quizás no entraba porque tenía miedo de mí, de mi reacción. Pero yo de la rabia y del rencor ya había pasado bastante. Así la mande a llamar para que entrara. No la odiaba más, la había perdonado como había perdonado a quien pudiera haber contribuido a su muerte.

Oficiaba padre Daniel, un joven padre carismático que tuvo palabras llenas de amor, de fe y de esperanza, tanto que todos nos conmovimos, no parecían pensadas para un funeral. Cuando terminó la ceremonia, le busqué en la sacristía con dinero en la mano para pedirle hacer una ofrenda. Lo vio y dio un paso atrás, respondiéndome casi sorprendido: "Le ruego no arruine todo con esto. Estamos todos profundamente conmovidos, pero felices de haber contribuido de alguna manera a aliviar vuestro gran dolor".

A Giorgio le hubiera gustado y seguramente se hubiera alegrado por la humana fraternidad que se respiraba en la iglesia entre todas las personas presentes.

Estoy convencido de que todo fue como a él le hubiera gustado. No pude dejar de pensar: “Quizás Dios había pensado hasta en esto”.

Después

Durante todos aquellos frenéticos días, había echado mucho de menos a Yenny, en verdad un consuelo para mí, pero también porque ella quería tanto a Giorgio y cuando las noticias no eran buenas, ella también sufría.

Me contó que cuando le comuniqué su muerte, se quedó sentada en el suelo, entre el sillón y el diván de su casa llorando durante horas como una niña sin querer hablar con nadie. Se lamentaba por no haberle podido saludar y abrazar por última vez, de no haber podido compartir nuestro sufrimiento, de no estar cerca de mí en un momento tan doloroso.

¿Qué pasaría con aquella boda? Todo estaba preparado y todos estaban esperando; sólo que después de lo que había sucedido ni yo ni Yenny ni nadie pensaba obviamente en este matrimonio, yo no pensaba siquiera en el tema, no estaba en condiciones psicológicas para pensar en la boda.

No iba a ser lo mismo, no iba a poder pasar del dolor a la alegría. Quizás era el destino que no debía partir, y una vez más, cuando me había ilusionado por haber encontrado a la mujer de mi vida, quizás debía renunciar.

Dadas las circunstancias naturalmente, todos en la familia de Yenny me estaban esperando se habían dulcificado conmigo, nos habían dado su consentimiento y bendición.

¿Pero quién tenía ganas de casarse? yo no. Hablaba con los pocos amigos a quienes había contado mi decisión y me decían: “¿Pero qué haces ahora aquí? Cambiar de aire te hará muy bien”. Adriano me dijo además: “¡Vete! Aquí ya no tienes nada que te retenga”.

También Sabrina me animó diciendo: “¡Si, cástate! Si es algo que sientes, hazlo enseguida, sin pensar, porque si no lo haces ahora, no lo haces jamás” y luego Marcelo, Rinaldo, Morris, María Grazia, Marco... parecía que se habían puesto todos de acuerdo y me empujaban para irme. Mi preocupación era en relación a Annabella que en menos de dos años había perdido a su madre, luego a su padre y ahora a su hijo.

Estaba sufriendo mucho y temía que hiciese cualquier estupidez.

Atrasé el viaje aún algún día más y con los amigos más queridos organicé todo para que cada día se ocupasen de llamarle en horas diferentes, de manera que pudiese estar tranquilo. Pensar que mientras en el pasado le amenacé si le sucedía algo a Giorgio, ahora me preocupaba por su vida. Ella misma me confirmó por teléfono que cada día recibía tres llamadas, así que al cuarto día imaginó que lo había organizado para controlarle de alguna manera.

Cuando nos llamamos por teléfono, me dijo que no me debía preocupar porque con lo miedosa que era, no hubiera tenido el coraje de cometer ninguna idiotez.

Pienso en lo providencial que fue el retraso de mi viaje, porque si hubiese partido el día establecido, no sólo hubiera debido volver enseguida, sino que con el remordimiento de haber estado lejos en aquel crucial momento, probablemente hubiera renunciado a casarme para siempre; Luna, Giorgia Nina no hubieran nacido y mi vida hubiera naufragado en el remordimiento.

Pero Dios quiso que estuviese cerca de él los últimos momentos de su vida y por esto le estoy agradecido, por poder respirar hasta el final el perfume de su vida.

Nadie que no haya perdido a un hijo puede saber lo que significa verdaderamente, es un dolor que no se puede explicar.

¡No es natural perder a un hijo! ¡No está en el orden de las cosas! La naturaleza nos ha preparado para ver cómo se van los padres, un hermano o un amigo, pero no un hijo.

El sufrimiento que se experimenta es inconmensurable, sientes no querer vivir más, que nada tiene ya importancia y este estado de ánimo puede fácilmente conducirte a una depresión de la que, a

medida que pasa el tiempo, es más difícil salir. Nada te interesa, nada te estimula, nada tiene más un significado. Luego ese dolor interno que no consigues controlar, es como un cuchillo que penetra y se clava hasta lo más profundo de las vísceras.

No puedes superar que un hijo, tu hijo además, se haya ido así de joven sin que tú hayas podido hacer algo por él. La impotencia te destruye y te hace sentirte pequeño, pequeño sin ningún valor.

Mi cuñado es psiquiatra, se llama Christian y había ya analizado a Giorgio, hablando conmigo en alguna de las sesiones que hicimos cuando volví a Cartagena, ahora era yo quien necesitaba la psicoterapia, me dijo: "Las fases que se deben superar después de un dolor así de grande son cuatro: el rechazo, el dolor, la culpa o la rabia según los casos y la resignación.

Para llegar a la resignación, es necesario transitar las primeras fases, pero se debe saber también que la resignación y la tristeza te acompañarán el resto de la vida. No es posible establecer el tiempo y la duración de las tres primeras fases, ni siquiera es posible saber si se consigue superarlas porque para ello, entran en juego una multitud de factores a cada cual más subjetivo. Hay personas que no han conseguido jamás superar ni siquiera la primera y han enloquecido; otras que no han superado el dolor que les ha provocado poco a poco una muerte a su vez, otras que se han quedado en el odio o la culpa, sentimientos que les perseguirán siempre.

El hecho de haberme casado, de haber abandonado mi pueblo, mi vida, y sobre todo haber encontrado la fe en Dios; me han ayudado ciertamente a superar bastante pronto, las tres fatídicas fases, visto que ya en el momento del funeral, mis sentimientos de rencor se habían ya transformado. La fe me ha ayudado a soportar esta larga separación de mi hijo como si hubiese partido para un largo viaje en un lugar lejano pero que no es por siempre porque un día nos reencontraremos. Sin la fe no se puede soportar un dolor así de grande porque siente que la separación es por siempre y que no lo puedes ver nunca más, y mucho menos abrazarle..... ¡Si! La muerte, sin la fe, es para siempre.

En el fondo es la nada la que da miedo, nos da miedo por quienes amamos, pero da miedo por nosotros mismos, esta idea de la nada nos angustia cada vez que pensamos en el más allá.

Nuestra serenidad está en la fe, una fe que no se puede comprar ni pretender de ninguna manera. Una fe que la adquieres al escuchar la palabra de Dios por medio de sus escrituras, y que luego Dios te la confirma por medio de su espíritu santo. Una vez que la alcanzas la debes cultivar, alimentar con el amor teniéndola fuertemente porque solamente con la fe, tu vida podrá ser mejor. En algunos casos se puede recibir como don de Dios, cuando te sorprende un dolor que te toca el corazón que te conmueve y no te deja vivir. Como me había pasado a mí, que después de la muerte de Giorgio he vuelto a creer en Dios con más fuerza, con una fe indestructible, superando las fases de rechazo, dolor, odio... en poco tiempo. Es la fe que me ha permitido entrar en la fase de la resignación con una serenidad que no había sentido en toda mi vida. La fe me ha dado la fuerza para vivir y reconstruirme una nueva vida.

Es verdad que Giorgio me hace falta. Sí, me hace mucha falta, echo de menos su cuerpo espléndido, su cara simpática, su timidez que le empujaba a asumir una actitud de duro para enmascarar toda la dulzura que guardaba en su corazón y sus maravillosos ojos azules llenos de ternura, que cuando me apuntaban, me daba escalofríos.

Me falta su presencia física y su olor de chico bueno, su carisma y su vitalidad, su fuerza que infundía energía a quien le estaba cerca.

Es verdad que me faltaba el complejo de su especialísimo físico; pero lo que se debe recordar de una persona, mucho más de un hijo, no son las dimensiones de su nariz, de sus brazos, ni el color de sus ojos o de su cabello. Se recuerda su alma, y yo a estas alturas es lo que tenía que recordar bien. Empecé a hacer ejercicios tratando de imaginar a Giorgio sin cuerpo, no era fácil.

Un día le conté esto a Annabella porque si funcionaba conmigo, también valdría para su madre. Le dije: "Prueba a imaginar que delante de ti se aparecen dos jóvenes de veintitrés años, un idéntico de aspecto a Giorgio pero con un alma diferente, y otro con un cuerpo completamente diferente pero con la misma alma. ¿En cuál de los dos reconocerías a tu hijo?".

Sin ni siquiera pensarlo, me respondió: "Seguramente en el chico que lleva el alma de Giorgio".

Ésta es la respuesta que darían todas las personas con sentido común que han perdido a su querido. Es difícil escindir el cuerpo del carácter, de los pensamientos, de la simpatía, de la personalidad y los sentimientos, y entender qué forma parte del alma.

Es muy difícil imaginar a una persona sin su cuerpo, también porque el límite entre el cuerpo y el alma es desconocido.

Pero comprendí bien que no es el cuerpo lo que debemos recordar porque es la única cosa que ciertamente no dura; también durante el curso de la vida el cuerpo se transforma, en unos años no somos los mismos. A veces ni siquiera nos reconocen los viejos amigos que no vemos hace años.

Cuando recuerdo a Giorgio bajo su aspecto físico, me confundo porque desde un punto de vista asociado a su aspecto, él a veintitrés años no era la misma persona que las fotografías han inmortalizado cuando tenía cinco, diez o quince años. Si veo las fotografías que documentan su transformación desde que era un bebé con los ojos como platos y pongo las fotografías que le retratan en el curso del tiempo una al lado de la otra, es como si fuese personas diferentes. Pero esto sucede cuando pienso en su cuerpo, porque en cambio su alma siempre fue la misma.

Si nos quedamos amarrados al cuerpo de quien muere estamos perdidos. Por esto, cuando perdemos a una persona querida debemos concentrarnos en recordar siempre su alma no su cuerpo, sus ideas, sus palabras, sus gestos, sus enseñanzas y sus sentimientos. Debemos conservar alguna cosa que haya dejado escrita o dibujada y conservar en la memoria lo que haya hecho.

Esto representa verdaderamente la persona que era y quedará para siempre, más que su aspecto físico que inevitablemente se modifica, se transforma y luego desaparece.

Estas reflexiones que llegan tan espontáneas en esta extrema situación, deberíamos llegar a hacerlas en condiciones normales. Por ejemplo, deberíamos ejercitar a apreciar el alma de las personas y no su aspecto. A pesar de vivir en un mundo enfermo por la obsesión por la belleza, la forma física que da sobretodo importancia a las cosas superficiales, y al aspecto exterior más que al interior.

En este mundo el alma se enferma por falta de amor, porque a medida que el cuerpo envejece, no se siente más a la altura de las exigencias del mundo. Siente que cada vez recibe menos afecto y atención, y es el alma la que inevitablemente termina por apagarse como una llama que no se alimenta.

Quizás es la necesidad de recibir amor la que nos empuja a cuidar tanto nuestro aspecto físico y todo lo que es material, porque pensamos que solamente de esta forma podemos conquistar el afecto de las personas.

Pero para entender qué es verdaderamente el amor, basta pensar en el amor que siente por su mamá un niño, por su papá, por sus abuelos.

No le interesa nada del aspecto físico, feos o guapos que sea, para él sería lo mismo. No le importa si somos inteligentes, ricos o pobres, jóvenes o viejos, ni si ponemos un perfume de moda o apestamos.

Lo que le interesa es que estemos el mayor tiempo posible con él, le importa ser besado, abrazado pero sobretodo le importa ser amado. Los niños aman de manera incondicional y total que es la forma más noble y sublime de amor que Dios haya podido poner en el mundo. Solamente si somos capaces de amar como ellos podemos entender qué es el verdadero amor.

Una frase de la Biblia dice: *“Dejad que los niños se acerquen a mí porque de los que son como estos es el reino de los cielos” (Mt 19:14).*

Recuerdo muy bien esta frase, porque cuando me pidieron que eligiera el texto para grabar en la tumba de Giorgio, no conseguía encontrar uno que me gustase realmente. Entonces Yenny me sugirió abrir la Biblia al azar, pensando en lo que necesitaba encontrar. Abrí y apunté un dedo sobre un punto de una página y allí encontré esta frase que ahora está allí en su tumba. Giorgio con sus veintitrés años, tenía un alma infantil, un corazón de niño, amaba como un niño. Y a Dios esto le gusta.

He pensado todo esto tantas veces, que ahora me resulta fácil plasmarlas. Solo que antes no era capaz de vestir con palabras mis sentimientos y pensamientos. Me gustaría poder hablar ahora con Giorgio como nunca lo había hecho expresar estos conceptos y sentimientos. Desde que era

pequeño estaba convencido que hablar era cosa de mujeres, energía derrochada; así que decía lo estrictamente necesario. No soportaba a la gente que hablaba mucho porque pensaba que inevitablemente se acababa por decir estupideces. Siempre he pensado que lo que cuenta en la vida son las acciones, los hechos, las cosas que se demuestran.

Annabella me repetía frecuentemente: “Demuestra a Giorgio más amor, el te ama mucho y tiene necesidad de que tu se lo digas”. Yo estúpidamente le respondía: “¿Quieres poner en duda de que amo a Giorgio? ¿Necesitas que se lo diga? ¡El es sensible e inteligente y sabe muy bien que lo quiero y lo amo más que a nada en este mundo!”.

Pero ella insistía: “¡Por lo sensible que es se lo debes decir! ¡A su edad los chicos tienen necesidad de oírlo decir!” Tenía completamente la razón pero yo no entendía o no quería entender.

Estaba convencido de que el amor y el cariño se deben demostrar sólo con hechos y que lo que se expresaba verbalmente, además de inútil, era banal y en algunos casos hasta artificial y falso.

Difícilmente pronunciaba un “te amo”, nunca lo he dicho a Giorgio ni siquiera a las novias que tuve. Cada vez que comenzaba una historia, pensaba que fuese para toda la vida de los puros que eran mis sentimientos, solamente Dios sabe cuánto he amado y cuánto he sufrido sin renunciar nunca a mi fe en el amor verdadero.

Pero me parecía que las palabras disminuyeran la importancia o la profundidad de un sentimiento. Quizás me había dado cuenta de que en este mundo había tantas personas que eran maestras de la hipocresía. Yo no quería mezclarme con ellos, esto ha sido el motivo que me ha condicionado a hacer siempre lo opuesto: a hablar poco y a esperar el momento para poder demostrar con hechos mis sentimientos.

Éstas eran mis convenciones, con las que había convivido hasta aquel momento. Ahora, de improviso al llegar a mí edad, me daba cuenta de que las cosas no eran así.

Hablar abre la mente y el corazón, si no se habla se puede malentender. Puede suceder que dos personas se amen y ninguna de las dos lo sepa.

Me preguntaba cómo podía pretender ser entendido como por arte de magia si no decía nunca lo que pensaba, ni una palabra gentil y cariñosa.

Todos necesitamos ser amados, pero tenemos necesidad también de oírlo decir. Amar no basta, es un hecho egoísta si se guarda para sí. Es cierto que se debe demostrar, y si se ama de verdad se debe también decir, sin cansarse nunca de expresarlo. Aunque la gente te mire extraña, no importa, continúa a decirlo a las personas a las que amas, a tu compañera, a tu hijo, a tus padres a tus hermanos y también a tu amigo más querido, ¿por qué no? Es un sentimiento bonito y da alegría expresarlo y oírlo decir.

Como todas las cosas bonitas, es mejor no tenerlas escondidas y sobretodo no nos debemos avergonzar de repetirlo hasta el infinito.

Después de tantas reflexiones, llegué a la conclusión de que es necesario decir “te amo” a los seres queridos todos los días, a todas horas; en la mañana al despertar, durante el día en los momentos difíciles, cuando parece que la tristeza ofusca la mirada de las mujeres, de los hijos, de las mamás... ¡díselo! Sin miedo y se darán cuenta de que ésta es una receta simple que hace milagros, más que la medicina.

Mi “después” ha sido una continua fuente de descubrimientos y renovación, y solo ahora me doy cuenta de que los únicos obstáculos que deben ser seriamente combatidos son la presunción y el orgullo porque levantan, entre personas que se quieren, barreras dolorosas que no le permiten amarse libremente.

Puede que no consiga cambiar mi carácter y sea siempre una persona de pocas palabras y seguiré demostrando mis sentimientos con hechos; pero ahora con mi mujer Yenny y mis niñas he aprendido a decir “te amo”, me gusta decirlo. Nos decimos “te amo” al despertar y nos lo repetimos en cada pequeña ocasión a lo largo del día. Me estoy volviendo cariñoso hasta con mi hermano con quien tuve tantos conflictos, con mis sobrinas y con quien quiero, sobretodo me expreso libremente sin problemas cada vez que quiero hacerlo.

Quién sabe lo que sería capaz de pagar ahora para poder decir “te amo” a mi hijo Giorgio. Me gustaría decírselo cien veces al día, lamento que en los últimos días nos vimos muy poco y porque

las pocas veces que nos encontramos hablamos de todo menos del gran amor que le tenía. Quizás el también hubiera pagado quién sabe qué por oírmelo repetir a pesar de como estuvieran las cosas. Cómo me gustaría haberles dicho “te amo” a mi madre, a mi padre, a mi hermano Luciano, a mi sobrino Marco y a mi bonita cuñada Fabrizia. Ahora ya no están, pero me hubiera gustado que supieran, quizás cuando más lo necesitaban, todo el cariño que les tenía. Si, seguramente ya lo sabían, pero ¿por qué me privé del placer de decírselo y a ellos de oírmelo decir? ¡Ahora me ha quedado solamente repetirlo continuamente en mis oraciones, quién sabe si desde allí pueden escucharme!

Un día vino a buscarme un amigo, su mujer y su deliciosa hija de seis años. Me contó que el día antes, su hija había corrido el riesgo de caer desde la terraza de su apartamento en el séptimo piso. Jugando con una amiga, había perdido el equilibrio y casi estaba cayendo cuando su padre se lanzó amarrándola de una pierna. Todo ocurrió en una fracción de segundo. Un instante después y se hubiera caído. Cuando terminaron de contármelo sentí un escalofrío correr por mi espalda.

El hecho me afectó particularmente porque hacía pocos meses había perdido mi hijo y podía entender el estado de ánimo del padre y de la madre, imaginando lo que habían vivido.

Luego él empezó a hablarme de su trabajo y sus problemas económicos que le impedían seguir adelante,teniéndole a veces despierto toda la noche. Escuchando que se lamentaba después de lo ocurrido me pareció una verdadera barbaridad. Cuando terminó de desahogarse, le miré a los ojos, le agarré apretándolo fuerte del brazo e instintivamente, sin pensarlo le dije: “No tengo mucho, pero todo lo que tengo es suficiente para vivir. ¿Quieres cambiarte conmigo?” Es más, “¿sabes qué te digo? Haz que tenga a mi hijo por cinco minutos, solamente cinco minutos... para poderlo besar, acariciar y abrazar bien fuerte. Solo cinco minutos... y estoy dispuesto a darte todo lo que poseo y comenzar de nuevo.” Era claramente una provocación, pero lo dije sinceramente; si, porque hubiese dado verdaderamente todo lo que tenía por estar tan solo cinco minutos abrazado con Giorgio.

Luego seguí: “ Quizás no te has dado cuenta de que Dios te ha quitado a tu hija por un instante y te la ha devuelto inmediatamente para hacerte entender que posees un bien inestimable, una hija estupenda y tu mujer. Juntos y si también tienes fe en Dios tendrá todo lo que basta para ser felices. Has tenido la suerte de recibir una señal importante del Señor y no te das cuenta.”

Se quedó en silencio unos minutos con la cabeza baja, luego me miró con cierta conmoción y me dijo: “Tienes razón, perdóname”.

Esa noche soñé, sólo que esta vez el sueño parecía real. Estaba en un prado yendo al encuentro de mi hijo, yo con los brazos abiertos y él con su caminar y su sonrisa. Se lo veía feliz y sereno. Le pregunté cómo estaba y me respondió: “Muy bien papa”. Nos abrazamos con fuerza, lo besaba en la mejilla y en el cuello mientras lo abrazaba, luego perdimos el equilibrio cayendo al prado rodando por el campo... y dulcemente me desperté.

Una sensación increíble de alegría y placer inmenso que me acompañó durante todo el día y un tiempo después.

¿Dios me había escuchado?

Últimamente me doy cuenta de que comparto algunos pensamientos con Giorgio; es más, opino como opinaba él o hago como él hacía. El hecho es que me parece que he aprendido a amar a los demás de una manera diferente, como amaba él.

En la iglesia, al final de la función se suele cambiar con los hermanos y hermanas presentes un gesto de amistad; nos damos la mano y nos sonreímos, otras veces un beso y un abrazo. El otro día un señor con mal aspecto, sucio y maloliente, se me acerco para saludarme. Me vi obligado a darle también la mano como había hecho él para saludarme, su piel era dura y callosa y apretándole la mano, sentí cierto fastidio. Me había quedado a cierta distancia, hasta que me vi conmovido por su mirada dulce y su sonrisa tímida. Cuando intentó abrazarme, confieso que en un primer momento sentí cierta resistencia, pero después de ese momento, me he dejado llevar primero por un tímido abrazo y inesperadamente he sentido un deseo irrefrenable que me ha llevado a abrazarlo fuerte con los dos brazos. Nos quedamos abrazados durante algunos segundos, mi mejilla apoyada en la suya como si fuésemos dos viejos amigos que no se veían hace mucho tiempo, no quería dejarlo. Pero lo más increíble ha sido el hecho de que mientras lo abrazaba, sentí una alegría y un placer que

aún hoy soy incapaz de explicar. He pensado en ese momento en Giorgio que siempre admiré por cómo trataba y cuánto amor dedicaba a la gente humilde. Entendí que lo que sentía por ellos era el mismo placer que sentía yo hacia aquel hombre.

Me da gloria pensar y creer que Giorgio durante toda su vida me haya transmitido algo suyo. Su ejemplo y el amor que había dentro de sí me ha ayudado a ser diferente y mejor, y su recuerdo en mi corazón será por siempre

Había madurado mi convicción de que Giorgio lo tenía el señor en sus manos debido a su bondadoso corazón que había dirigido siempre su vida, sobre todo en las relaciones con todas las personas humildes y por la caridad que tenía con quien se le acercaba.

A pesar de las devastaciones que el uso de la droga inevitablemente le había provocado, sus buenos sentimientos siempre habían vencido y el quedaba puro, lleno de genuino amor hacia los demás...

Dios mira la humildad de corazón para acoger las almas, sentía que mi hijo se lo merecía: Estaba convencido, o me quería convencer. Pero leyendo la biblia y hablando con algunos pastores que sobre este tema eran un poco escéptico me comenzaron a venir miles de dudas y cada día estaba más preocupado por esta idea, hasta el punto de convertirse en una verdadera obsesión, una pena que me hacía sentir muy mal.

No pudiéndolo tener más cerca en esta vida, quería que al menos en donde estaba no debía sufrir más como cuando era esclavo de la droga, y pudiese sentirse libre en los abrazos del Señor.

No conseguía encontrar un remedio a esta obsesión que me angustiaba, así que un día me puse a orar y como un rayo me entro en la mente un pensamiento extraño: aquel de ofrecer mi alma a Dios si era necesario para ayudar a Giorgio a salvar la suya.

Me di cuenta inmediatamente que era un pensamiento insensato e improponible, una verdadera estupidez que demostraba el grado de confusión que esa preocupación había causado en mi mente. Nuestra alma pertenece a Dios y como la vida, no puede ser usada como mercancía de cambio.

Pero cuando oraba, mi ofrenda era sincera y total, y cuando me levanté sentí descender hacia mí una gran tranquilidad.

En la carta a los Romanos Pablo dice claramente que muchas personas hacen por naturaleza lo que es la ley y estas personas serán juzgadas por Dios según los secretos que tienen en su corazón.

Comprendí entonces que aquí estaba la respuesta a mis dudas y que Giorgio estaba a salvo en los brazos de Dios.

Me daba cuenta que en esta historia, se habían dado infinidad de extrañas coincidencias, muchos acontecimientos que he definido casuales, en el sentido de que no los buscaba personalmente, pero que son los que al final me han conducido hasta aquí y me preguntaba:

- ¿Fue casualidad que cuando tuve que partir urgentemente para Cartagena no tenía grandes obligaciones de trabajo que me impidieran de permanecer largo tiempo lejos de Roma?

Un año antes había decidido de liberarme de todos los compromisos de trabajo. Una decisión difícil que la tome en un instante sin pensar mientras estaba en la fila de un banco cansado por las innumerables obligaciones que no me dejaban espacio para mí. Es aquí lo que me parece extraño que solo poco antes de aquella telefonada que me hizo partir había logrado organizar el trabajo. Pienso que si no lo hubiese hecho en el tiempo justo no hubiese podido permanecer tanto tiempo en Cartagena con Giorgio y de pronto no hubiese conocido a mi dulce Yenny y no hubiese tenido mis tres maravillosas hijas.

- ¿Fue casualidad que Giorgio de tantos lugares en el mundo haya venido de vacaciones precisamente en a Cartagena?

El destino me ha obligado a venir aquí, y es aquí que el destino ha decidido que habría de pasar el resto de mi vida.

- ¿Fue casualidad que me haya venido a buscar el padre Richard y me haya tocado el corazón con sus palabras justo en aquel momento tan particular de mi vida?

- ¿Fue casualidad que haya sido obligado a aplazar la salida de mi vuelo de viernes 7 de junio para ir a Cartagena?

Tenía ya el billete aéreo, todo preparado todos esperándome y gracias al malentendido con mi amigo, se ha evitado la tragedia en la tragedia que hubiese sido el no haber estado cerca de Giorgio los últimos instantes de su vida.

- ¿Es casualidad que el sábado 8 de junio, había estado donde el padre Gilberto?

Padre devoto de la iglesia carismática que me ha recibido y después de haber escuchado toda la historia de Giorgio, con su fotografía en mano hizo una intensa oración y me dijo: “no te preocupes mas por él porque Dios se hará cargo de Giorgio”.

- ¿Y fue casualidad que el día después, domingo 9 de junio, Giorgio haya tenido todo el día visiones de Dios que le hablaba?

Visiones que en la Biblia son consideradas por los jóvenes, como el recibimiento del Espíritu Santo.

- ¿Fue casualidad que el día después, el lunes 10 de junio del dos mil dos, día de su muerte, me encontrase a las nueve de la mañana en moto, cerca de la casa de Giorgio cuando recibí la llamada de Annabella?

En la tremenda desgracia he tenido la consolación de poder tener a Giorgio entre mis brazos en los últimos instantes de su vida.

- ¿Y es casualidad que justo en el día después de la muerte de Giorgio haya recibido una llamada de Leonardo, un joven pastor colombiano misionero?

El había llegado hacía poco a Italia y quería conocerme para invitarme a la nueva pequeña iglesia pentecostal de Roma. Un pastor en Colombia le había contado mi historia y le había pedido que me llamara para preguntarme por Giorgio. Cuando llamó de la plaza de Spagna, yo me encontraba a pocos metros desde el, cuando nos encontramos, me consoló y lloro con migo, desde entonces él y yo somos inseparables, es mi pastor en Italia, me ha bautizado en el nombre de Jesús, me ha ayudado y guiado todo este tiempo, como un ángel enviado por el Señor.

- Además, ¿es casualidad que el miércoles 12, solamente dos días después de la muerte de Giorgio, el hermano de Yenny había tenido una vision de Giorgio?

Yenny me había llamado desde Cartagena para decirme que su hermano Dairo durante una oración en la iglesia central pentecostal tuvo una visión: Era Giorgio todo vestido de blanco rodeado de una luz, que le pedía de tranquilizarnos, porque él estaba bien y le trasmitía un mensaje para su madre: debía eliminar un altar que había preparado en el salón de su casa con muchas velas que iluminaban una foto suya de veinticuatro por dieciocho. Fue preciso hasta en las medidas.

Llamé a Annabella que escuchando por teléfono se quedó sin respiración. Cuando fui a su casa encontré todo lo que me había sido descrito: sobre una mesita en el salón de la casa, Annabella, había encendido numerosas velas que iluminaban algunas fotografías sobre la pared, entre las cuales había una fotografía de Giorgio en cuba sentado en un escalón en la calle, la foto había las mismas dimensiones: exactamente 18x24 ¡increíble! Un amigo suyo me confirmó al tiempo que Giorgio quería descolgar aquella fotografía de allí cada vez que salía de casa, pero que no lo hizo nunca. Estaba convencido de que le daba mala suerte el viaje a Cuba en donde se habían hecho la foto.

- ¿Y fue casualidad que en el aeropuerto de Bogotá encontré una vitrina donde estaba escrito: *felicidades papa?*

Había partido por la inercia, aún confundido y angustiado por una infinidad de dudas por haber decidido casarme y me había prometido que durante el viaje, debía encontrar una señal positiva sobre mi decisión. Había salido del aeropuerto de Bogotá esperando la conexión con el vuelo a Cartagena y pensaba en el apoyo cariñoso de todos los amigos que me habían acompañado este tiempo. Pero la señal aún no había llegado.

Paseando fuera del aeropuerto había encontrado una Virgen con Jesús en brazos, me arrodille y ore: *“¡Dios te ruego desase todas mis dudas! He puesto en tus manos mi vida estoy confundido, cansado y no quiero hacer otro error y no quiero hacer sufrir más a nadie, ¡te ruego... dame una señal y guíame en tu camino! ¡Si tú quieres que me case mándame una señal, porque de otra forma tomo el primer avión y regreso a casa!”* Hubiera renunciado a todo si no me hubiese llegado la señal y conociéndome habría seguramente mantenido la promesa regresando a Roma.

Entrando al aeropuerto leí una frase escrita: "*felicitaciones papá*" un gran aviso en la vitrina del primer negocio que encontré. Se me erizó la piel y sentí un escalofrío en todo el cuerpo y no pude aguantar el llanto, comprendí de inmediato que Giorgio había aprobado mi decisión y que Dios me había mandado la señal.

- ¿Fue casualidad que haya recibido un año después de su muerte una insólita carta de la cámara de comercio de Roma con la fecha del día de mi cumpleaños, firmada del jefe de la oficina que se llamaba *Giorgio Bagnoli*?

Justo el nombre de mi hijo, apellido nada común, como si quisiese felicitarme por mi cumpleaños.

- Y fue casualidad que un año después de su muerte, pasada la medianoche, mientras estaba solo en mi casa en Roma y trataba de poner en orden mis papeles, haya aparecido entre mis manos una cartica escrita por Giorgio con la grafía incierta de un niño que ha aprendido hace poco a escribir: "*Tanti auguri a mi papá*"?

Era la felicitación para la fiesta del papa, lo leí sin darme cuenta de qué día era. Pero el día siguiente, mientras tomaba un café con un amigo que recibió un mensaje de felicitación de su hijo, yo le pregunté: "¿qué fiesta es hoy? Y el sorprendido me contestó: ¿Ah no lo sabía? hoy es: "el día del padre" Se me aceleró el corazón, como si Giorgio desde donde estaba, hubiese querido hacerme llegar sus felicitaciones y su amor.

- ¿Y por último fue casualidad que una de las últimas veces que he pedido a Dios de mandarme una señal como respuesta a una de mis usuales preguntas, a pocos metros de mí, cayó un rayo en medio del mar?

Recuerdo que eran las tres de la mañana estaba lloviendo muy fuerte e yo oraba agachado en la terraza de mi casa con la cabeza entre las manos pidiendo a Dios: "¡te ruego Señor dime!: "¿cómo está Giorgio? y ¿dónde está? Y dime: "donde está... ¿está bien?" lo había ya preguntado al menos un centenar de veces y exactamente en aquel instante cayó el rayo en frente de mi hacienda una especie de explosión con lenguas de fuego que iluminaron todo... ¡nunca había visto algo así! El ruido despertó a Yenny que corrió asustada gritando: "¿Que paso...que paso?"

Poco antes de que cayese, había pedido una prueba más y le había pedido perdón por mi insistencia, y le prometí que hubiera sido la última vez que le hubiera importunado con mis tormentosas dudas. Había comprendido que Giorgio estaba bien y desde aquel día no hice más preguntas.

El último de los hechos que me convenció todavía más que la presencia del Señor en mi vida, era fuerte y constante, aconteció propiamente ahora que había terminado de escribir este libro. Después de haber vivido muchos años felizmente con Yenny y mis tres maravillosas niñas, sentía el deseo y la necesidad, de algo que pudiera llenar el gran vacío que me había dejado Giorgio.

No tenía idea alguna, y después de todo ¿qué otra cosa podía desear además de lo que ya tenía?

Pero el Señor lo sabía bien; así que un día Nohora la hermana de Yenny y su esposo, me llamaron y me presentaron un proyecto.

Christian le había dedicado mucho tiempo y largas jornadas de trabajo, con el fin de complementar el programa en sus Clínicas: "Una unida terapéutica para jóvenes con conductas adictivas", y me pidieron de dirigirla.

En ese momento sentí un escalofrío en todo el cuerpo, sentí que aquel encuentro era importante y que cambiaría mi vida, por eso permanecí calmado escuchando lo que Christian me decía.

Había pasado toda la noche trabajando en el proyecto antes de presentármelo. Conociéndolo no me sorprendió su entusiasmo, conozco sus cualidades y sé con cuanto amor se dedica y desarrolla su profesión me había dado cuenta desde el día en que Giorgio había entrado en su clínica.

El proyecto me entusiasmó. Sin dudar, acepté.

Ahora estoy aquí con un grupo de jóvenes. El centro de rehabilitación se llama EL FARO, porque creemos que su luz pueda indicar a los muchachos el camino a seguir, para sacarlos de la tormenta en la cual se encuentran.

Siento ya que mi presencia aquí, y el amor con el que me dedico a ellos les hará bien, pero creo que también me hará bien a mí.

Dios lo sabía, y cuando pienso en el inmenso amor que tiene por todos nosotros. Creo que cuando oramos no deberíamos limitarnos a pedir infinitas cosas que creemos necesitar.

Deberíamos entregar a Él nuestra vida, y dejar que Él nos diera lo que verdaderamente requerimos, porque Dios nos conoce mejor que nosotros mismos y sabe de lo que realmente estamos necesitando en lo profundo de nuestro corazón, donde solo Él puede llegar...

Podemos llamar a todos estos acontecimientos "casualidades de la vida, fatalidades del destino, desgracias, eventos inexplicables etc.

Pero yo me convencía cada vez más que todos estos acontecimientos, era obra de Dios porque cuando le puse mi vida en sus manos el empezó a cambiarla a veces indicándome el camino y a veces atreves de casualidades que me empujaron sin quererlo, en una dirección que me llevo hasta aquí.

Si es verdad que Dios nos guía y muchas veces crea por nuestro bien ciertas situaciones, es también verdad que a menudo estamos ciegos y no somos capaces de comprender que tantas casualidades son obra suya.

He hablado al inicio de esta historia de haber sido investido de una especie de tornado al cual no podía oponerme de ninguna manera, cansado y debilitado me he abandonado a su impetuosa furia sin poder reaccionar.

Bueno... ahora estoy cierto que este tornado no era otra cosa que la obra de Dios.

Está escrito en la Biblia "Afortunado quien supera la prueba, porque después de haberla superado recibirá la recompensa que el Señor le ha prometido a los que aman" (Santiago 1-12).

La recompensa que he recibido es mi nueva vida con el Señor basada en la Fe en el amor, una nueva vida con mi familia: con mi esposa, mis tres hijas hermosas, una nueva vida que siempre había soñado y que jamás había sido capaz de crear y la certeza de que Giorgio no morirá nunca porque su alma es eterna y está con Él.

El viaje ha terminado, la nave está en puerto, anclada de nuevo mirando serenamente el mar.

El viaje ha sido largo y fatigoso, a veces temía no ser capaz de continuar porque he revivido inevitablemente los momentos más terribles de mi vida; pero estoy contento de haber superado la prueba; porque escribiendo me he dado cuenta de que ha aclarado muchas dudas, he disuelto mis nudos y he descubierto el misterio de la serie infinita de coincidencias que han cambiado el rumbo de mi vida.

Muchas veces cuando sientes un gran dolor piensas que olvidar sea una solución, pero no es así. Puedes enterrar un recuerdo bajo un cúmulo de nuevos acontecimientos, pero volverá cuando menos te lo esperes y te hará más daño porque te golpeará a traición.

Entender, aceptar y superar es distinto, quizás es más difícil, pero es ciertamente liberatorio.

He pasado un año escribiendo este libro que me ha permitido vivir todo el tiempo con Yenny que me ha soportado cada vez que le leía la pagina que había escrito, sufriendo conmigo y ayudándome así a corregir la ruta de mi nave; y cerca de mis cuatro hijos: con Giorgio que he sentido siempre cerca de mí y con Luna, Georgia y Nina que cada vez que me ponía delante de mi computador me saltaban encima, me quitaban las gafas, ponían sus manos en el teclado... Luna, la mayor, me preguntaba qué estaba escribiendo, por lo menos dos veces al día. La última vez que me lo ha preguntado, le he explicado que estaba escribiendo la historia de su hermano Giorgio que estaba en el cielo, así podría conocer de mayor la verdad de su corazón de su bondad y sobretodo la extraordinaria dulzura de su alma. Le dije también que el, ahora está en el cielo en paz con Dios.

Creo que entendió todo porque no ha repetido más la pregunta, y cada vez que digo que tengo tres hijas me interrumpe diciendo: "no papa somos cuatro se te olvida Giorgio"

Dada a su edad, es seguramente un evento extraordinario.

Quiero compartir con ustedes este testimonio para que puedan comprender el poder maravilloso de Dios y que cuando le pedimos con lo profundo del corazón y humillados delante de él podemos experimentar su gran poder de forma inmediata:

Era noviembre de 2007, estábamos en Cartagena en nuestra casa de crespó y Luna, desde hacía dos semanas estaba mal, estaba abatida, no podía jugar, no podía comer y mucho menos dormir tranquilamente. Seguramente era una influenza a la cual los niños son sujetos, una influenza como el doctor

la había diagnosticado; que le había atacado el intestino y todo el aparato digestivo, con consecuente vomito y diarrea. No comía casi nada y se había adelgazado mucho, solo la barriguita había crecido, era grande y dura.

Durante estas dos semanas había tomado muchos medicamentos que el médico casi con un ritmo frenético cambiaba continuamente intentando encontrar el más adecuado, visto que no tenía señales de mejora. Le habíamos realizado muchos exámenes donde resultaba que se habían afectado los riñones. Estábamos muy preocupados porque sabíamos que un virus tiene aproximadamente una semana de vida, y los resultados de los exámenes no eran nada alentadores y Luna estaba todavía mal y no mejoraba. Al contrario creo que empeoraba, estaba triste y melancólica, había perdido también su carácter alegre y glorioso que la caracterizaba.

Quien tiene niños pequeños y ha pasado estos momentos puede comprender que significa lo que estoy contando, le habíamos probado verdaderamente todo y ninguno lograba comprender que tenía.

Una noche, como a las tres me desperté, Luna dormía en medio de Yenny y yo. La poca luz que venía del pasillo alumbraba su cuerpecito descubierto, las dos piernitas flacas, flacas, daban a notar mayormente su barriguita inflada y tocándole era además de todo dura como una piedra. Dormía tranquila, inconsciente de lo que tenía, inconsciente de la preocupación y de la angustia que provocaba al mirarla. Estaba cerca de ella, mirándola impotente, momento a momento sentía una fuerte conmoción que no podía aguantar, y entre mas la miraba sentía esta fuerte sensación. No estoy habituado a orar, ni de pedir ayuda a Dios cada vez que tengo un problema, en verdad hasta aquel momento ni siquiera lo había pensado, pero aquella noche estaba verdaderamente desesperado. Comencé a orar sin siquiera darme cuenta, puse mi mano derecha sobre la barriguita pidiéndole a Dios que la ayudara: “¡te ruego que la sanes señor, tú sabes que no la puedo ver así, tú sabes también cuanto he sufrido por Giorgio, no puedo ver más sufrir a un hijo mío, no tengo más esta capacidad!”

Oraba y lloraba, un llanto espontáneo que no lograba controlar, las lágrimas bajaban y no podía frenarlas, continué llorando no sé por cuanto tiempo, tenía siempre la mano sobre su barriguita, pidiendo a Dios que la ayudara y la sanara como Él sabía y podía hacer. Él era el único capaz de hacerlo: “¡Dios te ruego sánala, es muy pequeña, no es justo que sufra, es un alma inocente! ¡Ayúdala, te ruego... Sánala! no puedo más ver a mi hija así.”

No recuerdo bien aquello que estaba diciendo, ni por cuánto tiempo había orado, pero recuerdo muy bien que mi sentimiento era sincero, la sensación que estaba probando era fuerte, y sentía que Dios estaba ahí con nosotros y me estaba escuchando. Entre tanto Yenny se despertó, y preguntó en voz baja: “¿que pasa?” Sin que le respondiera comprendió y se unió a orar; mi mano estaba siempre en la barriguita de Luna y sentía gorgotear como si en el estomago pasase algo.

Oramos y lloramos no sé por cuánto tiempo, pero recuerdo que por la ventana comenzó a entrar un poco de luz: ¡era el alba! De hecho sentía que el Señor estaba presente y nos escuchaba porque en ese momento dentro de mí la desesperación se convertía en serenidad y gloria. Una sensación bellísima, sentía que Dios nos había escuchado y era segurísimo que Él la estaba sanando. Era bello porque, no sentía mas todo el peso sobre mi espalda; es un poco como cuando somos pequeños y sabemos que nada va a suceder porque estamos en las manos de nuestros padres que nos aman, es como cuando estamos mal pero sentimos que sanaremos porque nuestro doctor es bueno y confiamos en él. Pero esto va mas allá, porque sabíamos que Dios es grande, sabíamos que Él todo lo puede, es suficiente creerlo, creerlo con todo el corazón y en ese momento entendí que era la fe. El gorgoteo de su estomaguito había terminado y parecía que era más blando, quité la mano que cubría su barriguita, nos acercamos Yenny y yo curioso, la luz nos permitió observar el milagro. Sí, porque lo que había acontecido era un verdadero milagro: el vientre de Luna había regresado a su normalidad, se había desinflado y no estaba duro. ¡Que maravilla! Luna no tenía ya nada, Yenny y yo nos abrazamos muy fuerte sin frenar nuestro llanto, nos apretábamos fuerte, éramos felices por Luna, pero éramos felices sobretodo porque Dios nos había escuchado, nos había dado otra prueba de su grande amor y de su inmenso poder. Creo que estos son los hipotéticos elementos que nos permiten entrar en contacto con Dios: Amor, pureza del alma, fe y oración.

Oramos y Le agradecemos por habernos escuchado, por estar cerca, por su piedad, por su misericordia, pero sobre todo por su gran amor, nos quedamos abrazados y continuamos orando por mucho tiempo.

Dios la había sanado completamente porque desde aquel momento Luna estaba perfectamente bien y no tenía absolutamente mas nada. Se levantó alegre y radiante como siempre, como si nada hubiese sucedido y como si no fuese estado mal en ningún momento.

Dios había estado allí con nosotros, no nos había abandonado ¡Gracias señor! (¡debemos creer para ver y no ver para creer!)

En aquel momento mi fe era tal que sentí que Luna durante la oracion se habia sanado, es una sensación difícil de explicar porque sientes la serenidad y respuesta antes que Dios se manifieste, la fe no es una capacidad o un súper poder sino más bien un don que Dios da a todos aquellos que creen en Él, realizando el fruto de sus oraciones.

La fe es un don tan grande que cuando nos permite asistir a un milagro, no deberíamos ni siquiera de maravillarnos.

Para mí no es así; porque cada vez que el Señor se rebela, es una gloria inmensa que me da gana de gritar al mundo entero y no me canso, de maravillarme.

Agradezco a Dios por estar cerca de nosotros y cada día le ruego que no nos alejemos de Él jamás.

Este es solo un testimonio de los muchos milagros que Dios ha echo en nuestras vidas, ahora sentimos que El esta con nosotros todos los dias hasta en las mas pequeñas cosas.

Deseo cerrar este viaje con un pasaje del Evangelio que finalmente he entendido: *“Si distribuyese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado pero no tuviese el amor, de nada me sirve”* (1 corintios 13-3)

Un versículo que estará siempre presente en mis pensamientos en mi comportamiento y en mi corazón.

Podremos distribuir todas nuestras posesiones a los pobres hambrientos y niños enfermos y a todos los necesitados que encontrásemos, pero si lo hiciésemos sin amor no serviría de nada. Quien cree en Dios sabe que él puede todo, si quisiese pudiera solucionar en un solo instante todos los problemas de todo sobre todo los problemas de los niños.

Pero lo que Dios quiere es abrir nuestro corazón; esto sucede cuando ayudamos con amor a todos los que lo necesitan, cuando ayudamos con amor niños pobres y enfermos y cuando perdimos una persona amada.

Atreves este sufrimiento Dios quiere provocarnos este maravilloso sentimiento de piedad de caridad y de amor enriqueciendo nuestro espíritu, y es así que nos ayuda a acercarnos a Él.

Me viene a la mente un versículo de la biblia en Jn. 9:1- 3 *“al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: maestro, ¿Quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que peco este, ni sus padres, sino para que la gloria de Dios se manifiesten en él”*.

Quizás sea ésta la respuesta al porqué del sufrimiento en el mundo. Todo el universo se sujeta por un increíble equilibrio, quizás también nuestra espiritualidad depende del mismo equilibrio, por cada sufrimiento hay una recompensa y viceversa. Los mejores son siempre quienes sufren o han sufrido. Así se crece espiritualmente, y es el sufrimiento de alguien que dará la posibilidad a otros de germinar el sentimiento de caridad de misericordia y de amor. Se van antes siempre los mejores, llamados por el Señor porque ellos están preparados para ser recibidos entre sus brazos en un mundo mejor; y muriendo tocan, como un don, el corazón a quien se queda.

Gracias a Dios porque ese don yo lo he recibido.

He intentado salvar a Giorgio de todas las maneras... ¡pero ahora lo he entendido!.

..

“Era yo que debía ser salvado”

FIN